Crónica

Alfredo Molano

Rebusque mayor

DEBOLS!LLO

Alfredo Molano

Rebusque mayor

Debolsillo

SÍGUENOS EN

megustaleer

Me Gusta Leer Colombia

@megustaleerco

@megustaleerco

Penguin Random House Grupo Editorial

Agradecimientos

Yo había oído hablar de Ivonne Nichols como se oye hablar de una sombra, de un perfume, de una batalla, hasta que un día Antonio Caballero escribió sobre ella y deduje, entonces, que era una mujer de carne y hueso. Y ojos. En ese tiempo era cónsul de Colombia en Madrid y me propuso, al descuido, escribir algo sobre ese pedazo de nosotros que vive y sufre olvidado en las cárceles de otros países y que muchos compatriotas quisieran sepultar para no pasar vergüenzas en los cocteles de las embajadas y en los aeropuertos.

Mis agradecimientos son también para quienes hicieron posible mi trabajo con su apoyo generoso e incondicional: José Alejandro Cortés, Augusto López Valencia, María Cristina Mejía, Efraín Forero, Álvaro Escallón, Jackie Goldstein, Nathan Peisack, Edmundo Esquenazi, Teresita Fayad y Jean Claude Bessudo.

Alfredo Molano

El arriero

Apareció a la hora exacta. Venía sudando, como si acabara de jugar un partido de básquet; usaba una trenza larga, castaña, que después tuvo que cortarse para el viaje. Llegó de bluyines, suéter amarillo y tenis de colegio. Puso sobre la mesa una revista *Cromos* y pidió una soda con limón. La cafetería estaba llena de estudiantes y de empleados. No parecía nerviosa, aunque trataba de cortarse los padrastros del dedo medio con los dientes.

Se llamaba Lucía y estudiaba bachillerato en el colegio Camilo Torres. Creo, según me contaron, que la había vinculado el novio porque planeaban casarse. Al rato llegó un muchacho moreno de unos veinticinco años y se sentó muy cerca de ella. Puso sobre la mesa la revista *Cromos* y pidió una soda con limón. Siguieron llegando una por una todas las mulas: dos chicas, una señora muy bien vestida y un hombre ya maduro. Todas seguían las instrucciones al pie de la letra. Las observé detenidamente sin que ellas supieran que lo hacía. Ni siquiera sabían para qué las había citado con una revista en la mano a tomar soda con limón. Para nosotros era una prueba que nos permitía conocerles las caras y mirarles los defectos. Había que descontar las secas, las nerviosas, las tímidas, las miedosas. Durante una hora larga les miré hasta el más mínimo detalle.

Tres días después, y casi en el mismo orden en que habían llegado a la cafetería, entraron al avión. Se sentaron regadas. Ninguna conocía a la otra ni, claro está, a mí, que era el que las iba a cuidar. No parecían más nerviosas que los demás pasajeros, aunque cada una llevaba en promedio un kilo entre las tripas.

Cuando las azafatas cierran las puertas y los ruidos se quedan afuera, uno se siente a medio coronar porque ha pasado dos pruebas: la de la entrega del equipaje y la de identificación del DAS. Uno sabe que lo están estudiando los tiras, y que en cualquier momento se le

puede acercar alguien a decirle: «Acompáñeme». Entonces el viaje se acaba ahí. Cuando el avión despega y se siente temblar, uno sabe que desde ese momento está en otro país, que pertenece a otras autoridades, que nuestros polochitos de mil y de diez mil pesitos se quedan en tierra. Pero de todas maneras, uno se siente más tranquilo cuando el avión toma la velocidad que es y el pasado se va volviendo pasado, así las bolas le recuerden a uno quién es. Porque uno no deja de sentirlas entre el estómago. Las mujeres que han tenido hijos dicen que se siente la misma náusea que con tres meses de embarazo.

Y no puede ser de otra manera porque son treinta, cuarenta, cincuenta pepas, algo más pequeñas que una génova, que van entre el intestino. Es cierto que las mulas tienen prohibido comer durante las veinticuatro horas anteriores al viaje, pero de todas maneras un kilo es un kilo. Unas se toman las bolas con Coca-cola, otras con agua de panela, y unas pocas con agua. Unas tratan de trasbocar y otras no pueden pasarse la bola con nada. Son las que pierden el avión. Las mulas están citadas una a una desde temprano con sus maletas, sus papeles y sus dólares, listas para dar el salto. Se cargan y se mandan al aeropuerto, donde uno las espera. En este trayecto nunca se ha volado una sola; el sitio peligroso es Madrid, y por eso uno va vigilándolas.

Cuando apagaron los letreros me paré para volver a verles las caras, saber en qué lugar les había tocado y tranquilizarme. Me costaba trabajo no hacerle ojos a Lucía, porque me parecía que yo le gustaba. Pero los amores en los aviones son de mal agüero. Mejor, pensé, una vez descargada puedo decirle quién soy y confesarle que le estoy matando ojitos desde la cafetería. Para hacer el trabajo de arriar uno tiene que saberse controlar y saber dar todos los pasos que hay que dar. Los arrieros todos, todos, han sido mulas, y han coronado más de una vez.

Yo hice cinco viajes antes de que me dieran la responsabilidad de cuidar a otros. O mejor, de cuidar la mercancía que llevan y que, en parte, es de uno mismo. A uno le pagan cuando se entrega la mercancía a satisfacción, es decir, cuando las mulas descargan y lavan las pepas con agua y jabón para que no huelan feo. Lo más duro del viaje es la comida, porque hay que comer un poco para que las azafatas no pillen el desgano. Casi todas son sapas, aunque muchas

también son mulas. Algunas son sapas y mulas, o sea, sapamulas. La diferencia es que no llevan la mercancía como nosotros, entre la barriga, sino entre las varillas de los carritos donde cargan su equipaje o entre la caja de cosméticos. Ellas sapean para ganarse la confianza de las autoridades, para eliminar competidores o para quitarse de encima los malos sueños.

Entre las mulas hay de todo. Hay gente sana y gente corrompida; gente que hace el viaje por necesidad y gente que lo hace por vicio. Conocí una mula de buena cuna, con apellidos pomposos, que viajaba sólo para poder comprar ropa fina en Madrid. Era costeña ella, alta, de ojos grandes y verdes. Muy viciosa. Metía perico ventiado, aun de mula, y viajaba en primera clase. Era escandalosa y le coqueteaba al que se le acercara, grande o chico, viejo o joven, hombre o mujer. Le echaron mano porque llegó en una pasada de tres días. Desde que subió al avión comenzó a hacerse notar. Bien vestida, con pieles y botas altas de cuero. El novio también muy elegante, de sobretodo y maletín ejecutivo. Dieron lora desde que mostraron los pasaportes, ambos diplomáticos. Tomaron champaña todo el viaje, que hicieron en una recocha ni la berraca. A ratos dormían y cuando se despertaban volvían a pedir champaña. El viaje era a París. En Martinica se bajaron a comprar ron y casi no regresan. Cuando el avión aterrizó en Orly no sabían de dónde venían ni para dónde iban. Tampoco dónde amanecieron, porque la policía les echó mano por groseros y, al esculcarles las maletas, encontró dos kilos. Se debieron despertar de la perra, amarrados a una cama de la comisaría del aeropuerto, y luego fueron remitidos a la cárcel Rogny Marigni, una de las catorce cárceles de París, donde me los volví a encontrar un año después. Ella estaba en la de mujeres y él en la de hombres. Por una llavería que visité supe que eran ambos ricos y que traficaban sólo para poder rumbear, vestir bien y mantenerse en su mundo. A la mujer le clavaron cinco años y al hombre uno, porque la mercancía la encontraron en el equipaje de ella.

También conocí mulas «llevadas», que viajaban por pura necesidad. Señoras abandonadas por sus maridos con cinco muchachos. Una, doña Tila, paró en Carabanchel «por aeropuerto», es decir, con un kilito en la barriga, porque había quedado viuda con tres niños. Al

marido que era chofer de bus en Bogotá, lo habían matado por robarle el producido de un día. Una noche, como a las nueve, estacionó su bus en el paradero de siempre, se bajó, se despidió del guachimán y se dirigió a su casa. A la cuadra le salieron los bandidos y lo dejaron botando sangre. Ella quiso volverse loca, pero con tres criaturas le tocó ponerse seria y buscar salida. La encontró. Ligó con un balandro que la llevó a trabajar. En un viaje si todo sale bien, se pagan entre dos mil y tres mil dólares, según el trato al que se llegue. Porque no todos vamos iguales. Doña Tila se cotizó por necesidad y se le habían prometido sólo mil quinientos dólares. Le dieron quinientos en el aeropuerto y quedaron de darle quinientos en Madrid. El saldo se le acababa de pagar a su regreso a Bogotá. El negocio se hace así para que el trabajador regrese, y como no lleva plata en el bolsillo le queda difícil abrirse de la línea porque uno lo está llevando cortico y vigilado. Pocas mulas hacen más de dos viajes. No se les puede dejar descubrir mucho el rodamiento del negocio porque cogen velocidad y se desparchan a montar su propia línea. Ellas no conocen a las otras compañeras de viaje por seguridad, y tampoco el sitio al que llegan. La seguridad es seguridad de la mercancía. Las mulas saben apenas lo que necesitan para descargarse a lo bien y devolverse por su billete, que las espera pulpito. Pero doña Tila era muy campesina. Comió en el avión todo lo que le daban y hasta pedía más. Nunca había volado y pensaba que las bolas se le habían acomodado quién sabe dónde. Total que le preguntaron para dónde iba y a pesar de haberle dicho muchas veces lo que debía contestar, no pudo, se azoró, se quedó callada. Le preguntaron cuánto llevaba, sacó los quinientos dólares —que para ella era toda la plata que había visto en su vida— y, claro, el guardia sospechó, la requisó, la obligó a botar las bolas y ella, tan ingenua, contó lo que sabía, que era todo lo que necesitaba para condenarse solita. En Carabanchel se dedicó a trabajar en todo lo de la prisión y con eso mantenía a sus hijos en Bogotá. Cuando cumplió su sentencia no quería salir de la cárcel porque sabía que en Colombia no iba a encontrar con qué acabar de criar a los sardinos, que ya estaban haciendo bachillerato.

Aquella vez llegamos a Madrid sin problemas. Hay dos estaciones, que son las dolorosas. Una es cuando se sale del avión, se pasa por un

corredor largo, donde lo miran a uno y lo detallan bien: comportamiento, soltura, miedo, vestido, pinta. De ahí salen los candidatos a la segunda estación, una vez presentan los papeles. En esa estación es donde se acerca un guardia y le dice a uno: «Acompáñeme a una diligencia». Ya se sabe: ocho años, tres meses, un día. Pero Lucía pasó sin problemas con sus ojitos de mosquita muerta. Pasaron todas las mulas, la recua completa, y a la salida de Barajas cada una, sin saber de la otra, tomó un taxi para el hotel, que esa vez fue el hostal Rey de Bastos.

No me aguanté y abordé a Lucía saliendo del aeropuerto. Le pregunté sin más si ella iba al Rey de Bastos. Se sintió pillada. Yo la tranquilicé y le dije, para hacerla entrar rápido en confianza, que yo la venía cuidando. Teníamos prohibido hacer confidencias, quedar al descubierto, pero ella me llevaba enamorado; era tan suave, tan inocente, que caí en el pecado de contarle quién era yo. Sabía que necesitaba ayuda para llegar al hotel. Uno sabe sentirse muy desamparado, como un huérfano, cuando después de nueve horas de avión, de pasar miedos y de malgastar esperanzas, llega a una casa donde nadie lo espera. Ella me agradeció la mano que le ofrecí y aceptó mi ayuda. La dejé en el hotel después de haber comprobado que todas y cada una de mis «encomiendas» estaba en su respectiva habitación. Las llamé por teléfono desde la esquina para darles instrucciones: «Boten las bolas, lávenlas con cuidado, cuéntenlas, ténganlas listas, que Arturo pasa a recogerlas. Yo vuelvo a llamar en media hora para saber si hay problemas». A veces el Lomotil, que toman para no cagarlas en el viaje, les hace demasiado efecto y hay que hacerles tomar aceite de ricino para que puedan descargarse. Le pasa a una de cada cinco mulas.

Mientras mis mulas dormían y descansaban me fui a comentarle a Saúl, un paisano que vivía cerca a la Puerta del Sol, que ya había llegado la mercancía para que mandara a recogerla. Ese era mi trabajo. Por la noche, cuando ya todo se había recogido y pesado y la cosa estaba en orden, le caí a Lucía. Nos fuimos de rumba por los bares de La Castellana a celebrar a punta de Chinchón, el único aguardiente que se parece al nuestro. Rumbeamos hasta el alba. Amanecimos juntos. También amanecimos juntos la mañana siguiente

y la siguiente, hasta que una noche sentí que me había enamorado y entonces, por motivos profesionales, la dejé y regresé a Bogotá a preparar la siguiente remesa. Duré quince días y en el nuevo envío volvió ella a atravesarme sus ojitos. Andaba más bonita que la primera vez. Cambié de asiento con el señor que le tocó a su lado y llegamos a Madrid embabados de tanto querernos.

Para mí Lucía era un pago que la vida me debía. Yo comencé a trabajar en la línea porque Virginia, mi primera compañera, me había dejado por plata. Ella era hija de una vieja dañada y corrompida que traficaba con mujeres. Tenía una casa en el barrio Santafé, a donde llevaba compañeras de colegio de su misma hija, las engatusaba con promesas y se las trasteaba para Cartagena, donde las ponía al servicio de los cruceros que llegaban de Canadá repletos de monos arrechos que venían a hacer de las suyas en el calor del Caribe. Virginia sabía del negocio pero quería estudiar para abogada. La conocí cuando yo trabajaba en la Licorera 24 Horas haciendo domicilios en moto. Fue una tarde que venía de jugar canitas en el parque. Ella era la capitana de uno de los pocos equipos femeninos de fútbol de salón que había; vestía con un uniforme todo blanco con una raya roja en el pecho. Sudadita se veía linda, y la invité a dar una vuelta en moto y a tomar malta. Me aceptó y nos hicimos amigos. La fui enamorando y cada domicilio que yo hacía, era una disculpa para ir a tocarle la cuquita. Cada viaje era una visita. De noche le pitaba y seguía de largo. La vaina era que yo me demoraba el doble en cada domicilio; y en lugar de hacer veinte al día, como era el promedio para poder tener moto, comencé a bajar a quince y luego a diez. Entonces me quitaron las llaves de la moto y me cancelaron.

Mi hermano, al verme llevado porque perdí el trabajo de la licorera y de rebote ella casi me bota —o mejor, la suegra—, me dijo que no fuera jilipollas, que habiendo «oficio» para qué me ponía a rebajarme trabajando a órdenes de un patrón, matándome por un sueldo infeliz que nunca podía compensar. Me llevó por allá a la Estación de la Sabana a beber, y en medio de la rasca recuerdo que me preguntó: «¿A usted le gusta viajar lejos? ¿A usted le gusta conocer y vivir a lo bien? Pues bueno, le voy a presentar un man que lo saca del hoyo y le devuelve la mujer; y no sólo esa fea con quien anda, sino que le da

todas las chimbas de la tierra. ¡No llore, no sea güevón!».

El día que me presenté para ser cargado con bolas, ese día, a la misma hora —cuatro de la tarde—, estaban matando a mi hermano en la calle cien con la quince. Se la tenían cantada. El hombre era reservista del ejército, afamado entre lanceros, y manejaba fierros desde niño. Eran su pasión. Tenía negocios en El Dorado con un capitán de la policía, disgustaron a muerte por un envío y el hijueputa ese se «enamoró» de mi hermano. Tenía que matarlo. Lo cazaron sin darle tiempo al revire y lo hicieron pasar como un bandido.

No sé como pude mantener esas bolas entre la barriga. Al principio uno siente que se mueven y producen ganas de vomitar; luego pesan y dan sed. Pero uno sabe que lleva ahí metido su destino. Desde el momento en que se tragan uno depende de ellas. Si los cauchos se rompen, uno dura pocas horas; si no se rompen pero las cogen, son ocho años de la vida que se quedan en la cana; si uno corona, pone la primera hilera de la pared que lo va a separar de la pobreza. Yo soy harto devoto del Niño del Veinte de Julio, y sé que él me ayudó a salir bien librado las cinco veces que llevé mercancía entre el estómago.

La basecita que fui juntando me dio para que Virginia me acompañara. Ella sí estaba limpia de polvo y paja. Que uno caiga, pase; pero que la mujer quede agarrada en esa telaraña de guardias, jueces y abogados, es faltarle al respeto. Le saqué un piso en Madrid, y a la familia le hicimos creer que había ganado una beca para aprender modelaje. Entonces dejé de traer bolas para volverme arriero de mulas y, por fin, después de hacerme hombre de confianza en la línea, de conocer Madrid y recorrer España, me dediqué por completo a mover aquí la mercancía que llegaba. Renté un buen piso en la Puerta de Oro y Virginia invitó a su mamá a pasar vacaciones con nosotros. Los arrieros me avisaban de la llegada de un envío y entonces iba a los hoteles, rescataba la mercancía y la ponía a circular. Comencé a manejar «trapicheros», gentecita que vende al detal. Un gremio muy jodido, muy tramposo, muy peligroso. Había que mantenerlos apartados a punta de pistola. Pero todo bien.

Con Lucía seguía manteniendo amores. Me gustaba su cuerpo menudito y la punta de sus teticas, siempre paradas y listicas, como si tuvieran antenas. Virginia no se daba cuenta porque mis amores con

Lucía estaban envueltos en los secretos del traqueteo. Sin embargo, a Lucía no le podía mentir porque Virginia se movía a la luz de todo el mundo. Muchas veces pensé que yo no dependía tanto de Virginia como de Lucía. Me equivoqué, porque la puta de la mamá de Virginia se dio cuenta de Lucía y me echó los perros. Sin que yo me pillara el juego, invitó a su hija a Miami y ellas que salen del piso y la guardia que me cae. El Niño del Veinte de Julio me defendió, porque yo acababa de despachar un paquete de cuatro kilos para Holanda y sólo tenía unos pocos gramos, que eran casi mi dosis personal, y en España con lo poquito no se meten. De todos modos la cantidad daba para pasar de la Plaza de Castilla a Carabanchel. Como pasé. Lucía se puso al frente de mi caso, vendió lo que podía y pagó un abogado español que me sacó libre pero me dejó sin cinco. Pagué siete meses. Lucía quedó sosteniendo la línea.

* * *

No sé cómo hizo, nunca lo supe, pero un día domingo se me presentó al locutorio Virginia en vez de Lucía. Me faltaba muy poco para salir, y desde ese día ella volvió a manejar las cuerdas de mi negocio. Sacó a Lucía, amenazándola con sapearla, y se mostró como si nada hubiera pasado. Yo me dejé caer otra vez en sus brazos. Sin protestar. Lucía, de todos modos, siguió trabajando en Madrid.

Pagada a pulso mi deuda volví a los negocios. Recuperé en par voleones mi prestigio, porque yo era hombre de cartel, retomé los mandos y los hilos, los contactos y, a lo bien, el rodaje del cuento. Las mulitas me traían cumplidamente la mercancía y yo despachaba la parte que Madrid consume, más la que se chupaban en Barcelona, más la que pedían de Sevilla. No daba abasto. Los chapetones habían dejado el hachís y el caballo para liarse a fondo con un producto más serio, como es la periquita. Bendita entre todas. Gracias a ella compré coche y piso y pasé vacaciones en Ibiza. Virginia era feliz. El margen de riesgo va disminuyendo a medida que uno gana responsabilidades en la línea y escala posiciones. La escalerita del poder. Pero siempre se olvida que una caída desde lo alto duele más y es más peligrosa. Todo va parejo en la vida.

Dejé el manejo de las mulitas en manos de Virginia. Le había planteado con toda franqueza que yo con ella iba al infierno pero que con su mamá no iba ni al cielo. Estuvo de acuerdo y dejó de llamarla por teléfono y hasta de mentarla. Tanta seguridad me dio su comportamiento y tanto era el respeto que me mostraba que no me volví a entender con la mulada. Era prácticamente un negocio de ella y hasta se metió a hacer cambios en el modo de accionar y no volvió a trabajar con hombres. La línea era toda de mujeres. Ellas iban y venían, enamoraban guardias y policías, pasaban o las dejaban pasar. Cayeron muy pocas. El caso más raro que le tocó lidiar fue el de una muchacha que llegó cargada y no pudo soltarlas. Le dábamos todas las pastillas posibles, se le hicieron lavados con cuanta fórmula conocíamos y nada. Esas bolas parecían amarradas adentro, como en una caverna. La muchacha lloraba del dolor y tocó devolverla de afán para Colombia porque en España no encontramos un cirujano de confianza para operarla y, de todas maneras, para que si se moría se muriera en su patria. La muchacha estiró la pata en el avión de regreso sin decir esta boca es mía. Para todos los legistas del aeropuerto fue —según me contaron— un rompedero de cabeza entender cómo era eso de que estuviera metiendo perico desde España hacia Colombia. Estuvimos de suerte habiendo alcanzado a devolverla, porque casos ha habido que sí son graves. Antes de que yo llegara, dicen que a una mulita se le reventaron las bolas a la llegada y no se las alcanzaron a sacar. La mujer murió en el hotel y el problema con el cuerpo dicen que fue el más berraco. Para esas que era verano, cuando todo se pudre fuera de la nevera, y, para más agite, las noches son corticas. Cuentan que la sacaron alzada como si estuviera enferma, la montaron al coche, le cortaron los dedos para evitar su identificación, y al río con las tripas abiertas, no sólo para poder sacarle lo que traía sino para que el cuerpo su hundiera rápido. Son percances que pasan y que hay que dejarlos pasar y olvidarse de ellos, porque no se puede quedar uno dándole vueltas a la cosa en la cabeza hasta que la cosa se encone y termine uno de loco.

Yo me dediqué de tiempo completo a mover lo que llegaba de abajo, del país. Movíamos toneladas y no gramos. Venían por las islas Azores en barcos pesqueros de Galicia y llegaban a esa costa fría y horrible

del norte. Un paisano algo cruel y poco dado a las amistades manejaba la línea y me fue haciendo camino porque yo sabía moverme y mover la mercancía sin que se desperdiciara ni un gramo. Teníamos un socio boliviano, alto empleado de un lord inglés que manejaba el billete por encima. El problema era manejar ese billetón. De una cantidad dada en adelante manejar el polvo, la perica, deja de ser el problema, para dejarle ese honor al billete. Contar millones de pesetas cuesta mucho. Había que pesar los billetes, porque ninguna saliva ni ningún tiempo alcanzaba para saber cuánta plata hay metida en un cuarto de baño, por ejemplo. Y mover ese billetón de un lado a otro es más jodido que mover la mercancía en polvo. Es más escamoso el billete que el polvo. Por la vía de Suiza y gracias al lord, lo devolvíamos a Colombia porque allá había nacido. Aquí se hacían inversiones y hasta yo mismo llegué a meter mis ganancias en una cadena hotelera de Bilbao. Pero uno sueña con hacer lucir su plata en Colombia, su país, que es donde vale el prestigio. Aquí pasa uno por ser rico, pero abajo pasa como don Fulano. Donde uno no es conocido de nada vale que lo admiren. El mero gusto por la plata se acaba cuando se tiene mucha, y lo que vale es la envidia que despierta. Por eso el anhelo es volver a disfrutar lo que uno hace aquí arriba, allá abajo. Ese era mi pensado. Virginia lo sabía y lo fue viendo llegar con miedo, porque entonces peligraba el entable que ella estaba montando.

Así que una mañana me cayó la ley. Ella había salido al aeropuerto y yo estaba solo, en calzoncillos. Me permitieron ponerme los pantalones y sin poder avisarle a nadie, caí en el hueco hondo que tantas veces había saltado. No obstante, yo confiaba en que ella, que había salido a «hacer un aeropuerto», se diera cuenta una vez que dejara las mulas en el hotel. Mi traslado hacia la Plaza de Castilla fue al mismo tiempo demasiado rápido y demasiado lento. Pasábamos por todas aquellas calles, esquinas y plazas que eran ya como mías por haber sufrido tantos sustos y haber hecho tantas cosas en ellas. Entre la gente que veía desde el carro de la guardia en que viajaba y yo había unos pocos centímetros, pero en realidad estaba de por medio el mundo entero, el mundo de la libertad. Depender de otros, estar bajo su autoridad, a merced de su voluntad y en manos de su capricho, lo vuelve a uno un menor de edad, un niño olvidado, y ya no se

reconoce. Se me mezclaban recuerdos de mi casa, de mis padres, de mis hermanos, de la escuela, con lo que me estaba sucediendo, con la entrada a la Plaza de Castilla, con el interrogatorio, con el alegato de mi inocencia, con todo lo que estaba pasando a una velocidad que daba miedo. Nunca me había dado cuenta de la responsabilidad de hablar, del poder y del valor de cada palabra. Cada frase iba al expediente y el expediente se volvía la pieza clave de mi futuro. Todo lo armé pensando en que al regresar Virginia del aeropuerto se iría a dar cuenta, llamaría a un abogado y buscaría sacarme cuanto antes. La realidad era que yo no tenía nada en el piso. No acostumbraba a guardar nada conmigo. Ni plata ni polvo. Teníamos en el armario unos ciento ochenta gramos y unos mil seiscientos dólares: en el peor de los casos veinte meses. Con mi cabeza yo la seguía a ella del aeropuerto al hotel, del hotel a la Plaza del Sol y luego al piso, mientras yo llegaba a la Plaza de Castilla, me enchapaban, me interceptaban y me daban licencia para llamar a una persona. Calculaba yo que en ese momento —y por eso hice roña y roña—, ella estaba ya en la casa y se pillaba que algo me había pasado porque el coche había quedado en el garaje y yo no salía ni a la esquina a pie. Marqué despacio, despacio, como dándole tiempo a ella. Los ruidos del teléfono sonaron normales, los números dieron su vuelta hasta que la comunicación entró. «Mija», iba a decirle, «estoy por aquí. Una equivocación la verrionda; quién sabe con quién me están confundiendo. Llame sumercé al abogado y dígale que se está cometiendo una gran injusticia, que aclare todo rápido. Usted sabe cómo hacer para pagarle». Así pensaba, pero nadie contestaba y el guardia me decía: «Bueno, hombre, ya está bien; nadie lo va a salvar de la que le tienen cogida».

Y así fue, nadie levantó el teléfono. Pedí permiso para una segunda llamada y marqué entonces el número de Lucía. Me contestó. Le dije que me habían cogido preso por equivocación y que llamara a un abogado. «Sí», me contestó ella, «ya sé qué es lo que tengo que hacer. ¿Te acuerdas de lo que me quitaste, de lo que me robaste? ¿Te acuerdas de cómo me explotaste, de lo hijueputa que has sido conmigo? ¿Te acuerdas del engaño? ¿De cómo me tenías como una mula haciéndote plata y como una moza comiéndome? ¿Te acuerdas de todo? Pues bien. Púdrete, porque yo fui quien te entregó y no sólo a

la justicia, sino a Virginia también. Ella está enterada de todo: del aeropuerto salió para Colombia. Hijueputa, púdrete en esa cárcel, que la humedad y el frío te maten. Así como nos robaste, ahora paga. Se acabó todo. Se acabó», y click, click. Se acabó. La vida se me partió en dos. Quedé como sin saber por dónde salir de la cabina. Me sacaron gritando y llorando. El inspector me dijo: «Aquí te dejaron tus mujeres veinticinco años. Lo que te falta por vivir. ¡Anímate!».

Todo sucedió entonces a brincos, muy rápido, como si no fuera a uno a quien le estuviera pasando. Yo era como un muñeco de cuerda que hacía y decía sin saber quién era. Como si me habitara otra persona que declaraba, mentía, acusaba, aceptaba y que al final entraba en la Séptima Galería de Carabanchel, la enchapaban en una celda y la condenaban, en efecto, a veintiséis años. ¿Sería yo el mismo que nació, se crió, hizo y volteó, el que estaba ahí acostado en un catre, llorando y gimiendo, llamándose Ancízar y respondiendo al número 3376? Me iba en llanto hasta que la risa lo cortaba de un tajo. Entonces dormía hasta que saltaba del catre, como si me hubiera picado un tábano. No comía. O comía muy poco. Me dejaba vivir por quién sabe quién o quién sabe qué. Pero día a día el llanto fue pasando y se fue volviendo rabia, y la rabia y el odio me invadieron y me envenenaron.

Un día me desperté estrenando destino. Me limpié los ojos, me bañé la cara y salí a hacer la vida, a jugármela tal y como me la había jugado. Ajustaba ya un mes. El abogado de oficio me ayudó a localizar a mi abogado y a contactar a mis socios españoles, que me dijeron lo que me tenían que decir: «Tus bienes han sido congelados por la justicia; tu plata está en sus manos». Total: sólo quedaba el depósito que manejaba el agente boliviano. Con eso comencé a pagar el abogado, una rata que me fue vendiendo ilusiones con nombre de artículos del código, mentiras con el número de las leyes. Esperanzas y esperanzas. Más corrupto que un guardia y que un juez, más degenerado que un narcotraficante, que un bandido, que un asesino, es el abogado que se vuelve rico a costa de manejarle a uno su pena. El hijueputa ese, dizque egresado de la Universidad de Salamanca, lleno de títulos y de remilgos para hablar, me fue sacando uno a uno todos los dólares que tenía el boliviano en instancias, demandas, apelaciones

y contrarréplicas para, al final, dejar en firme veintidós años.

El recuerdo de Virginia me atormentaba tanto como el de Lucía. No me dejaba ni de día ni de noche. La historia del odio de Lucía debió comenzar cuando, en vez de pagarle a una mulita de nombre Jacinto, cogí su plata para pagarle a otra. No era que se la fuera a tumbar, pero la hijuepuerca esa así lo tomó. El tal Jacinto se gozaba a Lucía; yo lo sabía, y lo aceptaba, porque al final de cuentas ella era mi moza y, si yo quería que fuera sólo para mí, hubiera tenido que sostenerla. No era fácil porque Virginia conocía todo el tejemaneje. Sabía dónde y cuánta plata teníamos, dónde tenía firmas y en qué bancos, conocía los entronques, las líneas, todo. Yo creo que a Lucía la fue envenenando el hombre hasta que tanto veneno la hizo ir a buscar a Virginia, contarle los amores que teníamos escondidos y ya. De ahí en adelante las cosas sucedieron solas, como manejadas por el Patas mismo. Todo lo pensó, lo planeó mientras yo seguía sano, inocente y haciendo cruces. Nos acostábamos y la sentía enamorada; sabía entrarme hasta ese adentro que sólo ella me conocía. Supe que yo quería más a Virginia porque después de hacerle el amor la seguía queriendo; y eso no me pasaba ya con Lucía a quien, después de amarla, me daban ganas de tirarla al tacho de basura. Ella debió ir guardando ese desgano por ahí entre las piernas, o entre el pecho y la espalda, hasta que se le convirtió en una mina de odio.

Como me fue pasando a mí con Virginia, sintiéndola gozar con mi castigo y disfrutando al mismo tiempo mi plata; gozándose lo que yo había hecho con tanto trabajo, con tanto sufrimiento y, sobre todo, aguantando tanto miedo. Eso de que la plata que uno recoge en el oficio de traerles a estos chapetones lo que tanto les gusta no cuesta trabajo es una gran mentira. Traer bolas o traer un barco lleno, pasar aduanas, salir de los aeropuertos, es un sufrimiento que nadie se imagina. Cada persona con que uno se cruza —y no digamos los de uniforme sino los de civil— es o puede ser un enemigo, y cada amigo de uno en una línea puede ser un sapo. Por eso uno mismo se va volviendo tan sin sentimientos: uno sabe que cualquiera lo puede vender y que en caso de necesidad uno puede vender a quien sea. En el negocio de la droga las lealtades son como el dinero. El que le es fiel al dinero es fiel con la línea y con la gente que trabaja en ella. Pero

una persona que atesora y guarda el billete, no es fiel con él, le tiene desconfianza y teme que se le vaya. A algunos nos gusta el dinero y lo gastamos como lo recibimos. Por eso en la línea somos confiables y firmes.

Virginia se me fue pudriendo adentro de mí. Me conseguí un destino en la Galería, un trabajo para hacer algo y no enloquecer machacando recuerdos. Me dieron el encargo de vigilar la limpieza e higiene de un pabellón donde el 80 por ciento somos colombianos y donde muchos lo conocen a uno desde antes. Algunos habían trabajado conmigo, sabían quién era yo y me obedecían. Me hice respetar porque todos sabían que yo nunca andaba con cuentos, que no era un faltón, que lo que hacía lo hacía de verdad; los miraba a los ojos para que supieran quién era yo y qué quería, para que supieran que yo no cañaba. Me tocó jugármela más de una vez en El Tigre, hasta que cogí fama.

No quería, pero Virginia se me volvió un monstruo que me consumía la poca alma que me quedaba. Sin quererlo, sin pensarlo, comencé a idear la forma de cobrársela, de que me pagara con su vida lo que yo estaba pagando con mi libertad. Era terrible la idea, pero no podía evitarlo, ni siquiera esconderlo. La venganza se fue haciendo sola y de sólo pensar en las que andaría con mi dinero y quién sabe con quién.

Me acordé de un muchacho, malandro él, que vivía en Armenia y era amigo de mi hermano. Un tipo jodido, muy fiel a nosotros y a nuestro apellido. Lo llamé en una de esas llamadas personales que nos permiten, le hablé tan claro como pude y él, como buen perro que es, entendió todo. No fue más que datiarlo para que comenzara a trabajar, localizándola, siguiéndola. Vivía con su cuñado y todo lo mío lo manejaba en compañía de su madre, que seguía en el negocio de siempre. Yo fui alimentando de odio mi decisión, buscando cómo hacer para pagarle al pistoloco. Aceptó hacer el encargo a cambio de unas gemas que me debían y que él se encargó también de cobrar. A la hora de la verdad yo estaba en sus manos, porque el malandro podía hacer una cosa sin hacer la otra. Todo dependía del respeto que él tuviera por la memoria de mi hermano.

No volví a dormir esperando el desenlace de la historia que había armado, esperando el fin de Virginia. Era tanto el odio como el amor

por esa mujer, que no volví a vivir para mí. Yo hacía el oficio con orden, dándole vueltas y vueltas a la misma película. Mi hombre en Bogotá la pisteaba, le conocía el itinerario, los caminos, el horario, la ropa, los amigos, y comenzaba a montarle la trampa. Yo pensaba que lo más fácil era darles a ella y al cuñado a la salida de una casa que yo le había escriturado gracias a un embarque que habíamos coronado por La Coruña y que luego de reempacarlo logramos meter a Nueva York vía Montreal. Era una casa grande como un edificio. Yo me acostaba en mi chaborro a darme miedos y satisfacciones. Así es la venganza, un sentimiento gozoso que se acaricia y se acaricia envuelto en miedos. Lo que no se sabe es que el destruido por la venganza es uno mismo.

Sucedió entonces lo peor. Cuando todo estaba dispuesto y el montaje estaba listo desaparecieron ella y su cuñado. Los sacaron de la casa a la madrugada, los montaron en un carro y se los llevaron por los lados de Subachoque. Los encontraron asesinados y quemados, con un tiro de gracia cada uno en plena sien. Los habían matado con una pistola que mi hermano me había dejado de herencia, una Lugger bañada en plata que nunca usé y que tampoco nunca sabré quién usó para matarla a ella y a su cuñado.

La pistola es la única pista que tengo hoy para no volverme loco y para saber yo mismo que no fui quien los mató. La pistola la guardaba Virginia y ella la cogió con todas mis pertenencias. Mi malandro no podía saber de su existencia y por tanto, concluyo, él no pudo matarlos. Debieron tener otras deudas que les cobraron antes que yo. Me madrugaron.

Durante un año entero pagué el crimen en mi cabeza y lloré a la mujer muchas noches. Yo la quería. Cuando apareció lo de la pistola, el pecado se cayó del altar donde lo tenía. Dejé de sufrir el crimen para comenzar a llorar su muerte y a pagar con el peso de mi mala conciencia el crimen que quise cometer y no cometí. Ella, Virginia, es ahora la dueña de los muros y de las puertas de esta cárcel que yo construí con el deseo y la gana de matarla.

Pelusa

En esta cárcel, llamada Municipal de Cochabamba, vivimos unos cuatrocientos internos más ciento veinte mujeres y ciento ochenta niños. Somos una familia y, como en toda familia, aquí nos respetamos unos con otros y nos hacemos respetar. El hecho de que se esté condenado, con justicia o sin ella, no quiere decir que a uno lo puedan tratar como a un trapo viejo, de cualquier manera, pasándose por la faja los derechos que tenemos como seres humanos. Puede que entre nosotros haya desavenencias y disgustos, pero eso no significa que las autoridades la monten por donde quieran. No. ¿Acaso es que estar preso es un delito? No. El delito se cometió antes, el delito quedó afuera y por eso uno está adentro.

No crea que lo que hoy tenemos es un regalo, ni fue de buenas personas que nos lo dieron. Tocó ganárnoslo, peleando centímetro a centímetro, día a día. Al comienzo, cuando yo entré, esta cana era un infierno encerrado entre paredes. Aquí no había ley porque la ley la imponía quien tenía con qué hacerla. Los guardias cobraban por todo. Por dejar entrar o por dejar salir, por asolearse en el patio, por trabajar o por no trabajar, por orinar de noche, por amar la mujer, por vender comida o por comprarla. Los guardias nos cobraban a nosotros y el gobernador a los guardias. Tocó rebotarnos un día que dejaron entrar un bandido buscándome con nombre propio. La pinta entró pagando por entrar, dio vueltas hasta que me encontró y, si no me pellizco rápido, el hombre me mata porque venía con la pala lista. Pude madrugarle gracias a un zuncho que me había prestado don Rey y sacarlo para el hospital, donde dicen que no alcanzó a morirse.

Yo protesté. ¿Cómo así que dejan entrar a un hijueputa con cara de loco, sucio, enfierrado, llevado de droga y pasado de tragos, sin preguntarle ni para dónde va ni qué necesita? Ya para ese tiempo yo tenía fuerza entre la gente, y me respetaban. Cosa que tampoco fue

fácil, porque el mismo día que me botaron como a un perro en las celdas comunes, donde llegamos a dormir hasta treinta en cuatro metros cuadrados, me tocó corretear al jefe, que la tenía montada. Se llamaba Rintintín y andaba con un collar de cascabeles que lo anunciaba antes de su llegada, para que lo estuvieran esperando como a un rey. Pero como nosotros los colombianos no comemos de autoridad que no se gane a pulso, tocó seguirlo por todo el penal hasta que se dejó pillar en uno de los baños y mostrarle que yo no venía de vacaciones y que si alguien mandaba tenía que ser con mi permiso. Fue mi entrada. Le perdoné la vida para poderlo someter, porque si lo quiebro me hubiera tocado pagarlo y además quitarme de encima los deudos. Vivo podía yo ganarme el mando que él tenía.

Otra vez tocó frentear una bandola de Santacruz de la Sierra que llegó después de que yo me había acomodado, había comprado una celda de mil dólares y ya tenía mi cartel. Cartel y fama aseguradas. Era la bandola de los hermanos Maldiren, medio argentinos, medio bolivianos, medio paraguayos, medio brasileros. Siete muleros que trabajaban hacia el sur, o mejor, a quienes les había tocado abrir mercados hacia abajo, porque para el norte estábamos —y estamos— nosotros los colombianos. Entraron pisando duro. Yo los vi desde la celda de Rey, la única que tiene baño propio y que vale seis mil dólares. Le dije: «Don Rey, mire a ver si los conoce». Me dijo: «Sí. Son sutanos, fulanos y perencejos, buenos para la gavilla pero cobardes cuando andan solos. Cayeron sapeados por un envío que hicieron a Chile; los piden también de Los Ángeles. Me parece que van a buscarle lío a usted porque andan con el cuento de que ustedes los sapearon».

Yo no creí, porque los colombianos podemos ser bandidos pero no sapos. Sin embargo, me puse en guardia por si acaso. Con Carlos, un paisa sin agüeros que está por homicidio, nos les metimos a las celdas una tarde, cuando estaban haciéndonos la relación, o sea, el conteo. Era mejor pagar por indisciplina que dejarnos madrugar de los Maldiren. Así que fuimos y les decomisamos los cuchillos que tenían, los cogimos para nosotros, los frenteamos en la misma formación y quedó hecha la cita. Cuando ya nos habían contado y recontado y nos habían mandado a la cama, les caímos con Carlos. Ellos buscaron sus fierros pero, «camarón que se duerme, agua pasó por aquí». Ni

albricias. Cuando fueron a sacar, los que sacamos fuimos nosotros. Tres Maldiren a enfermería y dos al hospital.

Desde ese día don Rey, que era el rey del patio, sin decírmelo, me reconoció como el duro del cuento. Sin decirme nos reconocimos como las autoridades, porque era más conveniente para ambos un acuerdo para respetarnos el mando que pelear por quitárnoslo. Entre él y yo compartimos el poder y todo tercero que trataba de surgir lo hundíamos de entrada. En cambio, si uno de nosotros hubiera sacado al otro, hubiera sido muy posible que surgiera un segundo para suceder el mando, sumándole la fuerza al derrotado. Pura mecánica. Repartido el poder entre los dos, nos cuidábamos la espalda entre ambos.

Por eso fue que pudimos imponer el orden. El día que despaché al malandro que entró a matarme, ese día la gente toda se levantó para exigir autoridad. Si dejaban entrar a uno y a otro, nadie estaba seguro adentro. Los guardias sacaron sus palos y nos amenazaron, sobre todo a mí, porque sabían por dónde había comenzado el rollo. La gente nos fue respaldando hasta que quedamos unos en un lado y los otros en el otro. Guardando la puerta, la guardia apoyada por la policía; al otro lado nosotros, todos, incluso los Maldiren. La guardia nos gritó: «¡Paren!», y después vinieron gases y más gases. Pero nada, nosotros no cedíamos y lo único que pedíamos a gritos —incluidas las señoras y los niños— era que se apareciera el gobernador acompañado del procurador. Fueron llegando uno detrás del otro y evitaron el ras-ras, que hubiera dejado mucha sangre.

Presente la autoridad pasamos a exigirles seguridad ante todo. No dejar entrar a nadie sin nuestro permiso. La pelea fue corta porque la razón estaba de nuestra parte, pero por donde entra un dedo entra la mano y adentro: que las señoras, los niños y los viejos puedan ir al baño de noche sin permiso, porque en el permiso está la mordida; que las mujeres puedan ir a trabajar por la mañana y volver por la tarde; que los niños puedan ir a la escuela y venir a dormir con nosotros; que no nos sigan cobrando la instalación de las antenas de televisión; que nos dejen hacer una biblioteca, una videoteca y un gimnasio; que nos dejen entrar los abogados cuando quieran; que los indios puedan mascar su coca; que las celdas de castigo estén limpias, y rematamos

diciendo: «Nosotros tenemos que pagar los pecados que cometimos, pero no vayan a creer que por eso hemos dejado de ser humanos. Miren bien por dónde caminan, no vaya a ser que los pique la víbora».

Don Rey me respaldó punto por punto. El viejo es un hombre estudiado y muy conocido en Santacruz y sobre todo en El Beni, donde tiene haciendas de ganado. Era muy rico antes de meterse con el general Balsas a traquetear. El general le dio confianza y empacaban un avión con tres mil kilos cada semana. El general mandaba despejar la propia pista de El Beni para que los kilitos levantaran el vuelo rumbo a los llanos del Yarí, rumbo al propio Cali y al propio Medellín. Al principio era un avión de la Fuerza Aérea Boliviana y después un Turbo 1000 que compraron y matricularon con la placa de otro que tenían siempre parado en Cochabamba, de tal manera que pasaba como un avioncito pequeñito, que no mataba ni una mosca. Es que en Bolivia la droga la ha movido gente de sociedad; en cambio, en Colombia la hemos movido gente sin apellido, hasta que los de buen apellido nos comenzaron a pedir canoa y nosotros poco a poco se la fuimos dando, y entonces los asociamos a la causa. Por eso el país anda como anda.

Don Rey, sin pararse de la poltrona que sus guardaespaldas le cargaban para arriba y para abajo —el hombre era demasiado gordo y se cansaba de nada—, metió la cuchara para decir que la nuestra era una causa santa y que proponía, por tanto, que eligiéramos un consejo de delegados para contribuir al manejo de la casa-cárcel. Nadie se opuso. El procurador dijo que no tenía razones para oponerse y el director aceptó sin más ni más. Ahí mismo elegimos los delegados: disciplina, aseo, biblioteca, permisos, familia, recreación; en total trece delegados. Trajimos unas urnas y todos y cada uno de nosotros votamos en secreto por quien nos pareciera. Una de las elecciones más derechas que yo haya conocido. Sin improvisaciones y sin trampas elegimos el consejo, y amarramos a la guardia para que no siguiera favoreciéndose con nuestra situación. Les mostramos que nosotros éramos un hueso duro de roer y hasta espinoso.

Hoy es la cárcel más limpia y más segura del mundo. Si afuera no hay justicia, nosotros les demostramos que aquí adentro sí y que nadie abusa del otro. La celda de castigo se acabó, es decir, nadie la visita

hace tiempos porque no hay necesidad; se acabaron las rapadas de pelo porque nadie se comporta mal; se acabaron los mil quinientos dólares mensuales que cogía el gobernador y los cinco mil que le correspondían a la guardia. Aquí pagamos nuestros delitos pero no les pagamos a nuestros carceleros. Si a la justicia la tienen acorralada afuera del penal, aquí la recibimos y la defendemos.

Llevo aquí pagando a pulso seis años, cuatro de tránsito y dos juzgado. Me faltarían entonces siete, que puedo rebajarlos a dos si trabajo un poquito. Tenía veinticinco porque me sumaron el delito de homicidio culposo en la persona de un policía, un perro de éstos que nos cuida y que dio en enamorar a mi mujer. Ella me lo contó todo desde el comienzo y yo fui dejando cocinar el negocio hasta que un día que andaba enojado porque me había salido mal un cruce, decidí castigarlo. Preparé la fuga, me fui, lo busqué y lo maté en legítima defensa de mi honor, como después de la apelación lo reconoció el mismo Tribunal Superior. Yo creo que a la hora de la verdad lo reconoció porque el único delito que se les conoce aquí a los colombianos es el narcotráfico.

* * *

Llegué a Bolivia el 28 de febrero del año 91. Venía de mi casa en La Hormiga, Putumayo, donde nací hace ya veintiocho años. Mi padre es pastuso y mi madre de Campoalegre, Huila; los dejé a la edad de trece años porque por donde vivíamos no pasaba la vida y me tocó salir a buscarla. Fui raspador de hoja en eso que llaman Piñuña Negra, hasta que aprendí la química. Trabajé en el Caquetá, en el Guaviare y últimamente en el Cauca. Sacaba la mercancía al 90 por ciento, y cuando no llovía mucho le alargaba el número hasta el 95 por ciento. Fui muy reconocido como químico. Aprendí también a cristalizar en Leticia y he llegado a sacar al 101 por ciento. Es decir, por cada kilo de pasta básica saco un kilo y diez gramos. Me considero también afamado en este arte y lo que tengo se lo debo al trabajo fino que sé hacer. De Leticia me abrí para Tingo María; uno lo que más anhela de joven es recorrer, porque uno metido en una cocina haciendo mezclas, poco es lo que mira del mundo.

Estuve unos días sin trabajar, mirando los pájaros. Salía de Tingo a Sarapoto y volvía sin meterme con nadie. En Sarapoto le hice sicología al negocio. Los indios sabían cultivar muy bien la coca, entre otras cosas porque poco o nada más saben hacer. Pero no la procesan. Viajé también por El Chapare en Bolivia y toda esa región en el mismo plan: mirando y tirando inteligencia.

Los peruanos sacaban pasta húmeda al 70 por ciento, pero no sabían lo que era la base. No sabían oxidar la mercancía para sacarle impurezas. Cuajaban con querosene y esa melcocha no se deja trabajar bien. Estudié la vaina y me puse a sacar base unos meses, hasta que me aburrí de hacer plata. Llegué a sacar, según cálculos, más de ciento veinte mil kilos trabajando en esa rutina, hice socia con unos paisanos y botábamos la mercancía bien empacada desde un avión cerca de Villavicencio. No obstante, dejé el cuento y me puse de profesor. Me dediqué a enseñar cómo sacar la base y a vender mis conocimientos y las mañas de laboratorio que había ido descubriendo. Hice mucho billete pero asimismo me tocaba cuidarme y gastar en quiñadores para poder ofrecer mis servicios. Más de una vez me tuvieron que defender porque la envidia era mucha. Daba cursos de una, de dos o de tres semanas y le cobraba a cada alumno cinco mil dólares. Así que al cabo de un año estaba rico pero rodeado de enemigos. Los más bravos eran mis paisanos, porque ellos vivían de los laboratorios, y yo enseñando secretos me los eché encima.

Una vez teníamos listo un paquete de mil kilos de cristal pulpo, brillante. El Turbo Comander llegó a la hora que era y estábamos embarcando cuando se aparece la ley. Soldados como hormigas y armados hasta en el pelo. Nos rodearon y nos echaron con todo y mercancía en el mismo avión. Adelante íbamos el piloto, un paisa arrechísimo y yo; atrás un capitán y un sargento apuntándonos con sus R-15. Despegamos y el piloto comenzó a tomar y a tomar altura, y cuando estábamos a siete mil pies se descolgó en picada. El capitán comenzó a sudar y a temblar y el hombre le grita: «Capi, si no quiere que nos matemos todos, coja el maletín con la plata, denos las armas y los aterrizo suave en La Teresiana. Si no, mire para abajo porque lo que es yo suelto este avión derecho al suelo. No voy a pagar un día. Resuelva». El capitán miró al sargento, el sargento miró al capitán y

nos dieron los fusiles. Aterrizamos, cumplimos nuestra palabra y ellos se escabulleron: si te vi, no te conozco. Se quedaron con sus diez mil dólares en mitad de la selva. El cristal lo llevamos primero al Brasil y luego nos atravesamos el charco y aterrizamos en Guinea Bissau. Al piloto lo llamaban Paloseco porque no hacía nada si no estaba borracho, y la gente, por burlarse, lo mentaba así.

Contaba que una vez había llegado a recoger una encomienda al Chapare, en Bolivia. Cargó la mercancía con destino a Cali, pero estando en la cabecera de la pista se le aparecieron dos helicópteros. El hombre les avisó por radio que si no quitaban esa mierda de ahí se los llevaba con el avión. Aceleró ful la máquina, al ciento por ciento, los helicópteros casi no tuvieron tiempo de quitarse, pero se quitaron, y Paloseco se les abrió en medio de la balacera y alcanzó a llegar a Leticia con el avión vuelto un nazareno. Los colombianos ponemos marcas.

Es como decir Frijolito, un caqueteño de El Doncello que se dio candela con los Leopardos y con la DEA. Apareció muerto y nunca dijeron que se había llevado dos Leopardos y un DEA. Dicen que lo cogieron vivo y lo despedazaron. Lo hacen porque saben que nadie reclama el cadáver de un colombiano muerto en Perú o en Bolivia. Al lado de los policías de estos dos países, los colombianos son monjitas del Buen Consejo.

Del Perú sacábamos los colombianos, sólo de la zona de Huayagas, quinientos o seiscientos mil kilos de pasta húmeda, y después, cuando ya aprendieron ellos, los cholitos, a trabajarla, otros tantos kilos de base. Ahora ya mueven unas toneladitas de cristal. Sin embargo, todo lo que sale lo manejan colombianos. Los peruanos y los bolivianos han tratado de meterse en Colombia, pero no han podido. No los dejamos. ¿Cuántos bolivianos trabajan en laboratorios colombianos? Cero, ninguno. ¿Cuántos colombianos trabajan en Perú o Bolivia? Sólo aquí, en la cárcel de Cochabamba, hay veinticinco paisanos. Todos por narcotráfico, excepción hecha de un güevón que mató a la mujer. Claro que hay que mirar bien quién es el que se llena los bolsillos con el negocio. Los colombianos metemos arriba el kilo de cristal digamos en diez mil dólares, y los monos lo venden a veinticinco mil. ¿Qué se hacen los quince mil verdes de diferencia? ¿Acaso es que los místeres

esos vienen cada uno por su dosis? Esa es una red la verraca, que sumada a la nuestra mueve más de doscientas toneladas al año de cristal al 90 por ciento. Sin tener en cuenta la heroína, que están llevando como pan caliente. Dentro de poco se va a dejar de hablar del perico colombiano para hablar del caballo colombiano, que no es propiamente el de paso fino. Pero casi.

La red mueve mucho menos de lo que tiene guardado para especular, para hacerle el quite a la erradicación, a las incautaciones, a las guerras. Es como decir que el agua que sale por los tubos de una ciudad es el agua que hay en los embalses. No se dice que las tuberías son depósitos. En el mercado de la droga pasa lo mismo. En las redes se guarda y en las caletas se guarda para la época de las vacas flacas. Por eso los precios de venta se mantienen más o menos iguales a pesar de los golpes que dan, a pesar de la erradicación y de las payasadas que hacen. Hay que contar además con que el comprador al que le decomisan mercancía baja los precios para recuperarse. Lo mismo hacen los cultivadores: siembran más en la medida en que los fumigan. Por eso digo que cada vez hay más coca, cada vez más barata y cada vez más pura. Al mercado gringo lo tenemos ful.

En una de esas escaseces hice un cruce para comprar cinco mil kilos de cristal por los lados del lago Chamí. Coca cultivada en el Chapare, de muy buena calidad y a muy buen precio. Hice socia con un boliviano y cuadré con un conocido mío que vuela un Comander de lujo, un ex oficial de las FAC que se conoce todos los aeropuertos de la línea Santacruz-Cali-Golfo de México. Conoce además cuanto militar y civil trabaja para la DEA, porque colaboró con los gringos mucho tiempo. Lo llaman Tinkertoy. Llevábamos la mercancía en varias maletas y nuestro destino era transportarla hasta La Guajira para embarcarla en una motonave gallega rumbo a Europa. Teníamos la línea bien aceitada y carburando al 95 por ciento. Ese cinco por ciento lo manejaba Carchi, mi socio boliviano.

El día que salimos de Santacruz al sitio de embarque amanecí con la reserva puesta. Le dije a Tinkertoy: «Hermano, a mí esto me huele a tumba. Algo no me cuadra en el juego. Voy a dejar el fierro para no tenerme que llevar algún sapo». Yo acostumbraba siempre, en las peligrosas, a llevar el R-15. Pero como tenía el pálpito de que

estábamos vendidos, resolví que no, que lo dejaba; sin embargo, al momento de salir, Carchi me pasó una Beretta y me dijo: «Es mejor llevarla».

Sobrevolamos el punto. Todo en orden, aunque yo seguía con la picazón y le dije a Tinkertoy: «Hermano, no vaya a aterrizar; devolvámonos que no se me quita el miedo». Carchi se enverracó y me trató de faltón. Dije: «Bueno, a la de Dios». Caímos. Carchi se bajó primero y caminó hacia una medio carretera al lado de la pista. Cuando estaba llegando salió un hombre de anteojos verdes, lo saludó y lo encañonó. Ahí mismito me di cuenta de que estábamos rodeados. Salían leopardos de todos lados, pintorreteados y con los fierros montados. Yo tiré a un lado la Beretta para que no me cogieran con las manos en la masa, ya que ese delito es aquí de veinticinco años cuando uno anda con suerte.

Nos esposaron y nos cargaron amarrados de patas y manos, como chivos, en el platón de un camión militar. Seis horas de magulle hasta que llegamos a un cuartel que tienen con la DEA en la selva del Chapare, llamado Santa Lucía. Un centro de entrenamiento de fuerzas especiales antidrogas, con un aeropuerto que soporta los tales *Galaxies* con cinco helicópteros en la barriga.

Nos bajaron encapuchados y a golpes nos metieron en un sitio que debía ser como un salón grande, porque creaba eco. Primero el interrogatorio con la cara encapuchada. Uno pierde el contacto con la voz del interrogador y no puede saber de dónde vienen los golpes. Carchi me dijo: «Yo voy a hablar». Yo le dije: «Yo no». Me rogó que hablara y le contesté: «Los colombianos no sapeamos ni a los sapos. Traidor hijueputa». Después mi hicieron el sombrerito: me empujaban la cabeza entre una alberca hasta casi ahogarme y cuando ya estaba morado me dejaban respirar. Tampoco les dio resultado. Luego me echaron un esprey picante en la cara que casi me enloquece. Como si me hubiera caído ácido o ají chivato en los ojos. Nada, ni por esas. Los contactos no sólo son la vida de uno, sino a la hora de la verdad su instrumento de trabajo. Se mamaron de golpearme las pelotas y de darme golpes en los oídos. Por último vino el forense y me hizo un examen. Un firmón. A Tinkertoy le hicieron lo mismo, y después de que me tiraron en un rincón, lo oí todo. El hombre lloró pero tampoco

habló. Debió también saber que el único beneficiado si nosotros hablábamos era Carchi, el que nos sapeó y engordó el expediente.

Yo nunca maté con rabia porque siempre que me tocó hacerlo lo hice a nombre de otro. Con Carchi hubiera sido distinto; lo hubiera matado a gusto, y estoy seguro de que me hubiera perdonado a mí mismo.

El ahorcado

Los que nacimos y nos criamos en Armero les perdimos el rastro a los recuerdos. Aquella noche fue la primera vez que me vi solo y sin nada. Quedamos entre el barro, enterrados para siempre mis papás, mis hermanos, mis amigos, las calles del pueblo donde aprendí a jugar, la iglesia donde hice la primera comunión un 21 de junio, la casa donde nací, una casa grande de alerones y tres patios: el patio de las flores, el patio de los árboles y el patio de los caballos, a donde una madrugada llegó el caballo de mi tío con él muerto encima, guindado sobre la cruz, con las patas y la cara moradas y el cuerpo tasajeado como un viudo de pescado. Mi papá lo desató sin soltar una sola lágrima y lo medio acostó en el suelo, porque mi tío estaba ya duro de lo muerto. Lo había matado Desquite en la Escuela de las Ánimas, arriba de la Victoria. Sin que se supiera por qué. Desquite le había preparado la muerte a la cuadrilla de obras públicas que era de godos duros, y mi tío cayó porque, sin ser conservador, llegó a la hora en que estaban matándolos, uno a uno. Primero los bajaron de la volqueta en que venían, después los metieron a todos en el salón de clase y por último los desnucaron en la quebrada con un palo de macana. A mi tío lo devolvieron en el caballo y no lo dejaron en la pila de muertos como para pedir excusas por la equivocación. Mi padre debió entenderlo así, porque nunca habló del caso después de que lo enterramos en el propio patio de las flores, ya que el cementerio estaba vedado para los liberales desde el 9 de abril, el día que mataron al cura de Armero, quien desde la torre de la iglesia les disparaba a los gaitanistas que pedían la cabeza del alcalde como recompensa por la del caudillo. Todo esto quedó enterrado entre la tierra que comenzó a bajar aquella noche y que no dejó de bajar y enterrar todo lo que fuera distinto a ella.

Yo no lo viví porque para esos días me había ido a estudiar

mecánica automotriz al Sena de Ibagué. Mi ilusión era aprender la mecánica de las combinadas, esas máquinas tan grandes como fábricas que recogen la cosecha de arroz o de sorgo y ellas mismas trillan el grano y de encime lo empacan en costales. Desde niño eran mi asombro y, como no teníamos tierra, tocaba conformarse con trabajar en la de otros. Aquella mañana, cuando me estaba aseando para irme a clase, mi compañero de cuarto me dijo: «Don Yamid se volvió loco; oiga lo que está contando: que Armero desapareció. ¿Será que habrá resuelto cambiar el día de los Santos Inocentes?». Pero yo desde que le oí el jaleo al piloto que dio la noticia, supe que era verdad. Cuando salí a la calle a ver para dónde cogía, todos los vecinos estaban hablando de lo mismo, como si todos tuvieran velas en el mismo entierro. Todo mundo estaba en la calle hablando y profetizando al tiempo, pero nadie creía posible que un pueblo grande como Armero, un pueblo con alcalde, honorable concejo municipal, puesto de salud, parque, taxis, terminal de flotas, cuerpo de bomberos, banco y ancianato, desapareciera de la noche a la mañana. Nadie podía creer que la montaña pudiera vomitar tal cantidad de fango y, sobre todo, nadie se explicaba el porqué. Pero así fue.

Hice lo mismo que mi padre hizo con mi tío. Lloré hasta el cementerio, o mejor, hasta que se celebró en Guayabal la gran misa de difuntos, y volví a mis máquinas. Dejé la mecánica y me especialicé en electricidad, que es lo que da vida a los carros. La bobina me pareció siempre la pieza más rara y más curiosa de todas. Eso de generar energía con sólo dar vueltas, era para mí milagro y lo sigue siendo.

La bobina me ayudó a tapar la pena, aunque también me ayudó Adelaida, una ibaguereña de ojos zarcos y piernas flacas y largas que estudiaba en la Normal para Señoritas. La comencé a enamorar invitándola a comer helados en el parque Murillo Toro y a pasear por la carrera quinta en vez de ir a clase. Caminábamos mirando las vitrinas. Yo poco le hablaba, porque me daba miedo, y ella se reía de mi timidez. Seguí enamorándola hasta que un día le propuse matrimonio. No entendió lo que le hablaba. Me dijo que yo estaba loco porque ni siquiera éramos novios. Le respondí que entonces, en ese caso, hiciera un solo paquete y tomara una sola declaración por las dos. Ella tenía otros muchachos y yo, para evitarlos, resolví pedirle

que se casara conmigo; si decía que no, la dejaba yo a ella, y si decía que sí, tenía ella que dejar a sus amigos. Nos casamos en la iglesia de la primera. Pasamos la luna de miel bailando salsa en la feria de Cali. Ella tenía buen oído y bailaba bien. La pretendían mucho, pero como estábamos enamorados yo no miraba para dónde íbamos.

Del Sena salí a trabajar en un taller de electricidad, y de allí a camellar donde Peláez Hermanos, arreglando vasos de batería. Don Augusto Pinillos —el patrón— me dio la mano y me ayudó a conseguir un puesto en la automotriz. Como yo era bueno para la electricidad y tenía genio para entenderla, me nombraron jefe de la sección. Duré tres años dándole a los cables, a los alternadores, a las bujías, hasta que le perdí el misterio a la vaina. Nació Elías, el primero de los niños, y seguíamos viajando a las ferias de Cali a recibir el año venteando salsa. A mí me gustaba bailar con ella porque bailando se ponía alegre y desprevenida. Le gustaba vestirse bien y estrenar un vestido cada día de la feria. A veces me hacía sentir sus carencias y me lo reclamaba. Pero yo andaba enamorado y nada le mezquinaba, así en la casa faltara para el mercado y no tuviéramos con qué comprar la Klim para el niño.

En esas me salió un trabajo en Medellín. Como yo sabía tanto de electricidad y conocía bien la mecánica, me ofrecieron un curso de especialización en carburadores de inyección dado por los Crump. Saqué la mejor calificación y me ofrecieron manejar un taller para acondicionar autos de carreras. Buen salario y mejores condiciones. Hablé con Adelaida y trasteamos para la Bella Villa. Aunque la empresa aparecía con el nombre de Vélez Autos, la verdad, que yo vine a descubrir con el tiempo, es que el patrón era Roberto Gaviria. Buen hombre, no puedo negarlo, generoso con quien le servía bien y legal con quien era legal. Era la llave de don Pablo, a quien por aquellos días tuve el honor de conocer. Juntos eran buenas cabrillas y como no les hacía falta el billete, mantenían los carros engallados con lo último de lo último. Les gustaba la aventura de la velocidad. La muerte y la vida andan juntas siempre, pero en una carrera de automóviles su juego se ve más. Juegan a las escondidas delante del piloto.

Ellos dos —hablo de Pablo y de Roberto— eran muy amigos, casi

uno solo. Tenían una sintonía que a veces daba miedo, porque lo que uno vivía el otro también, así no estuvieran juntos. En la pista uno veía cómo se compaginaban de bien. Habían hecho la fortuna juntos. Compartían todo. Desde los carros hasta las mujeres, porque de niños habían sido inseparables. Estuvieron juntos en la Argentina cuando don Severo se fue a vivir a Buenos Aires, invitado por Perón a trabajar como obrero. Se hicieron hombrecitos viendo juntos el Boca Junior. Doña Hermilda, la mamá de Pablo, tenía un tallercito de costura y trabajaba tan fino que la propia Evita la contrató para confeccionarle sus vestidos. Dicen que Evita Perón era colombiana y por eso quizás llegó a querer tanto a la doña, a su marido y a sus hijos. Pablo y Roberto hablaban de ella como si todavía viviera.

Trabajaron juntos en Medellín repartiendo mercados en bicicleta y de allí les nació la afición por la velocidad y el peligro. Llevaban los mercados a las quintas de El Poblado y se descolgaban por esas lomas a lo que las bicicletas daban; querían correr en la Vuelta a Colombia y de ahí Roberto Escobar, El Osito —que sí corrió— sacó la pega por las ciclas. Después, juntos también, se dedicaron a robar lápidas de bronce en los cementerios de pueblo y recorrieron así toda Antioquia. Llegaban por decir a Jardín y se averiguaban quién estaba para morirse; con el bronce que se ganaban por las noches en las tumbas, hacían nuevas lápidas y les ponían el nombre de los moribundos; de tal manera que cuando se morían, ya las tenían grabadas con los datos de los difuntos. Hicieron plata suficiente para comprar un carrito, hasta que descubrieron que era más barato, en lugar de tanto camello y tanta investigación y tanta viajadera, robarse los carritos y comprarles los papeles. Ellos eran muchachos honrados; lo que los perdió fue haber descubierto que el trabajo no valía y que las autoridades eran compinches de tanta corrupción.

Yo les acondicionaba de arriba a abajo sus autos. Competían en muchas partes con ellos y tenían con qué comprarlos y con qué convertirlos en los mejores del país. Me pagaron un curso de inglés durante seis meses para que yo mismo viajara a los Estados Unidos y a Europa a traerles lo último que salía al mercado. En uno de esos viajes me acompañó Adelaida, que ya era mamá del segundo hijo, Lisandro. Seguía linda y los vientos de Nueva York se le subieron a la cabeza.

Dio en gustarle todo lo que veía, en antojarse de lo que no podía comprar y en codiciar lo ajeno. Me hacía sentir mal porque vivía comparándome con los patrones y hasta llegó a tratarme de gallina. Tuve que golpearla en pleno Central Park y desde ese día las cosas comenzaron a dañarse. Una noche fuimos a bailar salsa de verdad en un bar que quedaba en Queens, y allí se encaprichó con un negro dominicano y me hizo saber que Cali, el de las ferias, estaba ya muy lejos.

De regreso a Colombia yo venía envenenado. Como si se me hubiera desbalanceado el eje de levas. Traía un inyector eléctrico para don Roberto, uno de los primeros que llegaban al país, y compré otro para mí, o mejor dicho, para venderle a la competencia, cosa mal hecha porque los Escobar me tenían mucha confianza. Me gané unos pesitos a costa del pecado de la deslealtad, pero me lo excusé a buena cuenta del juego que Adelaida me estaba montando.

El siguiente viaje lo hice a Europa, a la Feria Mundial del Automóvil en Turín, donde sacan los coches más rápidos y las innovaciones mas adelantadas. Don Roberto fue conmigo y me tuvo a cuerpo de rey. Hice también mis avionaditas y logré traerme piezas que eran desconocidas en Colombia. Se las vendía por debajo de cuerda a don Joselín Prieto, nuestro rival más peligroso. Era sobre todo un hombre de mucha atención al volante. En las competencias tenía presente el movimiento de todas las máquinas y un oído muy fino para la propia. No cometía errores, no presumía y era preciso como un pistón. Por eso sabía ganar. Los Escobar lo envidiaban y por debajo lo odiaban, aunque a él nada se le daba. Me propuso que me fuera a trabajar en su taller, pero a mí me convenía más el doble juego, así fuera peligroso. Los Escobar eran gente firme y no aceptaban la traición, por pequeña que fuera. Sin embargo, yo porfiaba para conseguir lo que buscaba.

En uno de los últimos viajes que hice para ellos conocí en el avión a un cucuteño, agente de Camiones Pegaso. Nos hicimos amigos hablando de la función que cumplía el tamaño de los piñones en la fuerza y en la velocidad de un carro, ya fuera camión, automóvil o tractor. Sabía mucho y terminamos tomándonos unos tragos. Se llamaba Galo Domínguez. En Madrid lo invité al hotel donde yo sabía llegar y entre unas y otras se fue informando de mi vida. De toda mi

vida. Supo sacarme lo que yo guardaba. Desde mi relación con los Escobar hasta mis amores con Adelaida, que para aquellos días iban de mal en peor. Me fue endulzando el oído hasta que me propuso negociar con repuestos. Lo oí con atención y me fue encarretando hasta que cerramos el trato e hicimos la sociedad. Comprábamos repuestos de segunda en España y los vendíamos como si fueran de primera en Colombia. La diferencia del precio era grande, y el negocio pintaba suave. Él se ofreció a tramitar los papeles de importación porque existía en ese entonces el régimen de licencia previa. Él compraba en Madrid y yo llevaba a Colombia. No se veían nubarrones por ninguna parte, Adelaida viajaba con frecuencia y hasta llegamos a comprar un apartamento en Madrid.

La sociedad comenzó a crecer sobre ruedas. El negocio pasó de unos pocos dólares a varios miles en menos de seis meses. El hombre me estudiaba pero yo estaba en lo que estaba, dándole gusto a Adelaida, que ya tenía buen apartamento, carro último modelo y los vestidos que quisiera. Pasábamos vacaciones en Cartagena y Aruba. Éramos casi ricos y andaba conmigo para arriba y para abajo. Sin embargo, yo sabía que no podía aflojar la cuerda porque entonces todo se desplomaba.

Un día Galo me propuso lo que venía estudiando con tanto cuidado: «Iniciemos una línea de exportación de guacas a Europa». «¿Guacas?». «¡Sí, guacas! Se compran guacas hechizas, se empastelan y se envían a España por correo certificado o como equipaje no acompañado. Se recogen en la estación de Atocha, se rompen los cascarones, se saca el producto —la nuez—, se vende, se compran repuestos y se exportan a Colombia común y corriente. Negocio redondo, ganando por punta y punta».

Yo dudé. Le puse de presente todo tipo de dificultades hasta que —tengo que decirlo así me duela— cedí por miedo a que Adelaida me volviera a tratar de gallina. Terminé cediendo y trasnochando muchas noches hasta afinar el plan. Pasamos después de las palabras a los hechos: a buscar el artesano de las guacas, a conseguir el perico en Pereira, a trabajar de sicología el correo certificado. Fueron diecisiete meses completos aceitando la maquinaria. Durante ese año hicimos cinco importaciones completas, legales y limpias de repuestos, hasta

ajustar una buena base para comenzar a trabajar en serio.

Discutimos si el primer viaje debía ser de ensayo o ya de seriedad. Galo y Adelaida me convencieron de ensayar de entrada con un par de vasijas de barro con paredes gruesas para que pudieran transportar la mercancía sin problemas. Las guacas quedaron perfectas y llevaban cada una cinco kilos. La idea no podía ser más brillante: los rayos X no permitían detectar nada y, como eran objetos de gran valor artístico, no se les podía meter una sonda.

Yo me fui solo y limpio adelante. Mientras llegaba el envío me dediqué a comprar todo lo que teníamos en repuestos para ir enviándolos a Colombia, porque la exportación de guacas iba en serio. El plan no era dedicarnos a ese trabajo sino hacer sólo unos envíos grandes y camellar legalmente el plante que consiguiéramos. Comprar tierra, apartamento y vivir sin afanes el resto.

Cuando Galo me llamó diciendo que todo estaba listo, yo pensé en salirme del cuento. Pero ya no era fácil. Colgué el teléfono y despaché el gran cargamento de repuestos para Colombia. Cincuenta mil dólares. Mientras viajaba por mar, por aire venían las guacas. Yo me alojaba en el hotel Fénix en el Centro Colón, como si fuera un rico, con todos mis papeles en regla y coche con chofer. Espere y espere. Todos los días tenía mis conferencias telefónicas con Adelaida. Hablábamos de todo un poco para distraerme. A veces lo hacía desde el *lobby* para mostrar que yo era un empresario muy importante y muy rico. Me levantaba tarde, me vestía despacio, desayunaba a las once, comía a las cuatro, daba una vuelta por el paseo de El Prado y luego me iba de bar en bar, de discoteca en discoteca, de *sexshop* en *sexshop*, mirando todos los videos porno que había en ese entonces en Madrid.

Hasta que una mañana me avisaron que había llegado la encomienda. Me vestí a toda carrera, me di la bendición y me puse en la ventanilla. Había dado una vuelta antes alrededor de la oficina de correos tratando de averiguar si estaba pillado. Todo me pareció normal. Llegué a la ventanilla y la empleada me dijo que pasara por la puerta, porque la encomienda no cabía por el hueco del vidrio. Entré, me pidieron que esperara un minuto y después de un rato me invitaron a otra sala, donde vi el famoso paquete tal como Galo me lo había descrito. Me preguntaron quién era fulano de tal. «Sí, soy yo».

«¿Usted viene a reclamar este paquete?». «Sí». «En efecto, el número coincide con el papel que trajo. Bueno, entonces firme el recibo a satisfacción». Yo que acabo de firmar y el que me había hecho las preguntas se identifica: Guardia Civil, Cuerpo Especial Antidrogas, Fiscalía: quedé muerto, fulminado. Pensé en tirarme por una ventana. Pero no. Estaba cogido de las cuatro.

Me di cuenta al instante de que había caído en la trampa, una trampa armada con paciencia, paso a paso, por Galo. Me había usado de gancho ciego y ya a esas horas debía estar recibiendo los repuestos. El plante completo y limpio de paja y pelo. Me había tramado como a un niño.

Uno de los tiras rompió con la cacha de su pistola la guaca. Apareció un paquete delgadito, emplasticado. Lo abrieron, lo pesaron y un forense dio el veredicto: dos kilos trescientos veinte gramos con 95 por ciento de pureza. Un guardia me pasó un papelito que venía dentro del paquete y que decía: «Un beso. Tuya, Adelaida».

Les grité a los guardias que eran unos corrompidos, que nada tenía que ver con el cuento, que era víctima de un engaño, que no esperaba una vasija sino un tunjo, que era exportador de repuestos y mecánico electricista de profesión, que vivía de eso, honradamente, que no sabía nada de nada. «Nada de nada», repetía mientras me esposaban y me metían en un carro hasta la Plaza de Castilla. Cuando llegamos ya estaban ahí todas las pertenencias que tenía en el hotel, incluyendo un maletín con doscientas ochenta mil pesetas que me habían sobrado de las compras y que tenía encaletado para mí. Me preguntaron mis datos, me hicieron firmar papeles, me pusieron un abogado de oficio y me pasaron a la ducha. Brinqué alegando que yo no me bañaba con agua fría porque tenía una enfermedad en los riñones. «¿Riñones?», dijo un guardia, y me empelló tan duro que me tiró al piso. Abrí la ducha y con la ropa puesta me bañé. Me obligaron a desvestirme y a refregarme con un jabón antipiojos.

Salí emparamado y tiritando de frío. Lloraba como una culicagada que hubiera perdido la virginidad. Ni alegaba. Me sometí a mi suerte y me dejé llevar por donde el río quisiera llevarme. Las horas pasaban. Mi cabeza era un tropel por donde aparecían Galo y Adelaida, el tunjo y el cuarto del hotel, La Guardia Civil y la licencia de importación, don

Roberto y mi tío. Y vuelve y juega: Adelaida bailando, Adelaida besándome, Adelaida comprando vestidos, Adelaida y sus ojos zarcos y sus zancas largas. Me quedé dormido sin saber. El frío me despertó muchas veces hasta que amaneció y abrí los ojos. Creí que todo era una película. No podía creer en lo que estaba ahora, cuando hacía sólo unas horas hacía planes para regresar a Colombia. Me sacó del entresueño un par de golpes secos, dados como con una piedra en la puerta de la celda. ¡Dios bendito! ¿Dónde estoy? ¿Me estoy volviendo loco? El guardia me gritó: «Puede hacer una llamada a Colombia si quiere».

Llamé a Adelaida. Me contestó la empleada. Me dijo que hacía dos días había llevado a los niños a dormir donde su hermana, que no había regresado y que le había ordenado que si yo llamaba me dijera que me deseaba suerte y pulso para salir de donde había caído. Que me encomendara a la Virgen. Caí en cuenta de todo. El único culpable era yo, por no decidirme a perderla. Me acerqué al lavamanos y me lavé la cara. Me quité la prótesis de la boca y la puse en el borde del lavamanos. Me dieron ganas de ensuciar, me bajé los pantalones y cagué todo lo que tenía. Al abrocharme el cinturón empujé sin querer la prótesis, que cayó en el hueco del sanitario. Un hueco profundo. Metí la mano pero eso no tenía fondo. Comencé a gritar desesperado y a llorar. Me sentí la boca sin caja de dientes, me dio pánico y decidí matarme. Me amarré un extremo del cinturón al cuello, el otro extremo lo amarré a un tubo del agua que colgaba del techo y me solté. Sentí que el golpe me hacía brotar los ojos.

Me desperté en la enfermería. Dos sicólogas trataban de calmarme y una enfermera me daba pastillas mientras otra me echaba alcohol en el cuello, porque el golpe del cinturón me había hecho un moretón. A los pocos día me enviaron a Carabanchel a vivir con mis recuerdos en un chabarro de donde ni ellos ni yo podemos salir.

Echo de menos una avalancha como la de Armero, que me sepulte vivo.

Ocho años, tres meses, un día

No lograron convencerme de mi culpabilidad ni aun después de que el Alto Tribunal de Apelaciones fallara en mi contra. Siempre sentí que los magistrados estaban equivocados de persona, que hablaban de otra y que quien estaba en la cárcel vivía un sueño. Pero desde el día que el abogado me leyó el acta de condena comencé a dudar de mí, hasta que fui concluyendo que la equivocada era yo misma. Fueron ocho años de mi vida que viví minuto a minuto —desde que comenzaron hasta que terminaron— y que les quedé debiendo a mis tres hijas, que terminaron de crecer sin mí mientras yo, en la cárcel de Carabanchel, comenzaba a envejecer.

No fueron ellas hijas del mismo padre. La grande la tuve con Óscar, un muchacho que conocí en el colegio y que, cuando murió mi hermano, me sirvió de refugio. Yo salí muriéndome de la muerte de él. Era mayor, siempre pálido y siempre ausente; vivía como en la otra vida desde antes de morirse. Un día dejó de ir al colegio, después dejó de comer y luego se clavó en una ventana a mirar siempre hacia lo lejos, como esperando a alguien. Mi mamá me dijo que yo tenía la culpa y por eso me casé con el pobre Óscar, que nunca supo por qué yo lo había escogido para casarme.

Nos separamos una noche en que, estando acostados, le dio por preguntar por mi hermano. Yo le había respondido todas sus sospechas una tras otra. Pero él volvía y ahondaba y siempre quería otra verdad, y otra, hasta que me levanté y me fui a dormir a la calle. Allá llegó con su acosadera, hasta que le dije que si seguía preguntando le contaba lo que no quería oír. Entonces me pegó. Yo le devolví y terminamos sacándonos los ojos. Al día siguiente cogí mis cosas y volví a mi casa. Regresé también al colegio a terminar el bachillerato, porque dizque yo quería ser alguien. Me gradué y seguí a la deriva.

A Nicanor lo distinguí desde niña. Lo vi casarse, tener cuatro hijos

con una mujer que detestaba, abandonarla y llegar a mi casa a pedirme en matrimonio. Mi mamá le dijo que hablara conmigo y yo le dije que le servía de esposa pero no de mamá, que podíamos vivir los dos juntos pero que ni lo iba a querer ni iba a ver por él. Aceptó, y al año, cuando preparábamos viaje para El Cerrejón, llegó la primera de las niñas que tuvimos juntos. Él es topógrafo. Mide distancias. Ayudó a medir la mina de carbón a cielo abierto más grande del mundo, pero cuando acabó quedó desempleado. Ya para esas había nacido mi última niña y éramos lo que éramos: nueve personas de carne y hueso que había que atender y aguantarle a cada quién su genio y su mal genio. Más fácil era sacar a pala todo el carbón de la mina.

Desempleado él, desempleada yo, desempleados todos, no habíamos sido capaces de conseguir casa, que es lo único que uno necesita para poder ser desempleado en paz. Nos metimos todos a la casa de mi mamá, que siempre había sido para mí como el mientras tanto, pero con el marido y siete hijos se volvió un infierno. Lo fue desde que yo descargué a la chiquita en la sala para cambiarle los pañales. Por eso, cuando Juliana, la hermana de Nicanor, me llamó por teléfono desde Madrid y me invitó a que «hiciera oficio donde se viera», no dudé que el destino de todos era en España. Ella se había ido hacía varios años, administraba una cafetería y había logrado hacerse la vida. Me aseguró que me ayudaría a encontrar empleo y educación para los muchachos —que eran de él— y para las niñas —que son mías—.

Nicanor tenía una herencia que le había dejado su papá, una tierrita por allá en Garagoa, y una casa en el pueblo. Las vendió y con eso tuvimos para comprar los pasajes de avión a Madrid y llevarnos lo del primer mes. El mes pasó rápido y no habíamos conseguido cómo sacar un apartamento para poder vivir solos. A mí me contrataron de empleada de servicio («asistente» le dicen a la que en Colombia llamamos «de por días»). Pero él quería trabajar en lo que sabía, en topografía, y no aceptaba buscar nada que lo hiciera sentir menos. Justo por aquellos días sacaron una ley obligando a los colombianos a obtener el visado de trabajo, para lo cual teníamos que tener primero la residencia, y esa categoría era sólo para los colombianos ricos que tuvieran palancas en el gobierno. Mejor dicho, nos tocaba rebuscarnos por donde pudiéramos, porque no teníamos ni qué comer, ni dónde

dormir, ni con qué devolvernos.

Nicanor se orilló. Soberbio y cobarde, salía a que lo buscaran, a que le ofrecieran camello sin mirar en qué andábamos y cuál era nuestra realidad diaria. Yo hacía dos asistencias. Una de las ocho de la mañana a las dos de la tarde y otra de las tres de la tarde a las nueve de la noche. Regresaba a la casa sólo a dormir porque ni ganas de comer me daban. Al otro día la emprendía de nuevo para no dejarnos ahogar. El primer turno lo trabajaba en una casa de colombianos ricos y el segundo lo hacía en el piso de una pareja de libaneses, ambos hombres, muy extraños en sus gustos y sus rutinas. Vivían de noche. Yo los despertaba a mi llegada, que era por ahí a las tres de la tarde, y nunca supe qué hacían. Dormían separados, cada cual en su cama, pero se besaban como queriéndose mucho.

La familia colombiana era más seca todavía. No salían de la casa casi nunca, no los visitaba nadie, no tenían niños. Ella leía revistas y él miraba televisión hasta la una, hora en que se servía un jerez, pedía el almuerzo y seguía tomando jerez hasta que comenzaba a cantar *Espumas que se van*. Se quedaba dormido en el sofá y cuando se despertaba se metía a la cama con su mujer. Poco hablaban entre ellos. Sin embargo, de vez en cuando salían juntos, duraban por fuera tres o cuatro días y regresaban contentos, como si hubieran hecho alguna picardía.

Un día me dijeron que arreglara bien el desorden del primer piso porque iba a venir un colombiano a trabajar como jardinero. Se me hizo raro pero limpié, barrí y ordené. Llegó el jardinero, dejó sus maletas en su habitación y se fue a emborrachar con el patrón. Raro. Aunque, bueno, pasable, viniendo el paisano de donde venía. Al día siguiente igual y al otro lo mismo. ¿Y el jardín? Nada. ¿Cuál jardín? Ellos se pasaban todo el día bebiendo, riéndose, bailando entre los tres. Muy raro: un colombiano rico de tú a tú con el jardinero y más que de tú a tú con su mujer. No. No me cuadraban las fichas. Había gato encerrado. Se fueron dizque de vacaciones para Palma de Mallorca y se llevaron todas las maletas del jardinero, menos una. Como me habían contratado para cuidarles la casa, me puse en el oficio de investigar. Por aquí, por allí, por más adentro, por más afuera, hasta que me topé con la ficha que buscaba: la maleta del

jardinero, rota por los forros de adentro y con sobras de un talco que supuse que era coca. Cogí mis cosas, cerré bien y me dije: «Aquí no vuelvo, no voy a caer como una imbécil. No vine a ser gancho ciego de nadie. Me voy». Y me fui.

Pero no se vive de quereres. Llevábamos un año en España; Nicanor seguía en su cuento, a pesar de mis peleas de todos los días, a pesar de verme a mí reventada por todas las costuras. Yo no podía verlos a él y a sus hijos comiendo de mi trabajo; hombres ya grandes que por lo menos debían tener la delicadeza de tender sus camas, lavar su ropa o atender a su papá. Nada. No se daban por aludidos. Yo llegaba del trabajo a camellarles. Mis hijas eran mis hijas, para ellas vivía yo. Pero de esos cuatro mastodontes no soportaba ni el aire que me echaban al pasar. Para ajustar, el dueño del piso donde vivíamos inició un proceso de desalojo, que en España es muy rápido. Para evitar las maletas en la acera y las niñas sentadas sobre ellas, me tocó pedirles rincón a unos compatriotas que andaban igual que nosotros pero con sólo dos hijos. Nos admitieron en su piso mientras conseguíamos. Días espantosos. Los hijos de todos peleaban entre sí por todo, y Nicanor dio en arrastrarle el ala a la compatriota; no porque le gustara sino por ocioso. Puras figuras. A mí no me importaba. Ojalá que se hubiera encarretado con ella. Pero qué va, siendo iguales entre ellos nada podía haber. Se pasaban el día entero hablando mal de sus cónyuges, nosotros, los que sí salíamos a trabajar.

Fue en esas cuando me saltó un camello donde una señora argentina de quien, poco a poco, me fui dando cuenta de que tenía la profesión más antigua del mundo: robar. Era ladrona. Así como suena: ladrona. Robaba desde billeteras en el lobby de un hotel hasta collares de oro en las joyerías. Mujer bella, no gorda pero sí robusta, que manejaba los mil hilos. Uno le saca el quite a la muerte una vez. Pero a la segunda ya no es capaz y todas las razones con que uno se había enfrentado para evitarla se vuelven razones para aceptarla, convivir con ella y hasta amarrarla para que no se vaya.

Un día me dijo: «Mirá, una buena moza como tú, haciendo de marido de un cachaflás, de un chulo, de un otario. ¿Qué se ha creído él que es?», y me soltó un rollo enteritico. Acepté. Me hizo un adelanto de la tercera parte para que yo pudiera dejar las cosas arregladas —la

comida de mis hijas, el arriendo cancelado, las ilusiones vivas— y tomé el vuelo 501 de Iberia a Madrid-Río-Buenos Aires. Viajaba como andaluza, turista, viuda, amante de la buena vida y con ganas de invertir bien el último cuarto de hora. La verdad era que la argentina me había tenido que prestar hasta para sacarme la foto que se necesitaba para el pasaporte falso. Fue el argumento final para aceptar, sin brincos, lo que el destino me venía preparando.

En Buenos Aires me alojé en el hotel convenido. No salía casi de la habitación por miedo a que me descubrieran y del hotel por miedo a que llegaran por mí y no me encontraran. Un día, dos días, tres días. Me había aburrido de mirarme en el espejo, de sacarme espinillas y cortarme la cutícula, y andaba de chismosa mirando el movimiento de la gente en el *hall* del hotel, cuando vi llegar a un tipo que fue sólo verlo y saber que venía por mí. No había duda. Me paré y lo saludé como si lo conociera. Se llamaba Antonio Goliani. Él también: no se sorprendió de mi intuición. Por el contrario, me explicó que tendría que esperar unos días en Mar del Plata porque la mercancía se había demorado en llegar, pero que perdiera cuidado, «que todo marchaba correctamente». Me pidió que continuara posando como turista, que me bronceara, que podía jugar en el casino de vez en cuando, pero «eso sí, no podés enamorarte porque estás comprometida», y agregó un «¿entendés?», que me tocó bien adentro.

Pasó el tiempo. Recuerdo que entré al aeropuerto de Tucumán con todo el brío de quien sabe que sólo tiene un camino. Hice la fila mirando desde el más arriba que uno tiene para evitar conversaciones inútiles y peligrosas y de golpe sentí, ya cuando estaba pasando el pasaporte, que las bolsas que llevaba adheridas a la entrepierna comenzaban a soltarse. La tensión me hizo sudar y el sudor fue desprendiendo el esparadrapo con que las tenía pegadas. Las medias no alcanzaban a sostenerlas y se comenzaron a escurrir pierna abajo. Me volví a sentir como cuando en el colegio uno se hace pipí y todos se voltean a mirar de dónde viene el olor. Apreté las piernas mientras me sellaban el pasaporte, pero entonces no podía caminar. El aeropuerto, me habían dicho, estaba lleno de policías de civil. Total que me dejé escurrir poco a poco, hasta que alguien me cogió por detrás mientras yo apretaba con toda mi alma las bolsas. Revuelo,

sofá, médico. Mi «vigilante», Antonio, llegó como el ángel de la guarda, me abrazó, me besó y me llevó para su casa, alegando que odiaba los aviones.

Otros quince días de bronceado en Mar del Plata y cambio de ruta: Caracas, Santo Domingo, Santiago de Compostela, Madrid. Esta vez atravesé el mar como una lechuga; dormí todo el viaje. Pero al llegar a Compostela, los que íbamos para Madrid teníamos que hacer la aduana allí. Había un letrero que separaba a los pasajeros en españoles, latinoamericanos y resto del mundo. Me hice en una fila. Cuando di mi pasaporte, la chica me dice: «¿Acaso no sabes leer? Tu fila es la del lado, mujer. ¿En qué andas pensando que reniegas de tu nacionalidad? ¡Vaya!». Mi pasaporte —lo había olvidado— era español.

Llegué con el cargamento intacto. Me esperaba en Madrid, para sorpresa mía, Antonio. Descargué, me acabaron de pagar y volví a sentirme sobre mis dos piernas. Hice cuentas y aparté lo que necesitábamos para vivir, mes por mes, hasta donde me alcanzaba, que era justo para un año. Ropa de invierno incluida. Tomamos un piso solos y pudimos volver a los parques con la cabeza en alto. Una no entiende qué es el suicidio hasta que no vive un invierno en Europa compartiendo un apartamento y teniendo que mandar a los niños a robar al supermercado.

La vida fue normalizándose. Nicanor consiguió una coloca en una firma de ingenieros que movía tierra para abrir una autopista. Mis niñas crecían y los mastodontes de él fueron desfilando de uno en uno hacia Colombia, lo que me quitó una carga de encima. Yo seguí trabajando de «asistente» y el tiempo volvió a su ritmo. El futuro no se abría del todo y el invierno amenazaba con volver.

Un día me telefoneó Antonio. Nos vimos en la Plaza Mayor. Conversamos de todo; me preguntó por mi vida, por mis niñas, por mi país, y cuando ya nos despedíamos me dijo: «Sin duda usted tendrá todavía sentimientos», y me besó. Hondo me llegó. Me tocó esos catorce años en que yo soñaba con James Dean. Volvió a llamarme después para preguntarme si podía ayudarle a conseguir un coche arrendado para un amigo que venía de Argentina. Le dije que sí y lo saqué a mi nombre. Días después me dijo que había conocido a un

colombiano que tenía interés en relacionarse con paisanos. Me presentó a un hombre de unos cincuenta años —don Germán— que dijo ser propietario de una cadena de esferódromos en el norte del Valle del Cauca y exportador de frutas de la región de La Unión. Muy señor, nos invitó a comer a un lujosísimo restaurante de la Calle de Alcalá. Sin detenerse en detalles y más bien como de lado, nos dijo que estaba en Madrid cerrando un negocio de exportación de frutas exóticas —granadilla, uchuva y pitahaya— con un consorcio español. Me lanzaba miradas de complicidad al describir las frutas, pero no le paré muchas bolas porque la verdad es que yo ya suspiraba por el argentino. Y por sus manos finas y sus dedos huesudos.

Pasaron los días y el colombiano volvió para las corridas de San Isidro. Yo nunca había estado en toros y hasta detestaba el espectáculo de sangre y muerte, pero tanto insistió que terminé por acompañar al tal Germán, como se llamaba el protector que me habían designado los ángeles. O los diablos. Porque aquella tarde le dije que sí, que yo le ayudaba a negociar un *container* lleno de cocos que tenía ya en el puerto de La Coruña. Más aún, me comprometí a tratar de encontrarles posada a los cocos mientras los colocábamos en los supermercados. Yo tenía una amiga que trabajaba en el Corte Inglés y pensé —como se lo dije— que ella, Marcela, podía hacernos la segunda en el departamento de compras.

En efecto, al día siguiente Marcela, después de las averiguaciones de rigor, me llamó y me dijo que en el mejor de los casos el Corte Inglés sólo podría comprar unos cinco mil cocos si les convenía el precio. Germán no hizo objeción, pero me advirtió que no fuéramos a cerrar el negocio hasta que no colocáramos toda la fruta, para que el mercado no se atiborrara de cocos y su precio bajara. Me pareció razonable, aunque poco entendía de economía. Se apareció con un vale abierto por cien mil pesetas para la compra de ropa. «La presentación es definitiva en este mundo», me dijo, y me dio un beso llamándome «socia». Me fastidió oírme llamar así, pero al final de cuentas yo no quería volver a traer coca de la Argentina.

Con el Corte Inglés el negocio comenzó en firme. Había que presentar mil papeles para nacionalizar los cocos, para transportarlos, para estocarlos. Todo se fue consiguiendo con muestras de la

mercancía y vestidos elegantes, y como colombiana residente en España Germán me pidió que lo alojara en mi piso porque, según sus palabras, no podía vivir sin el calor de paisanaje. Le hice ver que era físicamente imposible ya que de todos modos éramos muchas personas para sólo dos espacios. Me pidió entonces que le sacara a mi nombre un piso. Él creía que el negocio podía demorarse y con la clase de visa que tenía nadie le arrendaba un inmueble. Bueno. Poco a poco fui quedando empastelada y lo peor: a desgano.

Nicanor contrató una camioneta para llevar los cocos de la bodega en Madrid a cada uno de los sitios —garajes, habitaciones, patios— que habíamos conseguido para guardarlos mientras se hacían los respectivos tratos de venta. Trabajé como nunca antes lo había hecho. A mí algo me mantenía frenada, sin alegría, desencantada de tanto cruce que hacíamos. Germán posaba de hacer contactos por lo alto. Un día llegaba diciendo que había almorzado con el embajador, otro con el cónsul, otro con el secretario del Ministerio de Comercio, otro con el señor Roldán. Era la primer vez que yo oía nombrar a este caballero. Me mostraba fotos con el señor Roldán. Roldán para arriba y Roldán para abajo. Y nosotros como hormiguitas, muy diligentes, construyendo su defensa. Antonio, con quien de vez en cuando me tomaba una copa en la estación de Atocha, donde me gustaba ir a sentir la humedad del trópico en el *hall* lleno de palmas de moriche, platanillos y quichés, me tranquilizaba diciendo que Germán era más arribista que malvado. De todas maneras, dejé mis trabajos domésticos y me dediqué de lleno a hacer las vueltas de los cocos.

Una noche llegó Nicanor con un coche nuevo que Germán había comprado para facilitarnos el trabajo. Me parecía más raro que todo, pero lo dejé pasar como otras tantas cosas que me incomodaban y hasta por ratos me desvelaban. No obstante, la vida lo lleva a uno a la cita y no hay duda ni claridad que valgan. Fuimos derecho a donde teníamos que llegar.

Una mañana salí del piso como todos los días, a las ocho, a dejar a mi niña, la menor, que tenía en ese entonces tres años, al jardín infantil. Había quedado de encontrarme con Nicanor para comer a las tres de la tarde y recoger luego en el Ministerio de Industrias una licencia. Debía pasar por la niña antes de las seis de la tarde, pero

Nicanor no llegó y, cuando yo salía del restaurante, se me acercó un guardia de civil y me dijo: «Acompáñeme». «¿Acompáñeme?», pregunté sorprendida y azorada. «¿A dónde?». «Señora» —me contestó — «sólo unas pregustas en la comisaría y ya, estará usted libre». «Pero, ¿de qué se trata?», insistí. «Rutinas», me contestó, cuando sentí que un auto de la policía llegaba con la sirena encendida. Me empujaron adentro y me llevaron a la comisaría. El señor comisario me preguntó si me habían leído mis derechos y a renglón seguido me pasaron a la oficina de estupefacientes. Comencé a gritar como loca: «No puede ser, no puede ser, se trata de una confusión; mi niña, mi niña, déjenme ir por ella que a las seis me la ponen en la avenida y un coche la mata; por Dios, piedad, señores. Es un atropello; mi marido, mi abogado. Llamen al embajador». El guardia de estupefacientes —el estupa— me pidió calma y me dio permiso de hacer una llamada por teléfono. Llamé a Antonio para que recogiera a mis niñas. Era lo único importante en ese momento.

Más calmada, el estupa me dijo: «Verá, señora, su caso no va a resolverse pronto, pero si usted comienza a colaborar le agradecemos. Usted debe dar poder a un abogado y en caso de negarse le tendremos que nombrar uno de oficio». Me dio una lista de nombres propios y de alias, con foto, para que yo le dijera a quién conocía. «Usted no se puede negar porque nos ha dicho que es inocente. Le creemos y vamos a comprobarlo paso a paso». La verdad era que yo no conocía a nadie, excepto a Antonio, y Antonio era otra cosa. No podía traicionarlo pero, ¿y si tenían pruebas de mi amistad con él? ¿Si estaba detenido? Las dudas comienzan a volverse los verdaderos cerrojos de la cárcel.

Simplemente dije a todo que no. Me llevaron, siendo como las nueve de la noche, a un patio abierto. En un rincón, sentado y descompuesto, estaba Nicanor, y en otro lado Marcela, mi amiga del Corte Inglés. De la camioneta de Nicanor comenzaron a bajar, a contar y a numerar los benditos cocos. Hicieron una pila en el centro del patio. El estupa mandó traer un martillo y frente a nosotros comenzó a romper coco por coco. Algunos estallaban mojando con agua al funcionario y otros se rompían dejando salir el alijo, que en este caso era un cristal al 90 por ciento de pureza: concha de nácar. Cuatro horas duraron rompiendo cocos. Unos sí, otros no; unos premiados, los otros vacíos.

Total: veintiséis kilogramos de coca, pesados en una balanza certificada por el juez. Yo no podía tenerme en pie y ni siquiera mirar lo que salía de los cocos, porque la lloradera se me metió por todo el cuerpo. Cuando firmé ya no sabía quién era, qué firmaba ni dónde estaba.

Durante un tiempo me torturó no saber dónde habían ido a parar los otros veintiséis mil cocos, ya que si habían sido llenados por la misma mano equivalían a más de dos toneladas de coca. Me angustiaba pensar que de un momento a otro podían aparecer y engordar nuestro expediente. Pasé tres días incomunicada e interrogada en mi celda de dos metros cuadrados. No me maltrataban físicamente, pero la suerte de mis hijas se convirtió en una tortura. Estaba prohibido fumar cigarrillos con filtro, porque dizque con el plástico quemado se hacían cuchillos con los que más de una se había suicidado. El suicidio es una idea que da vueltas cuando una se convence de que la que está metida en la cárcel es de verdad una misma, la de siempre.

En el furgón donde nos trasladaban de cárcel me volví a encontrar con Nicanor y con Marcela. Él iba para Carabanchel, nosotras para Yeserías. Me contó que había sabido que las niñas estaban bien cuidadas, que Germán había desaparecido y que pasara lo que pasara nosotros éramos inocentes. Lo sentí valiente y cariñoso conmigo. La cárcel hizo lo que la libertad nos negó.

Cuando llegamos a Yeserías, una cárcel larga de dos calles, dos niveles, dos secciones, estaban en huelga porque la dirección había restringido los permisos y los tiempos de las comunicaciones telefónicas. Los presos hacían un estruendo infernal golpeando los platos de aluminio contra los barrotes. Nos asignaron dos celdas de seguridad mientras nos examinaban los médicos, los sicólogos, los sociólogos, y nos conocían todos los guardianes. Antes de pasar a los pabellones ordinarios nos dotaron con mantas, almohadas, toallas, uniformes —opcionales— y útiles de aseo. Yo llegué a mi celda arrastrando la tula como si fuera mi alma misma. Casi no llego. Las niñas seguían siendo mi tormento de día y de noche. La municipalidad de Madrid las había tomado por su cuenta e internado en un orfelinato para hijas de padres y madres drogadictos. Ellas sabían vivir pobres pero no solas, porque afecto nunca les faltó; yo me desvivía por ellas y

siempre estuve a su lado tratando de que el mundo les hiciera el menor daño posible. La vida es muy celosa y no permite que uno se meta a dirigirla. Buscando protegerlas, resulté dejándolas abandonadas. Pero supieron salir solas adelante, como me lo prometieron en su primera carta: «Mami, no te preocupes por nosotras. Por encima de todas las cárceles serás nuestra mamá y la fuerza que nos diste no nos dejará meternos debajo de la cama a llorar. Si tú estás bien, nosotras también». Pero yo lloraba pensándolas tan solas como yo en ese pabellón frío y en manos de la arbitrariedad. Lloraba también por mi tristeza. Un llanto largo y seco sin condolencias. La mayor pasó tres días en la enfermería por pelear con otra niña que la insultó llamándola «narcosudaca». Para mí fue muy duro, pero me sentí orgullosa de la altivez de mi hija. «Mami —me escribió—, ¿qué tenemos los colombianos que tanto nos odian? ¿De dónde nos sale tanta fuerza para defendernos?».

El juez me encontró culpable de los delitos de narcotráfico y encubrimiento. El fiscal pidió catorce años, ocho meses y veinticinco días y el juez aceptó los cargos y las penas como si no fuera un magistrado sino un amanuense. Me probaron que el apartamento donde se encontraban los cocos estaba a mi nombre, que el coche donde fueron transportados también, que los trámites para conseguir otras caletas igual, y que mi marido había trasladado la mercancía. Lo que no me pudieron probar era que yo supiera. De nada valió mi alegato sobre los contactos hechos para vender «la fruta» al Corte Inglés; de nada tampoco decirles que Germán nos había entregado los cocos, porque él no aparecía por ningún lado; el apartamento estaba a mi nombre y yo no tenía más datos del hombre salvo que le gustaban los cocos. ¿Dónde estaban, además, los veintiséis mil cocos que faltaban? Cuando me encontraba por salir supe que al tal Germán lo habían degollado en Envigado y, cuando se destapó el Caso Roldán, el hombre apareció en una foto abrazándolo. Cada defensa que yo trataba de interponer me hundía más, hasta que resolví callarme y aceptar como propias las culpas de menor cuantía. Apelé al Tribunal Superior, que me rebajó la pena a ocho años, tres meses y un día. Era la pena que llamamos «de nacionalidad», porque a todos los colombinos nos la imponen.

La cárcel es dura al principio y al final. Hay sin embargo un tramo oscuro, rutinario, del que pocos recuerdos quedan y que existe entre las dos puntas de la condena.

En Yeserías, que durante mucho tiempo fue cárcel de mujeres, duré apenas un año. Tuve un problema grave con una extremeña, alta ella, que vestía botas de ferrocarrilero, pantalones, chaqueta y corbata. Era un hombre al que había que temerle y tenerle respeto. Se hacía llamar don Carlos. Un día bajaba por la escalera principal y yo subía porque la directora me había llamado, y al pasar me empujó con el hombro y me reprochó no haberla saludado. En otra ocasión me la volví a encontrar y me dijo: «No te hagas la andaluza tirando por aquí y por allá. Cuando me gusta una mujer como tú, chavala, es porque me gusta». Y me cogió la cara con sus manotas llenas de anillos, acercándome a su boca. Yo le quité la mano con rabia y ella me cogió por el pelo. Logré agarrarla por la cintura y sentarla sobre mí, hasta que a punta de golpes por la nuca la dejé medio loca. Me tocaba entrar duro para poder quedarme entre ellas. De la dirección nadie se dio cuenta, porque en la cárcel el silencio es ley.

Trabajé en el taller de confecciones. Cosíamos uniformes para presos, para enfermeras y soldados. La rutina era una manera de embrutecer el tiempo, de hacerlo pasar, de reducir la autoridad a un solo funcionario. Salíamos de la celda al desayuno y del desayuno al trabajo; luego la cena, después el trabajo, el baño y al final la cama. En cada una de esas estaciones del día hay un dueño, o mejor una dueña. Es quien sirve la mejor parte del pollo, quien distribuye el trabajo menos fatigante, quien deja bañarse con más tranquilidad. Esas dueñas hacen cadenas y las cadenas sindicatos que tienen cabezas. Las directoras de la cárcel negocian con ellas, las respaldan para joderla a una, para humillarla y reducirla. Sucede que en España los presos tienen derechos: una se puede quejar a sus propios familiares y éstos pueden armar la de San Quintín. Para brincarse esos derechos están los poderes de adentro, que no tienen apelación. O una está con ellos o está contra ellos. Lo peor, lo que me parece más corrompido, es que se usan contra las internas porque las direcciones las manipulan a cambio de favores con las cabezas.

Un día me llamaron y me ordenaron hacer la valija. Me asusté

mucho porque pensé que me iban a llevar a la cárcel de Alicante, que tiene fama de dura. Pero no. Me enviaron a Carabanchel.

Carabanchel es una cárcel muy grande, una ciudad pequeña, con un sector masculino y uno femenino. Paredes altas, frías, tristes. En invierno dan ganas de aullar y en verano sentir cerca a los hombres, así sea a través de los muros, es otro dolor. En Carabanchel la mitad de las presas están por narcotráfico y la mitad de esa mitad son colombianas. En la oficina del pabellón me entregaron cobijas, sábanas, toallas, útiles de aseo, uniformes para el verano y uniformes para el invierno. Me asignaron el dormitorio C-3, a donde me llevó la agente responsable y me mostró desde lejos el sitio que debí ocupar durante muchos días. La cara de todas y cada una de las internas me produjo mucho miedo; para mí eran mujeres capaces de hacer cualquier cosa, y que tenían sus crímenes no en el pasado sino en el futuro.

Entré en el pabellón caminando paso a paso, sintiendo las miradas encima, unas manoseándome, otras preguntándome, otras odiándome. No había acabado de instalarme cuando se me acercó una chilena, Noelia, y me dijo con mucha suavidad que si podía dejarle el sitio de mi camarote para su chico. Yo no entendí. Para mí los dormitorios no eran mixtos. Le abrí los ojos, ella entendió y me explicó que su chico era también mujer, y que llevaban mucho tiempo esperando el cambio para poder hacerse juntas. «Por mí no hay problema», le dije, y me ubiqué en el camarote que dejaba Noelia, pero el chico daba clases de alemán en el pueblo de Carabanchel y llegaba tarde. No sé si Noelia no alcanzó a avisarle o si se quedó dormida esperándolo: el caso fue que el chico se metió en mi camarote —donde dormía siempre— creyendo que yo era Noelia. Lo sentí llegar, acostarse, pero el miedo me paralizó. Me fui dejando convencer de su ternura hasta que me desconoció. Ella se resintió pero no hubo escándalo. Tampoco Noelia lo hizo. Uno en la cárcel necesita tanto cariño, tanto, que hasta acepta una caricia sincera.

Mandaba el pabellón una negra nigeriana, sucia y alevosa. Comía con las manos y tenía a su servicio personal una corte de negras que pagaban por narcotráfico y que según cuentan manejaban los camellos del hachís. Desde que entré, la negra me puso el ojo. Quería

disciplinarme, ponerme a su servicio. Traté de evitarla mucho tiempo porque no quería entrar en problemas desde el primer día, pero ella insistía en encontrarse conmigo.

Yo había hecho amistad con una colombiana que estaba también por narcotráfico, una mulita común y corriente de esas que el novio engrupa en Bogotá, la montan en el avión con cien dólares, la descargan en Madrid y la regresan a cobrar el saldo en Bogotá. Caen muchas, ya que los arrieros les dan dedo para poner a los guardias a trabajar mientras pasan debajo de sus narices otras mulitas. Ella me cogió cariño. Me lavaba la ropa, me hacía café, me tendía la cama. Fue una de las protegidas que más quise y que fue más leal conmigo.

La negra hacía té en un reverbero pequeño que yo tenía para hacer café. A mí que me falten el agua, las cobijas y el sol, pero no el tinto por la mañana. Se me había dañado mi aparato y cuando la negra fue a calentar agua para su té, se derramó en insultos contra nosotras porque pensó que le escondíamos el reverbero. No hubo manera de calmarla. Golpeó a mi protegida. Yo brinqué a defenderla, las otras negras salieron a pelear y mi gente también. Nos dábamos con lo que encontráramos, nos echábamos uña y sobre todo nos mordíamos. Los dientes se vuelven en la cárcel un arma miedosa, ya que donde uno cala el colmillo se infecta sin curación que valga. La negra alcanzó a meterme un mordisco en un hombro y cuando andábamos cogidas como serpientes llegaron los «feos», los policías antimotines, a separarnos, a castigarnos con sus bastones, a violar a la que se dejara y a sobornar a todas. Son unos bárbaros que mantienen con hambre, listos a vengarse porque todas —y todos— los odiamos. La pelea se acabó y la negra tuvo que comenzar a bajarme los ojos y a respetar mis terrenos.

Me vine a dar cuenta de que me había conformado con mi suerte y con la pena el día que bajaron del alto tribunal la apelación y me dieron ocho años, tres meses y un día; es decir, noventa y nueve meses y un día, o 2.971 días. Acepté pagar todos y cada uno de los días que el superior me dictó. Ya andaba con dos años de cana y todavía me vestía como si fuera a salir, o como si acabara de entrar: de falda y de jersey, de media de seda y tacones. Tenía arrumados los uniformes que nos daban y hasta me sentía corrida y apenada de sólo mirarlos. A

veces, a solas, me ponía los bluyines azules y pantalonudos, la camisa marrón, abotonada hasta el cuello, y las zapatillas de tenis, y me recorría un escalofrío como de alguien que acaba de llegar a este planeta. No me reconocía ni me aceptaba así vestida. Volvía a experimentar lo que viví de niña, cuando me hacían sentir huérfana y extraña dentro de mi propio cuerpo. Pero ese día acepté. Me vestí como las condenadas y salí al patio a ver cómo me miraban. Al comienzo pensé que no era capaz, que iba a largar el llanto, sobre todo cuando las otras me miraban las zapatillas y la camisa bien abotonada. No me faltaba sino peluquearme y así fue. Pedí permiso y me mandé trasquilar cortico. Así no había reversa posible. O aceptaba que estaba presa, o aceptaba que estaba presa. Cuando me vi en el espejo se me agolpó todo por dentro, y hasta un par de lágrimas solté sin mirarlas. Me las limpié con la mano, me paré de la silla, le di las gracias a la peluquera y listo: a vivir sin mirar para atrás ni para adentro; a cumplir lo que debía sin consideraciones para conmigo misma. Nada. Nada de condolerme más ni de tratarme con pañitos de agua tibia. De golpe me vi como yo era y como tenía que estar. Lo acepté. Me metí mis ocho años, tres meses y un día. Acepté el uniforme de Carabanchel y no volví a pensar en la injusticia, ni en el juez, ni en Antonio.

Mis hijas eran lo único que me importaba porque me sentía robándoles vida, quitándoles mamá. Para esa época ya habían pasado lo peor y lo más cruel. El primer día, después de mi llamada, Carlos, mi hermano, las recogió y se las llevó para su casa. Pero no tuvo la prudencia de pensar que mi decisión podría ser noticia, y estando las niñas viendo televisión me pasan a mí como cabeza del cartel de Medellín en Madrid, con los cocos y la perica al lado. Ellas se abrazaron a llorar sin entender nada de lo que pasaba. Carlos trató de explicarles y consolarlas, pero ellas no se quitaban de la televisión, y los noticieros pasaban las imágenes mías y de Nicanor cada hora.

Lo peor, sin embargo, no lo habían vivido aún. Carlos se pasó a vivir donde un amigo y allí su mujer los acomodó como pudo, a lo pobre: todas en un colchón. La niña grande se hizo mamá y se echó el peso de las otras dos: las bañaba, les hacía de comer, las acompañaba a rezar y las tapaba de noche. Pero a la mujer le dio por montarla y resolvió que no podían estar solas en la casa porque desarreglaban el piso y, sobre

todo, porque se comían lo que hubiera. Entonces, después de mandarlas a las ocho para el colegio, echaba llave y no volvía a abrirles sino a las siete de la noche, cuando regresaba de trabajar. Las niñas llegaban a los dos y media de la tarde y tenían que estarse por ahí en la calle hasta que mi cuñada venía a abrirles. Por eso fue que acepté que la Comunidad de Madres de la Municipalidad de Madrid las acogiera, aunque para ellas fuera terrible. Claro que las niñas a mí no me contaban lo que sufrían. En otra carta que recibí, la mayorcita me decía: «Mamá, no nos importa lo que hayas hecho, no nos importan las mentiras que digan, sólo queremos saber lo que pasó contado por ti. Nadie más nos lo puede contar. Dinos qué es verdad y qué es mentira; dinos que sí o que no, pero dínoslo tú. Tú haces todo bien, tú lo haces por nosotras, tú lo haces porque te toca hacerlo. Dinos lo que quieras, pero dínoslo tú. Por nosotras no te preocupes, que sabemos hacer lo que nos enseñaste y estaremos esperándote el día que te den la libertad».

Creo que haber aceptado la cana fue para mí un descanso, lo mismo que para todas mis compañeras que sufrían conmigo. Acepté también que necesitaba cariño, que necesitaba que alguien me acariciara, porque la soledad duele en la piel y produce un dolor que no deja vivir. Fui aceptando que se me acercaran otras reclusas a preguntarme quién era, qué hacía, a quién quería; fui aceptando que estaba sola y que necesitaba de las otras, que me miraran, que se preocuparan por mí, y que éramos todas reas.

Por aquellos días llegó una cochada del aeropuerto: quince niñas que habían agarrado en dos vuelos, uno de Iberia y otro de Avianca. Cayeron casi al tiempo; venían sapeadas desde Bogotá. Todas con sus bolas dentro del estómago, todas menores de veinte años, todas con quinientos dólares entre el bolso. Llegaron llorando y con las ñatas rojas de tanto sonarse. Día y noche se veían llorar como si fueran gitanas. Unas eran pereiranas y otras cucuteñas; había tres bogotanas y dos llaneritas. Todas inocentes y «sin desayuno». El que las había reclutado, resentido por una cuenta mal hecha, había delatado la recua. Llamó por teléfono a la guardia y le contó todo con mil detalles. Cayeron redondas. Las llevaron a la Plaza de Castilla hacia la media noche y se armó un problema porque no querían botar las bolas.

Ninguna aceptaba el «tratamiento». Lógico, ya que es feo y degradante el trato que le dan a una para sacar el alijo que lleva por dentro.

Entre ellas venía una de ojos brillantes, callada, menuda de cuerpo y llamada Dianita. Era la única que no hacía escama, ni contaba a gritos la injusticia, ni lloraba de día. La fui mirando de lejos y de cerca, la fui conversando sin codicia; le peinaba el pelo largo y negro que tenía mientras me contaba que se había metido en las que estaba porque quería estudiar medicina. Había salido del colegio, pasó con muy buen puntaje en la Universidad Javeriana, pero no tenía con qué matricularse. Un amigo le presentó a otro amigo que conocía a un fulano que le propuso el viaje; ella aceptó y se embarcó. Pero no lloraba. La invité a hacerse conmigo en el dormitorio y como pude le pedí a mi protegida que le dejara su cama mientras Dianita se acostumbraba. Yo le explicaba, como a una de mis hijas, el funcionamiento de los pabellones, del Tigre, de los patios, del trabajo. Se fue convirtiendo en la niña de mis ojos; yo veía por ella y para donde ella mirara allá miraba yo. Necesitaba una razón para vivir los 2.971 días; nos contábamos todas las intimidades y nos intercambiábamos la ropa; sentirla respirar por la noche me daba toda la fuerza que las dos necesitábamos para vivir el día; abrir los ojos a su lado era vivir una promesa; abrigarla entre mi cuerpo era volar juntas.

Salíamos a trabajar en manualidades a los ocho y media y sólo hasta la hora de la comida, a las dos y media, volvíamos a hablar. Luego nos separábamos hasta las ocho de la noche; ella comía rápido y se iba al pabellón a prepararme café y alistar mi cama. Me fue haciendo conocida entre sus amigas y poco a poco fuimos metiéndolas todas al pabellón nuestro, hasta que quedamos viviendo sólo colombianas. Nos hicimos muy fuertes y no sólo manejábamos el dormitorio sino poco a poco los comedores, los baños, el locutorio, los talleres. El paisanaje —como decía Dianita— llegó a manejar muchas palancas. Impusimos la disciplina y el orden contra las nigerianas, contra las gitanas y contra las andaluzas. Mandábamos porque sabíamos hacernos grupo en cualquier menester, éramos solidarias a muerte entre nosotras y como nos supimos imponer, hasta las funcionarias y guardianas nos respetaban. Ninguna de nosotras estuvo en la celda de castigo y si la conocimos fue sólo porque la aseábamos. Allá metían sobre todo a las

andaluzas, que se creían diosas recién paridas. La celda de castigo es un cuarto sin ventanas, aislado completamente del resto, donde no se oye un solo ruido: es como un termo. Una semana, dos, tres, cinco y no se volvía a ver ni a saber de nadie. La comida la metían por el hueco de la puerta y cada doce horas una tenía derecho a una hora de patio aislado, donde nadie podía hablar con nadie, donde nadie miraba, donde nadie se cruzaba siquiera con otra. A la celda de castigo se entraba gritando y se salía muda.

Pero viva y no vegetalizada, como terminaban en el psiquiátrico. Allá llevaban a las que se les iba corriendo la teja o se les zafaban las tuercas, y de ahí no volvían a salir. Allá quedó la Mona Mallarino, una niña clasuda que cayó en el aeropuerto con unos esquís llenos de perico. Era una mujer buena moza, fina, hablaba inglés, francés e italiano; sus tíos trabajaban en la cancillería y eran embajadores por familia. Se enamoró de un gringo de Nueva York; esquiaban juntos en los mejores refugios de invierno y en verano se iban de casino en casino y de isla en isla en un velero.

Viajaron a Colombia a esquiar en el Nevado del Ruiz y a conocer en Bogotá a la familia Mallarino. Pasaron veinte días, un mes, y él se fue a Nueva York para reencontrarse con ella en Madrid. Dejó los esquís para que la Mona los llevara y así fue: cayó en Barajas. Un kilo de cristal en cada esquí: ocho años, tres meses y un día.

La monita entró mirando por encima del hombro; era repelente y no se dignaba a hablarle a nadie. Se hacía la «manzanita» sola; no comía y no se acostaba entre la cama, sino que se quedaba toda la noche sentada sobre la almohada. Se bañaba cada vez que la dejaban porque todo, todo, le daba asco; creía que la cárcel era un nido de Sida y no tocaba ni siquiera las paredes. Nosotras tratábamos de aconsejarla, pero no nos oía; nos daba las gracias sin agradecernos y, claro está, no aceptaba nada. Así pasaban los días. Todo le olía feo. Dio en decir que olía a caca de gato. Se obsesionó por este olor y en todas partes lo sentía. Se olía las manos y la ropa; vivía oliendo todos los rincones, tratando de encontrar el gato que le hacía la vida imposible. De nada valía decirle y explicarle que en Carabanchel no eran permitidos los gatos ni las gatas ni los animales. Ella insistía en el olor a caca de gato. La perseguía por todas partes, y cuando se le metió en la cama y una

noche comenzó a chillar como si ella misma fuera una gata en celo, supimos que estaba loca. Pero no. Todavía le faltaba: entró al sanatorio y comenzamos a oír gritos, gritos destemplados. Fuimos a mirar qué pasaba. La monita gritaba que había cagado caca de gata. La señalaba y gritaba. Con cuidado la sacamos y la consolamos. Sabíamos que se la iban a llevar al psiquiátrico. Y así fue. Se la llevaron amarrada a dormir a punta de pepas. El tratamiento es sencillo y cruel: pepas. Las vuelven cosas, vegetales. Al principio duermen, después dejan de dormir, no lloran, hasta que los ojos se les quedan fijos. Unas se mueren ahí mismo, a otras las llevan a morir afuera.

Me faltaban veinte días para ajustar mis 2.971 días cuando entró doña Carmen. La conocí muy poco, pero su historia me parece la más triste de todas. Es una campesina del Tolima que de muy niña conoció la violencia en Rovira y nunca se pudo quitar de encima los sueños que soñaba y que le mantenían presente su dolor. Ya madura tuvo gemelas, un par de niñas lindas que eran para ella la vida y la luz. Pero una de las dos salió enferma del corazón. Tenía una válvula defectuosa. No se le había abierto a la hora del nacimiento y por eso el corazón no bombeaba bien, la sangre no le llegaba entera a la cabeza y la niña era medio retrasadita.

Comenzó a buscar desesperada un médico, un curandero, un brujo que le ayudara. Estuvo en el Hospital Infantil, en el Cardioinfantil, en La Samaritana; fue donde el Siervo José Gregorio y estuvo hasta en el Putumayo buscando un curiaca. Nada. La cuestión era de operación, de bisturí, y los médicos ahí no tienen piedad con nadie. En la Clínica Palermo conoció a un galeno joven y atento que le prometió ayuda. «Yo no puedo —le dijo— ayudarla, señora, pero sé quién le presta la plata para la operación».

Ella feliz y dispuesta a todo aceptó conversar con el señor que sabía cómo hacer para conseguir la plata. El señor le explicó que se trataba de llevar una encomienda a Madrid, pagándole diez mil dólares. Carmen aceptó feliz porque era más o menos lo que necesitaba para la operación de la niña. Le explicaron que el «favor» era simple: entregar una maleta en Madrid en la calle Prado del Príncipe No. 508. Punto. La mitad de la plata se la daban en el aeropuerto El Dorado para que ella se la entregara al médico que iba a operar a la niña, y la otra

mitad al regreso, para sacar a la niña de la clínica. Ella dizque desconfiaba no tanto de la maleta sino de que a su hija le hicieran la operación que era y no otra distinta. Eso la atormentaba. No quiso pensar qué llevaba la maleta para poder llevarla, aunque siendo una mujer bien despierta, debió pillarse la torta. Pero, ¿qué podía hacer? Le entregaron la maleta, le dieron doscientos dólares sueltos además de los cinco mil, que en realidad recibió el médico, y a volar. Llegó a Madrid con su cara humilde, con su traje de sirvienta endomingada y claro: la pillaron. Pasó la aduana, salió del aeropuerto, cogió un taxi que la llevó directamente a la Plaza de Castilla, donde la esperaba la Guardia Civil, y listo. Quedó de una vez detenida.

Desde que llegó y supo que podía trabajar se dedicó a hacer todo lo que podía y no podía hacer. Era una mujer despierta y echada para adelante. No la vi llorar ni una sola vez. Trataba de buscar el pecunio por todas partes. Tendía la cama de las otras, les embolaba los zapatos, limpiaba los baños, cosía ropa. Ahorraba para pagarle al médico el resto de la operación. Conseguir cinco mil dólares en Carabanchel no es fácil. Mejor dicho, es casi imposible.

Supe después que no logró coronar la plata que necesitaba porque la niña murió, pero ella no se echó a morir sino que solicitó tener a su lado a la otra gemela. La Comunidad de Madres se encargó de ella. Yo la conocí. Era una niña bella y suave. Cuando salí me la llevaba algunos fines de semana a vivir a mi piso y mis niñas la adoraban como a una muñeca.

Creo que una de las cosas más duras en la cárcel son los últimos días. El tiempo no pasa, se queda enredado entre las horas, hace marañas entre los minutos y no llega a ninguna parte. Una va arreglando la valija de salida, poniendo cada cosa en su lugar y haciendo una larga lista de lo que va a dejar, a quién y por qué. Una repasa el comportamiento de la una y de la otra, sus gustos y sus afectos, y va repartiendo: el rimel para Alicia, que me regalaba el yogurt del desayuno; la pañoleta verde para María, que me llamaba al locutorio cuando llegaban mis hijas; las chanclas a Virginia, porque una vez me había dicho que le parecían cómodas; el reloj despertador a Helena, que siempre se quedaba dormida, y lo demás para Diana. A Dianita le dejé lo que más llegué a querer: mis zapatillas blancas, mis

zarcillos de fantasía, un libro de poemas de amor de Neruda y un diablito hecho en madera que era mi consentido y el paño de mis lágrimas.

La hora de salida fue eterna. No llegaban por mí, no se oían los candados en las puertas; nadie aparecía y una se estremecía. Los últimos veinte minutos los viví uno por uno; si una viviera así toda la vida, sería casi eterna. Hasta que por fin el crujir de la puerta del pabellón y luego el chirrido de la celda y luego la orden de libertad. Y luego los pasillos, las despedidas, los sitios que una recorría, donde lloró y vivió, los patios, por fin la dirección, las bromas, los sellos, los golpecitos en el hombro, la promesa de nunca más, la ropa y las cosas que le habían decomisado a la entrada y, por fin, la puerta, la luz grande, los espacios abiertos y mis hijas esperándome en un taxi.

Nos montamos en medio de los besos y las lágrimas y cuando estábamos tomando la avenida vi con el rabo del ojo a Antonio, el argentino. Yo había jurado matarlo porque su testimonio me hundió. El fiscal lo usó como prueba reina y el juez lo aceptó como tal. Fue él a quien yo llamé desde la cárcel para que recogiera a las niñas y se hiciera cargo de ellas, sobre todo de la chiquita, para que a la salida del jardín no la atropellara un camión. La policía lo siguió, lo detuvo, lo interrogó y él confesó que yo le había dicho que esos cocos tenían coca y que le había pedido ayuda para venderlos. El fiscal lo único que necesitaba para condenarme era una pruebita, chiquita aunque fuera, de que yo sí sabía qué era lo que tenían los cocos por dentro, que yo era consciente y que por lo tanto hacía parte del Cartel de Medellín. La verdad sea dicha: cuando descubrí que no eran seis mil cocos sino un *container* entero con treinta y dos mil, comencé a sospechar que algo raro tenían que tener por dentro. Pero a pesar de eso seguí —la muy jilipolla— haciendo contactos con el Corte Inglés para venderlos. La sospecha se hizo más viva cuando Germán me pidió que le permitiera hacer una llamada de mi teléfono a Colombia. La conversación era sobre una intervención quirúrgica que le iban a hacer a él en Barcelona y que una vez que «quedara sano» volvía a llamar. La intervención era, claro está, la llegada de los cocos. Llamé a Antonio, le conté todo, le dije que creía que esos cocos no eran tan cocos, que mi intuición femenina me decía que algo escondían porque a un

hombre sano de nada lo tienen que operar, así tenga cincuenta años, y que nadie se arriesgaba a traer treinta y dos mil cocos sin tener de antemano un contrato para venderlos. Hasta ahí mi comentario y mi miedo. De ahí en adelante lo demás —lo que me condenó— lo puso Antonio, agregando que yo había aceptado recibir los cocos a conciencia. La verdad verdadera —lo digo ahora— es que yo no sabía, yo sólo tenía la sospecha.

A la salida de Carabanchel lo vi, esperando a que me dejaran en libertad. Quise bajarme a sacarle los ojos, pero estaba tan feliz llorando con mis niñas que no quise interrumpir un abrazo que duré preparando durante ocho años, tres meses y un día y que pagué con sólo treinta y ocho meses: mil ciento cuarenta días con sus noches.

El diario de Sharon

Junio 21. 10 p.m.

He decidido escribir mi diario porque sé que nunca se repetirá lo que va a pasar. Uno no repite nunca nada, aunque se la pase toda la vida haciendo lo mismo. Pero esta vez tengo la sensación, la seguridad, de que voy a vivir algo que no puedo dejar pasar a mi lado, como tantas cosas que terminan engullidas por los días.

Llevamos dos horas con las canoas cargadas con seis mil libras de la mejor yerba —la más grasosa, la de mejor moño, la de más poca semilla— que encontramos en La Reserva, una vereda de San Pedro de la Sierra donde hay cien o ciento veinte caletas, muchos prenseros y muchos cultivadores. El verdadero dueño de la marimba es el que sabe defenderla a tiros. Lo demás son mentiras. Se contrataron cinco pistolos para conseguirla, aunque con franqueza tengo que decir que se le pagó chan con chan a Ñito Argüelles, natural de Ciénaga, y quien anda metido en un lío con los Cárdenas desde el día que se vio obligado a venderles a los Baldeblánquez toda la existencia que tenía encaletada en San Javier.

Es un pleito que va para largo y no puede acabarse hasta que se acaben unos con otros. Si uno solo queda vivo, sea del bando que sea, los tiros vuelven a salir al baile. Porque fue en un baile donde comenzaron. En San Antonio, arriba de Dibulla, Toño Cárdenas, un hombre grande, calmado y de una sola pieza, no quiso que su novia bailara con Juanito Baldeblánquez porque sí. No le asistía la razón porque ellos eran primos de verdad y amigos del alma. Hacían diabluras juntos, bebían tres días seguidos sin separarse, jugaban dominó y se sabían los mil secretos. Pero encontraron la suerte echada en los ojos de Celmira. Bella sí era, aunque para mí tengo que les gustaba menos de lo que ellos pretendían y se ufanaban. Había más de

fama en no dejársela al otro que en poseerla. Dicen que fue Juanito el que más porfiaba, siendo Celmira la novia de Toño. El ambiente se fue poniendo peligroso cuando todo el mundo se dio cuenta de la insistencia de Juanito. Toño se quitó varias veces y hasta se hizo el desentendido cuando Juanito la sacaba a bailar la puya una vez, y otra vez, y otra vez. Pero cuando Toño no le quiso dar campo para volver a sacarla, Juanito trató de pelar el 38 y el otro, que era más guerrero, lo mató en seco. Las guerras de familia son sagradas; no conocen tregua porque nacen de sangres iguales. El peor enemigo es el que no puede olvidar.

Escribo largo para no dejar que el miedo me entre y me abra la puerta de la herida. Las luces del aeropuerto, el parpadeo verde y amarillo del faro, tienen que estar guiando a Jim hacia nosotros. Nacha estuvo acompañándome a escoger la mejor yerba. Paseamos de lado a lado la zona, probando y oliendo todas las calidades, hasta que nos emboquinamos en la que era. Ella conoce muy bien la que sale de aquí y lo que piden del Norte. Le dije que no me gustaba su nombre porque me parecía duro. «No te preocupes, llámame como quieras: cacha, perla, aguadija. De pila me llamo María Ignacia. María por la Virgen; Ignacia por San Ignacio de Loyola», y comenzó a contarme el rollo de su historia. Poco a poco, entre silencios cuando subíamos las lomas buscando la mejor yerba; a gritos cuando corriendo cogíamos las bajaditas, o conversando cuando nos sentábamos a dejar enfriar el sudor.

Nacha no sabe dónde ni de quién nació. Propiamente ella es «entenada», como dicen en la Sierra. A los trece años le dio una lloradera que no le paraba ni con fiestas, ni con viajes, ni con novios. Doña Carlota, su mamá, pensaba que le había llegado la edad y así se lo decía a todo el mundo. Nacha misma no sabía por qué lloraba tanto, ni de dónde le salían esos torrentes que andaban solos. Pero un día de navidades llegaron sus primos a pasar vacaciones, y sin saber por qué le preguntó a Juan Darío, el mayor y más engreído, que qué era lo que habían hablado de ella, de María Ignacia, durante el viaje entre Medellín y Barranquilla. Nacha me dijo que la pregunta le había salido de la misma parte de donde le salían las lágrimas, pero que nunca pudo explicarse por qué se la había hecho a Juan Darío. El caso fue

que el pelado cambió de cara, se asustó y sin más le dijo: «Usted no es hija de su mamá; usted es adoptada». La lloradera le paró en seco. Desde ese día abrió investigación y comenzó a sacar recuerdos de esa medio nebulosa que es su niñez.

Se recuerda jugando pelota en un patio —que después supo que era el Hospicio San José— con las Hermanitas de los Pobres. Había otras niñas de la misma edad que vestían como ella, todas de blanco —zapatos, delantal y diadema—, pero que entre semana les cambiaban por un uniforme azul oscuro. Quería sobre todo a la madre Asunción, porque la acariciaba hasta que se quedaba dormida y porque el hábito no olía a humo de cirio ni a remedio contra las polillas.

El día que le vino la regla, doña Carlota le contó, mientras se vestía, que la madre Asunción era hermana de Piedad, «tu mamá de cama, una mujer muy bella que te dejó al cuidado de tu tía monja porque no se había casado con tu papá, que nadie supo quién era, aunque yo he podido deducir que no es otro que el mismo Alberto de la Rosa, un hombre muy rico pero muy cobarde, por ser de la mejor gente de Barranquilla. Lo digo porque tiene los mismos ojos gachos tuyos que lo hicieron tan apetecido durante muchos carnavales».

Mientras ella me contaba tanta intimidad —sin razón alguna, ya que apenas nos habíamos conocido subiendo a la Sierra—, yo pensaba que había que cambiarle de nombre, porque el tal Nacha era muy duro y se podía confundir con macha, cacha, tacha. Pero no atinaba cómo llamarla. Ella comprendió y me dijo: «Llámame como te guste; por mi parte me gusta mi nombre precisamente porque confunde, y porque a la gente le da como pudor llamarme así. Las monjas me decían de mil maneras: Encarnación, Expiación, y a veces hasta San Miguel, San Nicolás, San Eufracio».

11 p.m.

Nada que aparece Jim. La noche está llena de estrellas, pero el horizonte sigue negro y nada me ayuda a curar la ansiedad de estar esperando. Nacha me dice que *The Rochi* —*La chicharra*—, el barco en que vamos a hacer el embarque, se puede demorar pero que antes del amanecer llega. Jim nunca le ha incumplido una cita a nadie. Hijo de

escoceses, sabe cumplir su palabra contra viento y marea.

Jim es un marino que sabe del mar porque nació en su orilla, en una isla del Pacífico canadiense, al norte de Vancouver, llamada la Pequeña Consentida. Una isla verde en verano y blanca en invierno, donde hay una sola casa, la de sus padres, y donde vive hoy todavía su madre. Muy joven se lo llevó su *uncle* Tom a los muelles en donde, correteando primero y trabajando después, aprendió todos los secretos de la pesca de bacalao. Aprendió también a jugar cartas y billar, y llegó a ser tan conocido en el King como en las Tres Bandas. Una noche ganó tanto dinero jugando póker sangriento con unos japoneses borrachos que pudo asociarse con Larry, su amigo de niñez, en la compra de un pequeño barco pesquero. Cuenta Nacha que al principio se desvivieron pescando y cuidando el barco. Salían a mar abierto con provisiones para tres meses y regresaban con el congelador lleno de bacalao. Vendían el pescado en media hora y permanecían en tierra el tiempo necesario para acostarse con las putas, comprar mercado y reparar el barco.

Al principio, cuando los amigos volvieron a encontrarse después de diez años de no verse —Larry fue ballenero en el Pacífico, mercenario en África, traficante de opio en Tailandia—, Jim no era sino oídos. Se levantaban muy temprano, echaban las redes y se emborrachaban hablando de todo cuanto existía; por la tarde recogían las redes, echaban el pescado en el depósito y se volvían a emborrachar. Era tanta la pasión de Jim por oír a Larry que cuando volvían a tierra lo seguía hasta en la misma cama en que se acostaba con las putas; incluso llegaron a meterse con dos —y hasta con cuatro mujeres— al mismo tiempo. Se separaban sólo para ir a saludar a sus mamás, porque esa es una intimidad que los canadienses —fríos como sus mares— no comparten.

Nacha —o Perla, como voy a comenzar a llamarla— me acaba de decir que le pareció ver una luz moviéndose, que no parece ser una estrella fugaz. Sin saber mucho de estrellas creo yo también que algo se mueve, allá muy lejos. Pasan unos minutos y la luz se va volviendo más fija. No hay duda: es un barco.

Larry y Jim se volvían a encontrar para subirse al barco, y volvían a emborracharse como si hubieran dejado de verse otros diez años. Pero

con el tiempo fueron hablando menos y menos. Cada vez jugaban más a las cartas o al dominó, y pasaban más tiempo armando rompecabezas de diez mil piezas. En tierra cada uno se encerraba tres o cuatro días con su puta —o sus putas—, hasta que llegaba el día de ir a despedirse de las mamás y volver al barco. Entonces se saludaban y se ponían a trabajar, cada cual en el oficio que le tocaba, sin cruzar palabra. Así tres meses. Jim decidió venderle su parte a Larry porque se mamó del silencio, del frío y, sobre todo —sobre todo, insistió Perla —, porque de noche se despertaba a los alaridos creyendo que un trasatlántico los embestía y los destrozaba. El sueño se hizo cada vez más fijo y más real hasta que Jim le cogió tanto miedo a quedarse dormido que se envició al café, a la bencedrina y, por último, a la cocaína. Llegó el día en que Jim no podía dormir sino a punta de Calvadós, un trago francés que lo dejaba redondo en el camarote.

Perla acaba de gritarme desde la playa que, en efecto, la luz es de *The Rochi* y que preparemos las canoas para hacer el embarque. La noche está plácida como el mar.

Jim me invitó a hacerles compañía hasta transbordar la marimba a un buque madre que se encontrará con nosotros a cincuenta millas de la costa este de la Florida. Yo acepté poniendo en claro que mi trabajo llegaba hasta dejarle embarcada la yerba en el velero, y una vez me hubiera pagado lo que habíamos convenido.

The Rochi es un velero de cincuenta pies de eslora, dos mástiles, un Loran —equipo de orientación—, un Deep Founder —para medir la profundidad—, un piloto automático —para poder dormir—, y un radio de cinco mil vatios. Fue construido en Formosa con madera de teca y fibra de vidrio; tiene una barriga donde han ido acomodando las seis mil libras de yerba, dejando sólo un camarote libre donde vamos a dormir Jim, Perla, Dodge, un isleño de Providencia que hace las veces de segundo a bordo, y yo. Le he dicho al capitán Jim que he navegado mucho, aunque tengo que confesar que apenas conocí el mar cuando tenía quince años.

Junio 22

Son las seis de la mañana. Todos duermen. Una vez que Jim llevó su

Rochi hasta mar abierto y fijó el rumbo, se echó a dormir. Lo espié un buen rato para saber si se acostaba con Perla, hasta que me tranquilicé. Dormí toda la noche con el arrullo del bamboleo del barco. Ella duerme desnuda sobre cubierta. Me gustaría más que se llamara Carolina y que durmiera vestida. Tiene un cuerpo menudo, flexible, como hecho en guayacán, y una hondonada en medio de los senos, como si le faltara un hueso. La respiración suave, venida de otro mundo, le alcanza a mover los vellos del labio superior. Abre los ojos y me mira. Vuelve a cerrarlos como perdonándome y se voltea boca abajo: se sabe deseada, y se ha acostumbrado a manejar el deseo de los demás desde el día en que, estando en quinto de bachillerato, botó el uniforme del colegio en la caneca, se metió en unos bluyines, se calzó unas sandalias y se fue sola al Woodstock que en La Estrella organizó Jota Mario Arbeláez. Fue una copia del verdadero. Desde ese día no volvió a ser la misma persona. Supo lo que era caminar sobre el suelo y no volvió a preocuparse por la libreta de calificaciones. Probó la maracachafa, como llaman los paisas a la yerba, y se volvió una visitante asidua del barrio Antioquia, donde cualquier jíbaro le regalaba un paco con sólo mirarla.

Poco antes la habían expulsado del Colegio de las Madres Salesianas porque la rectora consideró que ella era la manzana podrida que tenía alebrestado al curso. En realidad la cadena del pecado había comenzado en otra compañera, de apellido Álvarez, que era no sólo la primera de la lista sino la primera de la fila y la primera del curso. Ella había conseguido el teléfono de una de las casas de citas más conocidas de Medellín, llamada Bucarelia. El delito consistía en llamar por teléfono, oír, contestar y colgar; después en llamar, preguntar por Nelly y colgar; luego en conversar con Nelly y, por último, preguntarle cómo era el hombre que más le gustaba. La Madre superiora lo supo todo y le echó la culpa a Perla por ser quien era —todas las monja lo sabían— y porque todas las demás tenían padres influyentes en Medellín. Pero para Perla aquella historia, sin aceptar nunca su responsabilidad, le abrió la puerta de otro mundo. Trató de seguir estudiando en el Colegio Conrado González y luego en la Academia de Comercio; después viajó a los Estados Unidos de vacaciones y regresó hablando inglés y habiendo leído el *Trópico de Cáncer* de Henry Miller.

7 a.m.

Comienzan a despertarse poco a poco. Todos con sed porque anoche, después de acomodar a bordo la marimba, nos metimos dos botellas de ron Caña. Dodge acaba de pegar un grito: «No hay agua dulce». Jim corre a ver y, en efecto, uno de los bultos de marimba fue descargado a plomo sobre los tubos del depósito y descogotó uno. ¡No hay agua dulce! Queda sólo la de las cisternas de los sanitarios, es decir, tres litros. Perla ni se mosquea, y yo, como me pasa cuando pasan cosas graves, me río con una risa que a veces termina haciéndome llorar. «¡Hijueputa —nos dice Jim mirándonos a uno por uno—, *we are out of water*!».

No hay nada que hacer. Nos devolvemos o seguimos. La máquina desalinizadora que llevamos produce sólo una botella cada veinticuatro horas. Total: a aguantar sed y a rezar. Perla, que es la que sabe de santos, nos dice que San Isidro es muy milagroso pero en tierra, y que Santa Bárbara protege sólo contra las tormentas en altamar. Nos quedamos en silencio hasta que Jim dice: «Vamos a seguir. Cada uno tiene derecho a dos tragos diarios de agua, y todo el mundo debe estar ocupado —ojalá a la sombra— haciendo algo para no enloquecerse. Hay que coser las velas, trenzar hilo de cáñamo y algodón para hacer cuerdas, y jugar dominó. El timón en cubierta nos lo turnaremos cada dos horas. La comida será un poco más salada que de costumbre, y sólo comeremos una vez al día. Calculo que si hay buen tiempo, llegaremos a nuestro destino en seis días».

Dodge, que es un negro corpulento de dos metros, protesta porque considera que la medida de agua no debe ser igual para todos y propone que sea proporcional al tamaño. Perla se da por aludida y, sabiendo lo que dice, arma el mierdero: «Negro hijueputa, ¿vos qué tenés conmigo? Decí claramente que me llevás bronca. Tomate toda el agua que querás, que yo sé cuál es la güevonada en que andás metido. ¿Puedo comenzar a tener el timón yo?», le preguntó a Jim, dejando a Dodge con la palabra en la boca.

Desde la cabina miro a Perla llevando el timón con el pelo suelto, al viento. Un pelo castaño que con el sol le brilla con tonos rojizos. A veces se hace una trenza, otras veces dos, y cuando está ocupada y

seria se lo recoge en un moño que atraviesa con un lápiz. Anoche me contó que había conocido a Jim en Ciudad de México, en la Plaza de Coyoacán, un domingo por la tarde, oyendo a un aficionado que, sin pedir nada, cantaba *Ojitos Tapatíos* y otras canciones de esas que aprenden los cantantes aficionados para lucirse. Jim estaba a su lado oyendo y, de golpe, sin que hubiera palabra ni gesto, quedaron enredados. Pasearon de la mano mirando saltimbanquis, titiriteros, bailarines, vendedores de collares y de cometas, y gente. Gente que paseaba —como ellos— sin afán. Visitaron la casa donde vivió Rivera con Frida Kahlo sin hablar y sin saber ella quién era ese gringo altísimo de pelo recogido atrás y dos aretes en la oreja izquierda. Él llevaba seis meses aprendiendo español y lo hablaba casi perfecto. Terminaron en la Plaza Garibaldi, borrachos, oyendo el repertorio entero de José Alfredo Jiménez, y se enamoraron esa noche, y la noche siguiente, y la siguiente, hasta que terminaron viviendo juntos.

La plata del barco pesquero que a Jim le quedó quería invertirla en un velero equipado para buscar galeones españoles y submarinos alemanes. Pero valía demasiado. Los dólares que tenía apenas le alcanzaron para comprar *The Rochi*. Había leído cuanto existía sobre el tesoro del *Atocha*; sabía el punto exacto donde había naufragado, la cantidad de oro que llevaba y hasta el nombre de los tripulantes. Se pasaba horas explicándole a Perla cómo se había hundido y cómo se podía rescatar el tesoro. De ahí fue que surgió la idea del viaje en que estamos metidos.

Jim había guardado durante mucho tiempo entera la plata para comprar el barco con que podía sacar el *Atocha*. No se gastó de ese fondo ni un centavo y por eso tuvo que trabajar. Hacía de todo: fue peluquero y masajista, costurero y mecánico. Vivían en Tepostlán dejándose llevar por los sueños que construían poco a poco. El proyecto consistía en hacer un embarque de marimba de Colombia a Estados Unidos y con la plata comprar el barco para sacar el tesoro. Subían al cerro Teposteco a mirar los atardeceres y bajaban a comer ya entrada la noche.

Un día llegó un circo al pueblo y los dos, enamorados como estaban, se sentaron en la primera fila. Para hacer el número de los cuchillos de fuego, Ruth, la Pielroja, pidió un voluntario que quisiera ponerse en el

centro del blanco. A Jim le nació pasar a la pista. Ruth, para hacer tiempo y fijar la atención del público, comenzó a preguntarle pendejadas y al hombre se le enredó la lengua y contestaba del susto casi todo en inglés, mientras el público se reía y se reía hasta que terminó aplaudiéndolo sin necesidad de prestarse para la prueba de los cuchillos de fuego. Fue tanto el *show* de Jim que el dueño del circo lo contrató para hacer reír a la gente. Al poco tiempo le confesó a Perla que se había enamorado de Ruth y que se iba con el circo a una gira por Chiapas y Guatemala.

Perla se quedó unos días más en México y regresó a Medellín. Pero no abandonó los proyectos y volvió derecho a buscar cómo meterse al negocio. Sin embargo, en Medellín no era muy conocida y los paisas no sabían sino de marihuana. Ella quería meterse con la coca.

Dodge nos acaba de llamar a comer: fríjoles enlatados y arroz con coco. Perla le reprochó no haber apartado el agua de los cocos para tomar y él la mandó para la mierda. La sed se me está volviendo miedo. Jim dice que lo que nos puede joder —si nos dejamos— es la angustia de sentirnos sin agua, y no propiamente la sed.

Junio 23

Son las cuatro de la tarde. Ha sido un día tranquilo. Me la he pasado mirando a María —como llamo hoy a Perla— coser velas. Tiene unos dedos finos que tejen con rapidez. En esto las monjas no perdieron su tiempo. Parece acostumbrada a navegar por sus sueños mirando la punta de la aguja. Yo escribo y la miro. En cubierta Jim está pescando y nos ha prometido un lebrel para la comida; Dodge lo mira desde su turno de timón como yo miro a María.

Hacia la noche oímos con esperanzas acercarse una tormenta, preparamos todos los baldes y ollas para recibir agua dulce, inclusive hicimos un recipiente con una vela. Esperamos y esperamos pero las nubes no quisieron acercarse. Noto a María, por primera vez, inquieta; ha resuelto andar de sandalias, como si estuviera en tierra. Está leyendo *Mi vida*, de Isadora Duncan.

Junio 24

Once de la mañana. Velamos y velamos. El cielo ha vuelto a encapotarse pero no se decide a llover. La lluvia se volvió una idea fija. María ha resuelto remendar cuerdas y me ha enseñado: se parten donde están peladas, se destuerce cada punta unos veinte centímetros y se vuelven a trenzar los cabos entre sí. María me dijo que esas trenzas, una vez que se hacen, no vuelven a romperse. Me miró largamente y en silencio. Un escalofrío me recorrió de arriba a abajo, como la tempestad de anoche sin dejarse venir. Me senté a su lado a trenzar cuerdas, a sentirla sin mirarla. Me engolosinó el raro detrás que tiene su silencio.

De almuerzo Dodge nos dio maní con pasas, cayús y nueces. Por la tarde María me enseñó a hacer nudos marineros. Era buena maestra, aunque un poco tirana. Se irritaba cuando yo me perdía y no sabía cómo continuar, y hasta llegó a gritarme. Jim, que estaba leyendo a su lado, me miró y sonrió entre malicioso y condescendiente.

Son las cuatro de la tarde. La tormenta que nos viene coqueteando se acerca cada vez más. Hoy creo que vamos a volver a tomar agua, a bañarnos y a botar al mar el miedo a morirnos de sed. Todo está otra vez preparado. María anda descalza de nuevo y descubro que tiene una membranita entre el dedo meñique y el anular en los dos pies.

Comienzan a caer las primeras gotas cuando el sol termina su trabajo. Son goterones que caen con rabia y casi hacen charco sobre el mar. A todos se nos ve el gusto en los ojos y nos desnudamos a medida que la lluvia arrecia. Abrimos manos, piernas y boca tratando de que el agua dulce se nos meta hasta donde nos había llegado la sed. Dodge canta un aleluya que se le oye fuera de lugar. A veces se siente un astro de cine que monta su propia película. Jim se dedica a cuidar que el recipiente hecho con las velas no se desarme, y María se suelta el pelo. Yo no puedo dejar de mirarla.

El aguacero dura más de una hora. Tiempo suficiente para bañarnos y quitarnos todo lo que en cuatro noches se nos ha ido acumulando entre pecho y espalda. Bebimos toda el agua que pudimos recoger en la manos mientras Dodge nos prometía cocinarnos un «rondón» esta misma noche.

María me enseñó a oír a Keith Jarret, a sentir su piano venido de tan hondo, tan apasionado en su búsqueda, tan lleno de colores y de

silencios. Come siempre callada, muy atenta a lo que está haciendo. En el hospicio comía sola. Ni en las mesas de madera, donde comían las huérfanas pobres, ni en el refectorio, donde comían las hermanas. Al fin y al cabo ella era hija adoptiva de la madre superiora y la niña de los ojos de todas las monjitas, menos de una, la hermana Eleuteria, una mujer alta y de ojos severos que castigaba con una correa que siempre llevaba en el bolsillo del hábito. María se escondía debajo de cualquier mueble cuando la hermana llegaba y desde allá se quedaba mirando sus zapatos negros, de suela de goma. Sólo volvía a respirar cuando se alejaban chirriando sobre los pisos siempre brillantes del hospicio.

Los corredores del hospicio enmarcaban un patio lleno de flores donde había una gruta con la Virgen de Fátima, los pastorcitos y las ovejas. A María le daba cierta seguridad y, sobre todo, alegría el sitio, porque estando ahí un día golpeó a la puerta del convento un hombre alto y de ojos verdes que traía para ella un triciclo de cadena envuelto en papel celofán. La madre Asunción le explicó que era un «benefactor» y, años después, cuando María estaba en el colegio, le confesó que aquel ser, el primer hombre que María conocía, era su tío, hermano de la monja y de la verdadera mamá. Pero ella pensó desde entonces que el benefactor era su papá de sangre.

María vivió con las monjas hasta el día que, llorando, le dijo a la madre Asunción que quería una «mamá de cartera».Tenía cinco años y seguramente había visto a las señoras que iban a visitar el orfanato. Una familia rica y muy conocida de Medellín la recibió como hija y le dio el afecto que ella necesitaba.

Junio 25

Hemos virado unos grados hacia el este para pasar entre República Dominicana y Puerto Rico, una vía más segura que el Pasaje de La Mona, que suele estar siempre muy vigilado por naves cubanas. Velamos con alegría porque el viento está sostenido y porque hay agua suficiente. María se ha vuelto a descalzar y está más bella y altiva que nunca. Sospecho que dejó de amar a Jim hace tiempos y que ahora sostienen una relación meramente profesional.

En México, María había decidido hacer dinero, mucho dinero, de la

manera que fuera, y no había sino una sola forma conocida. Cuando se fue de la casa se había prometido hacer su vida sola y no volver donde sus padres de crianza, y por eso no regresó a Medellín sino que se instaló en Bogotá. Venía decidida a sacar adelante el proyecto de hacer el embarque.

Lo primero que se propuso fue detectar «una línea», para lo cual necesitaba ubicar un jíbaro que vendiera mercancía de alta calidad. Sabía que en la carrera séptima, desde el Parque de San Diego hasta el Banco de la República, había expendedores que les caían a los «monos» que la andaban buscando. Se vistió de gringa: se pintó el pelo, se compró un vestido largo de florecitas, se puso unas gafas negras y se soltó por la séptima. Se sentía un poco puta, un poco detective y un poco carnada. Y al fin cayó el primero, pero la coca era grasosa y amarillenta. No le gustó. Rechazó dos, tres y cuatro jíbaros con la misma calidad. Pero seguía decidida a encontrar lo que buscaba.

Una tarde estaba sentada en la cafetería Florida, tomando chocolate, cuando una mujer joven, elegante, se le acomodó en la mesa y sin más explicaciones le dijo: «Yo tengo lo que usted quiere».Vivía en la carrera quinta con veintitrés, y allí, en el apartamento, le puso en una mesa, para que María escogiera, cinco calidades, todas bien cortadas. Escogió un cristal limpio y le compró veinte gramos, que era el plante que tenía para comenzar el negocio. En el hotel donde vivía hizo las papeletas y sacó cincuenta metros que envolvió con cuidado en papel blanco y suave. Se echó cinco al bolsillo y sin más ni más se fue a abrir plaza al norte de Bogotá, donde no la conocían y podía pasar, dada su pinta, por una niña bien. En una noche ferió las cincuenta papeletas y volvió donde su amiga a comprarle más.

Berta se llamaba la jíbara y era, como María, paisa. Desenvuelta, sin agüeros, andaba siempre en lo que andaba. Muy cuidadosa en cada paso, conseguía las calidades que le pidieran y en la cantidad que fuera. María estaba detrás de la «línea» y no sólo de la mercancía. Por eso invertía todas —o casi todas— las ganancias en ampliar el plante y en darle confianza a Berta. A los pocos días se cambió del hotel a un apartamento cercano al de su amiga. Berta era por ratos demasiado amable y le decía «reinita mía». María aceptó el juego y se volvieron

amigas íntimas. Las llamaban «las zarcillos» porque siempre andaban juntas.

Una tarde llegó Berta al apartamento de María llorando. La habían allanado y tenía que perderse. La policía la tenía pillada. Era el momento que María estaba esperando; más aún, había podido denunciarla para obligar a Berta a pasarle «la línea», pero como sentía su amistad sincera y hasta llegó a quererla, la tentación no fue más que un mal pensamiento. María le ofreció esconderla y Berta le soltó, agradecida, todos los datos. De un lado las conexiones con los laboratorios y, de otro, los vínculos con las mulas y los contactos en Los Ángeles. En realidad, habían formado una sociedad de exportación con María a la cabeza y Berta en la sombra. Pero como la «pega» de la policía era tan fuerte y tan persistente, María quedó manejando todos los cables y Berta fue, poco a poco, aislada y presa de las medidas de seguridad.

La compra de la merca en los laboratorios no tenía problema. Se pedían las cantidades necesarias para hacer los «pasteles» o para cargar las mulas, pedidos que eran a su vez hechos desde el exterior. María se volvió la más cotizada empasteladora de las líneas hacia Los Ángeles, México y Nueva York. Empastelaba fondos de maleta, libros, paquetes de periódico, zapatos, paraguas, carritos de viajero. Logró inventarse un pegante a base de colbón y azufre que hacía que los perros se le quitaran al pastel. Ella hacía todo y no dejaba intervenir a casi nadie, más por seguridad que por ambición. Sus envíos no cayeron nunca.

Más difícil y delicado era el manejo de las mulas. Había que comenzar por conseguirlas, luego probarlas, después cargarlas y por último recuperarlas. María salía a buscar muchachos y muchachas entre dieciocho y veinticinco años. Los encontraba en los bares, en las calles, en los parques. Los analizaba con cuidado: su vestido, sus maneras, su conversación. No quería mulas ordinarias sino finas; estaba decidida a seleccionar un lote propio y seguro. El mejor sitio para ubicar los candidatos fue el Colombo-Americano. Gente joven, seria, ambiciosa y sobre todo admiradora de los Estados Unidos. La disculpa era fácil: practicar el inglés. Fue escogiendo un lote de cinco: dos mujeres y tres hombres. Los iba dejando saber de qué se trataba y

seleccionaba no a los de «sí» sino a los de «sí, pero…». Eran más confiables y firmes. Instruyó a las mulitas primero en el viaje: aeropuertos, aduanas, aviones, comidas, conversaciones con los pasajeros y trato con las azafatas; después en el manejo del estómago, de la angustia, de la ambición, del dinero. Días enteros se pasaba explicando los detalles y oyendo sus reacciones, hasta que escogió finalmente dos: hombre y mujer.

Berta le había enseñado las técnicas para llenar las mulas por la boca, pero María descubrió con un médico amigo que los ácidos en el intestino grueso eran más suaves que en el delgado o en la propia barriga, y resolvió cargarlos por la cola.

Dos días antes del vuelo concentró a las dos mulitas con sus maletas listas, sus pasaportes, sus dólares. Leían, miraban televisión y conversaban de pendejadas. Pero no podían comer sino calditos de pollo y de complemento les inyectó una mezcla de suero y vitaminas. Les limpió el estómago con lavados y, seis horas antes del viaje, comenzó a cargarlos por detrás con bolitas de cocaína envueltas en condones. Cada una pesaba diez gramos. La muchacha alcanzó a aceptar ochenta y cinco y el muchacho, que era más gordo y fuerte, ciento veintidós. Cargados, al aeropuerto; luego al avión, y después a Los Ángeles por México en Mexicana de Aviación.

En Los Ángeles los recibió un hermano de Jim con quien María había cuadrado el negocio. «Un monito firme», decía ella. Descargó las mulitas y las recuperó también con suero y vitaminas durante dos días, hasta que pudieron salir a la calle con cincuenta dólares cada una y sólo a conocer. A los ocho días estaban de regreso.

A María nunca le cogieron una sola mula. Hizo plata en este oficio, pero ella quería enviar un cargamento grande para «definir de una vez por todas si uno se vuelve rico o sigue toda la vida jodido».

Junio 26. 4 p.m.

Oímos por la radio que al este de Puerto Rico se está formando una tormenta con posibilidades de convertirse en huracán. Jim nos dijo que la noticia era gravísima porque tendríamos que virar hacia el oeste para pasar por el Canal de La Mona, más protegido y peligroso que el mar abierto al este de Puerto Rico.

6 p.m.

Se confirma la noticia del huracán. Lo bautizaron David y dicen que ya tiene sesenta nudos por hora. Jim nos hace notar la tranquilidad absoluta del mar donde estamos —límites entre Haití y La Dominicana —. No hay un solo soplo de viento. El *Rochi* se ha detenido por completo; el rizado del mar es apenas notorio; nos rodea un silencio miedoso. Todo está quieto. Sólo se mueve el sol cayendo. Jim nos explica que toda la energía de este pedazo de planeta se la está chupando el huracán y que esto es lo que se llama la calma chicha. La noche va entrando y aumentan el silencio, la quietud y el miedo. El motorcito de treinta caballos apenas mueve al *Rochi*. Las velas no sirven para nada, estamos varados en medio del Caribe y amenazados por un huracán, lejos de la costa. Dodge se ha puesto un salvavidas y María sus sandalias. Ella tiene la virtud de quitarme el miedo cuando se calza y de darme ánimo cuando se calla. Jim está en cubierta mirando lejos y «oliendo» el aire. Me siento inútil en este momento de peligro. Estamos prácticamente a la deriva. El motorcito briega contra la ley de la gravedad sin mucho éxito. Oigo su esfuerzo sobrehumano y me produce hasta ternura oírlo luchar solo.

Junio 27

La noche pasa con la misma quietud con que comenzó. El viento sigue escondido, nada despeina las olas, no hay ni una gaviota de las tantas que nos habían acompañado. Hacia la media noche, cuando el silencio se metió entre nosotros y María dormía como si nada, volteada sobre su costado derecho y apoyando la cabeza sobre su brazo, le descubrí unos lunares que no le había visto en la oreja izquierda. Parecía que la calma de afuera la hubiera contagiado, se le hubiera metido por dentro y la hubiera poseído. Me hacían falta sus ojos abiertos y le acaricié la nuca. Me miró y se sonrió, todavía ajena a este mundo. Me quedé con la duda de si era un gusto de complacencia por mi caricia o era una sensación de entresueño. Volví a acariciarla hasta terminar en el lóbulo de la oreja, que tenía frío. Pasaron unos instantes sin respuesta. Abrió con pereza y dificultad un ojo, me cogió

la mano y la besé con un beso largo; sentí la humedad de su boca y me acosté a su lado, acariciándole el pelo. Su cuerpo lleno de vida me llamaba y yo me dejé ir hacia su centro como a un aposento conocido. Nos quedamos inmóviles mientras la pasión aumentaba sin desbordamientos, sin abandonarnos. La piel se abrió de par en par y las caderas se soltaron atravesadas por una punzada de intenso placer, y nos dejamos derramar como ríos en el mar.

Afuera no hay ni un soplo de brisa. Jim nos trae café y nos dice que el peligro consiste en no alcanzar a llegar a refugiarnos en una bahía o en una ensenada antes de que el David nos arremeta. El motorcito apenas desarrolla una velocidad de cinco millas por hora, porque está diseñado sólo para ayudar a atracar en los puertos. No se usa para navegar. La radio anuncia que el huracán ha logrado ya una velocidad de ciento veinte nudos por hora y que estará llegando a la costas de Puerto Rico el 29 en la madrugada. Al ritmo que vamos seguramente no coronamos ninguno de los islotes al sureste de República Dominicana, en donde Jim quiere protegerse.

2 p.m.

María ésta al timón. La miro desde lejos. Noto que una brisa muy suave alcanza a levantarle las puntas de su pelo, que lleva suelto. Jim grita: «Ahí viene», y se encarama por el mástil a desplegar las velas para que los vientos que preceden el huracán nos acerquen a la costa. Pero no ha logrado abrir todo el velamen cuando sentimos un empujón dado como por la mano de Dios. Es el primer golpe del David. Navegamos con rumbo noreste buscando el Canal de La Mona pero la fuerza del viento nos obliga a ir a su antojo. Jim vuelve a subirse a los mástiles a recoger de nuevo las velas porque la fuerza del David amenaza con voltearnos o romper las vigas. Cuando regresa, el palo del boom lo golpea con fuerza. Estuvimos a punto de quedarnos sin capitán. Pero logró agarrarse a una de las barandas de la popa para no caerse al mar y así se sostuvo hasta que Dodge lo ayudó a volver a cubierta.

Estamos a merced de la cola del David porque el centro está pasando a unas diez millas al norte de donde estamos. Navegar contra el viento es imposible, así que Jim ha resuelto dejarse llevar. Vamos a

una velocidad de ochenta nudos, cortando las olas como si surfiáramos. Jim ha reemplazado a María en el timón y con toda su fuerza apenas sí es capaz de mantener el rumbo. El viento suena como si viniera del infierno o fuera hacia allá; la atmósfera parece cargada de pólvora y se diría que un solo fósforo, si uno pudiera encenderlo, haría estallar en llamas el Caribe. Todo huele a sal y a yodo.

Llevamos varias horas —he perdido la cuenta— navegando a capricho del David. El viento ha disminuido por fin un poco y Jim aprovecha para desplegar de nuevo el velamen y enderezar el rumbo hacia el noreste con miras a tratar de colarnos por La Mona, aprovechando que el David debe haber limpiado de guardacostas cubanos el estrecho. Es una maniobra arriesgada pero no hay otra solución. Yo confío en María, que no ha mostrado el más mínimo miedo.

10 p.m.

Estamos entrando en el canal, sesgando las olas y sosteniendo el rumbo. Dodge nos alimenta con maní. La radio anuncia que el David está torciendo hacia las costas de Nicaragua, dejando libre de vientos nuestra ruta.

A lo lejos se alcanzan a ver las luces de Cuba, mientras el viento se va calmando. Es posible que mañana al mediodía nos anuncie Jim que ya hemos superado el peligro. La marimba se ha mojado un poco y Dodge está preocupado. Yo no, porque vi prensarla y a esas panelas no les entra ni una bala. La prensa es de cincuenta toneladas, capaz de volver harina un diamante de tungsteno. Tanto que las mulas —de cuatro patas— sólo se pueden cargar con dos pacas a cada lado y, aun así, casi no son capaces de bajar la Sierra.

11 p.m.

La marimba corre de norte a sur, de México a Colombia y de Colombia al Perú. En cambio la coca viaja al contrario: del Perú a Colombia y de Colombia a México. María llevó un poco de yerba a Bolivia para abrir mercado y conseguir una línea gorda por dónde meter el perico a Colombia. La flecha se la había dado Robinson, un

gringo serio que duró mucho tiempo en ubicar.

Las cocinas que ella conocía en Bogotá eran pequeñas, y como también eran escasas trabajaban a precios muy altos. Los grandes tenían sus pocos cocineros y los pequeños cocinaban casi en secreto. María necesitaba un mayorista de verdad, y salió a buscarlo convencida de que lo encontraría en la misma carrera séptima de Bogotá. La clave, según ella, consistía en hallar un cabo suelto e independiente y no en meterse a ser un eslabón más de la cadena. Por eso, vestida siempre distinta —una vez elegante como una señora, otra vez simple como una niña del barrio La Perseverancia—, se paseaba la séptima entera buscando el personaje. Tenía que tener mucho cuidado porque la CIA y la DEA ponían cabos para coger las cadenas. Ella sabía distinguir a los tiras del DAS porque son bastante torpes; les gusta jugar a James Bond, tirándoselas de machos, «y eso— decía María— todas las mujeres lo sienten». Su mero instinto le permitía evitar los tiras colombianos. Los gringos eran más cuidadosos pero se dejaban conocer porque querían llegar rápido al tema y cerrar negocios sin más ni más. María sabía aguantar y esperar.

Los primeros días se dedicó a establecer quiénes eran meros jíbaros y quiénes podían ser comerciantes al por mayor. Dado este paso tenía que escoger los tres «propios». Todo comenzaba con un intercambio silencioso de miradas, luego con una invitación a un café y después con una charla de cateo que, si terminaba en la cama, sembraba dudas. Los propios lo pedían pero no lo daban, y si lo hacían era sólo para poner por el aire un motivo y estudiar por debajo a la clienta. A Robinson se lo cruzó en el Parque Santander. El primer café se lo tomaron en La Romana y quedaron de volverse a ver al día siguiente. Ella iba ganando confianza en él porque Robinson no le tocaba el tema. Pero una tarde, después de haber hecho el amor en el Hotel Santa Fe, donde Robinson se alojaba, le preguntó si le gustaba la perica. Él le respondió desdeñosamente. Buen síntoma, según ella. Por ese caminito se fueron hasta que el hombre le dijo que tenía la línea de Bolivia.

Arreglaron las cosas y María, a quien Robinson conocía con el nombre de Azucena, decidió viajar a Bolivia a conversar con los propios frente a frente. Para halagarlos se cargó con tres libritas de la

mejor yerba que encontró. La empasteló en un doble fondo y cogió avión hasta Pasto. De ahí hacia el sur por tierra.

Durmió en Ipiales y al otro día llegó a la frontera con una maleta de doble fondo. El guardia la vio bonita y joven y la llamó aparte. Le dijo: «Mire, niña, usted debe cuidarse mucho porque el mundo se ha dañado y uno nunca sabe quién es quién ni con quién habla. A usted le pueden meter marihuana en el maletín y usted anda sin saber qué lleva». Azucena le agradeció de veras el consejo y siguió adelante. Esa misma noche llegó a Quito. En el hotel estaba alojado un español mariquísimo, de pantalón rosado y camisa tornasol. Se hicieron amigos y coincidió que él iba también para el sur, por lo cual decidió aceptar su compañía, ya que todo salía más barato y dormir juntos no representaba ningún peligro. Al otro día, cuando estaba saliendo, se encontraron con dos argentinos que iban en carro para su patria. Se hicieron amigos y los tipos terminaron invitándolos a hacer el viaje todos juntos. Los argentinos estaban de vacaciones y eran hinchas furiosos del River. El carro era rojo y blanco y estaba lleno de banderines, banderas, escudos y calcomanías del equipo. Un carro que todo el mundo miraba por escandaloso. Ella dijo: «Me sirve».

El argentino que iba de pasajero tomaba trago y le cantaba tangos al chofer para que éste no se durmiera. Eran ricos. El tanguista era propietario de una cava y llevaba el baúl lleno de vinos que iban tomando y repartiendo. En un solo tango llegaron a Guayaquil y luego a la frontera con el Perú, y allí, cuando la policía se dio cuenta de que iba una colombiana, comenzó a esculcar el carro. Azucena temblaba. Pero de golpe el capitán le gritó a la policía: «Déjelos pasar, que son mis amigos». Los argentinos le habían regalado una botella de vino.

Luego Lima. Allá se separaron. Los argentinos siguieron con el españolito y Azucena se metió en el primer hotel que encontró. Durmió dos días seguidos y al tercero, lista para el viaje a Bolivia, se enteró de que el domingo siguiente se realizarían las elecciones y de que por lo tanto el golpe de Estado era seguro. En Bolivia hay golpes de Estado por cualquier motivo —le contaban—. Porque el presidente no les gusta, o porque la esposa del primer ministro es comunista, o porque cayó el precio del estaño, o porque hay elecciones o porque no las hay. Azucena desempacó y decidió esperar el golpe para que se

normalizara la frontera. Sin embargo, pasaron dos y tres días y no había golpe. Hubo elecciones y nada, los militares quietos. Pero todo el mundo insistía en que el golpe ya venía y ya venía. Ella, sin plata, sola, afanada por coger camino y con la hierba entre la maleta.

Una tarde de calor preguntó si Lima tenía mar. «Sí —le respondieron —, queda en El Callao». Se puso el vestido de baño debajo de la ropa y se fue a la playa. Llegó llena de ganas, pero no fue capaz de meterse en ese mar gris lleno de algas y de neblina. Cuando se devolvió derrotada oyó vallenatos en una cevichería. Pertenecía a un colombiano que cuando descubrió que Azucena era paisana le propuso que le ayudara a trabajar. Ella encantada, porque ya no tenía sino los soles del pasaje Lima-La paz.

Trabajó un tiempo y cuando todo le indicaba que los militares habían congeniado con el nuevo gobierno, decidió comprar el pasaje en bus y decirle adiós a Lima. Sin embargo, cuando llegó a la frontera se encontró con que el generalísimo García Mesa había dado un golpe de Estado y el paso estaba cerrado. Nada que hacer. Estaba en un pueblo horrible y miserable llamado Desaguadero. Tres casas a un lado de la carretera y dos para el otro lado, todas hoteles-residencias donde no arrendaban habitaciones sino camas en cuartos donde podían caber entre seis y doce personas.

El chofer del bus quiso devolverse para Lima, pero como todos los pasajeros habían comprado tiquete hasta La Paz, el hombre, después de tres días en la frontera y ante la enverracada de todos, decidió devolverles el pasaje. Iban seis extranjeros. Azucena, dos uruguayos expulsados de Colombia, una pareja de suizos alemanes y un policía noruego. El teniente del puesto invitó a los extranjeros a tomarse un mate de coca, que terminó en un trago de pisco y luego en una botella, y otra y otra. El teniente Blanco, como se llamaba, tenía ese sistema para investigar a los sospechosos. En medio de la borrachera sacaba los datos que quería y, al otro día, sus amigos amanecían presos. Azucena se la pilló y derramaba con disimulo los tragos que le servía. Pero el hombre, como empecinado, comenzó a mirarla sólo a ella y a conversar sólo con ella, y ella fue sintiendo que todo la delataba y a pensar que el teniente sabía, hasta que, cuando todos los demás estaban dormidos, ella le dijo: «Mire, teniente, le voy a decir la verdad:

yo voy a Brasil a culminar mis estudios de ciencias religiosas y éticas en el Instituto Mayor de Santo Tomás, en Brasilia, total que no hay caso. Yo no me voy a acostar con usted». El teniente, que era un zorro, le respondió: «No, si yo no me quiero acostar con usted. Lo que quiero es que me diga qué lleva entre su maleta». Ella se sintió cogida, pero sin darse por enterada le dijo: «Mañana le cuento».

Esa noche Azucena se sentó en su cama, rodeada de miedos, a llorar. Amaneció llorando. A las cinco de la mañana se presentó donde el teniente, puso el paco de seis libras sobre el escritorio, se sentó frente al hombre y le dijo mientras tomaba un resuello. «Usted no tiene sino dos caminos: o me compra el paco, o me mete presa». El teniente se puso pálido. No esperaba semejante frenteada. Azucena le leyó en los ojos la respuesta y le ofreció un pitazo; él fumó y sacó del cajón mil dólares. Le dijo: «No voy a apartarle yo del buen camino que lleva. Siga para donde va. Pero eso sí, cuando regrese espero verla con hábito».

Siguió pues para La Paz. Se alojó en el hotel que Robinson le había dicho, llamó a los tipos que buscaba y se acostó a esperar. Al rato golpearon en la puerta. Ella abrió y casi se desmaya: un general en persona con tres guardaespaldas. «Permítame, señorita, que me presente: soy el general Ghens, Ministro del Interior del nuevo gobierno». Azucena pensó que el teniente la había delatado. Pero no, el general la había visto pasar por la calle y se había enamorado de ella. Comieron en el mejor restaurante; todo correcto. Cuando Azucena llegó al hotel, sus contactos le habían dejado una nota diciéndole que con esas relaciones nadie podía acercársele y que, bueno, que lo sentían, que adiós, que todo quedaba cancelado.

Nada pudo hacer. Robinson se le había perdido, los contactos la rechazaban y ella no se atrevió a conseguir unos nuevos por más que duró varios días de bar en bar y de lado a lado. El general siguió atendiéndola y terminó mandándola en un avión militar expreso a Lima. Volvió a Bogotá con doscientos dólares y derrotada.

Junio 28

Hoy no pasó nada raro: Azucena está cada día más bella. Zargazos a la deriva: islas flotantes, criaderos de peces.

Junio 29

Azucena acaba de dar un alarido. Se había zambullido con Jim en pleno mar porque el agua estaba mansa y provocativa. Habían nadado desnudos alrededor del velero, habían jugado hasta que, cansados, estaban subiendo a cubierta por la escalerita de madera. Primero ella, detrás él, cuando de golpe una sombra entre el mar hizo que Azucena le gritara a Jim: «¡Cuidado te mascan!», y dicho y hecho: un tiburón martillo le mandó un tarascazo y por milímetros no le coronó una pierna.

Vi el animal desde la proa: tenía no menos de siente metros entre la cola y los ojos, uno a cada lado del martillo, unos ojos brutos y ávidos que me hicieron pasar escalofríos. Estamos ya sólo a un día del punto en que nos encontraremos con el barco que debe venir por la marimba.

Acabamos de ver una luz atravesando el horizonte. Tenía la cabeza anaranjada y el cuerpo verde-azuloso; permaneció visible más de treinta segundos y nos dejó boquiabiertos. Pusimos la radio para ver si era un meteorito gigantesco o un proyectil nuclear ruso contra Nueva York. Nada. Ni una sola referencia al asunto. Misterio total. La sed está volviendo a apretar porque queda muy poca agua dulce.

Junio 30

El mar amaneció como una piscina. Hacia las once de la mañana nos visitó una pareja de delfines, saltando alrededor del *Rochi*, dando sus griticos, que no son de pájaro ni de niño, y haciendo gracias y gracias; bañándose en el aire, desapareciendo. Hicieron el amor delante de nosotros, ella debajo y él encima apretándola con sus aletas y acariciándola con la trompa. Se hablan, se arrullan, se murmuran. Nos dejaron a todos enternecidos, y media hora después, no menos de cien delfines, un país entero, se pegó al barco. Saltaban por parejas y tríos, se perseguían, gritaban o lloraban; unos hacían el amor, otros jugaban gambetas, las mamás protegían a sus hijos y los empujaban con sus trompas para que saltaran fuera del agua. Una fiesta gigantesca que duró más de dos horas.

Poco a poco fueron desapareciendo hasta que el mar volvió a su monotonía y nosotros a nuestro silencio.

Julio 1

Dodge me pregunta qué voy a hacer con la plata. Le respondo que lo que me gané ya está ganado y asegurado en Santa Marta. Que Jim me había pagado por ponerle la marimba en el velero y que lo demás era novelería mía.

Por la tarde cundió la alarma cuando vimos a lo lejos un acorazado gringo que cruzaba hacia el oeste. Toda la noche oímos ruidos y vimos luces extrañas. Me tranquilicé asumiendo que eran truenos y relámpagos, pero cuando le comenté a Jim me dijo: «¡Mira bien a ver qué ves!».

Julio 2

A estribor hay no uno sino dos acorazados, y más adentro un enorme portaviones. Hay lanchas torpederas por todos lados y los cazas cruzan por encima de nuestras cabezas. «¿Nos estarán esperando?», le pregunté a Jim, a quien le pareció pendejísimo mi chiste. La radio nos aclaró que se trataba de unas maniobras navales con ocasión del 4 de julio, día de la independencia. No había peligro, pero Jim consideró prudente alejarnos del sitio. El problema era que el barco que nos iba a recibir las pacas no podía arrimar, y si las maniobras demoraban mucho hasta podíamos perder el contacto.

Nos retiramos unas millas hacia el oeste. Noto a Azucena fastidiada. No me ha vuelto a contar sus historias. Ha dejado de hacer cosas para el *Rochi*, no volvió tampoco a escribir ni a pintar árboles de mil ramas y mujeres de ojos grandes y profundos como cráteres. Creo que se siente estrecha en su propio cuerpo.

Me la pasé hablando con Dodge, tratando de romper la distancia que se había creado entre nosotros. Navega desde muy niño, fue oficial de la guardia de Anastasio Somoza y luego pistoloco de los Baldeblánquez durante la guerra con los Cárdenas. Dice que un mamo kogui maldijo a las dos familias porque entre Toño Cárdenas y Juanito Baldeblánquez se habían robado una india, la habían violado entre los dos, la habían

matado y enterrado en Río Ancho. No sólo habían asesinado a la indígena sino que se habían burlado del mamo.

Dodge había ayudado a volar la casa-fortaleza de Toño y había disparado en el entierro de dos de sus guardaespaldas contra los ataúdes.

Sus historias me aburrían por presuntuosas y largas. Pero Jim lo estimaba porque sabía serle fiel. Llovió. Pudimos recoger agua dulce en abundancia.

Julio 3, 4, 5

Llevamos tres días esperando que los barcos gringos se retiren a sus bases. A bordo todos estamos mamados menos Jim, que se mantiene feliz en el mar. Jim es un hombre raro. Había dejado yo su historia a medio contar. Vuelvo y retomo el hilo.

En Guatemala se separó del circo y se fue a Medellín con la esperanza de encontrar a Azucena. Ella estaba en Bogotá y allá la ubicó en la séptima con Jiménez, en plena «Operación Robinson», y por tanto ella no lo volteó ni a mirar. Se encontraban en casa de Conny, una amiga común, Cuerpo de Paz, que había hecho mucha plata mandando poquitos de cocaína en revistas a Nueva York. Jim se fascinó con las esmeraldas de la calle catorce. Compró un lote de diez mil dólares que le salió «con nubes», pero pronto aprendió a conocer la pureza y se decidió a comprar piedras en Coscuez y Quípama para venderlas en Nueva York. Las transportaba entre las muelas que un habilidoso dentista le había acondicionado. No sólo recuperó la plata perdida sino que en un año logró ahorrar suficiente para comprar el *Rochi* en los astilleros mismos de Formosa, mientras Azucena viajaba a Bolivia con la yerba y a conseguir la línea de coca que Robinson le había vendido. Se encontraron tres meses después donde Conny para hacer el embarque en el que todos andamos. Como ella no pudo coger la línea boliviana, él insistió entonces en la yerba.

Julio 6

Por fin parece haber salido de la zona el último barco. Jim está como loco hace tres días tratando de comunicarse con su hermano

para que salga por el cargamento, pero me parece que se perdió el contacto.

Toda la noche estuvo bregando con la radio. Nada. Arthur, su hermano, no sale.

Julio 7, 8, 9

Nada de nada. Ni suspiros. La comida se acabó. Queda media libra de maní con pasas y estamos a ciento veinte millas de la costa. Si no hacemos contacto entre hoy y mañana nos toca botar la yerba al mar. Azucena se opone y propone más bien pegarnos el aventón atracando en un muelle menor para abastecernos y llamar por teléfono a Arthur. El riesgo es alto pero todos convenimos en que es la única solución. El hambre nos tiene acorralados.

Julio 10

Jim decide que nos metamos por San Fernandina y hacia allá enfilamos proa. Atracamos a las cuatro de la tarde. Azucena se ha calzado y va a ir conmigo a hacer mercado mientras Jim llama a su hermano y Dodge cuida el *Rochi*.

Casi no pude pararme en tierra. Me agarró un mareo que me obligó a sentarme un buen rato. Azucena todavía está riéndose de mi borrachera en seco. Se me pasó cuando entramos al supermercado. Cogimos un carrito y lo llenamos de todo tipo de carnes, encurtidos, quesos, frutas, verduras, vinos, cervezas. Me comí el helado más delicioso que me haya comido en mi vida y que por larga que sea y por desiertos que atraviese, no volveré a saborear con igual gusto. Regresamos al barco felices. Jim también. Su hermano le respondió y quedó de encontrarnos, hacia el medio día, treinta millas afuera de donde estábamos. Dodge nos preparó un banquete y nos emborrachamos todos. Azucena amaneció a mi lado.

Julio 11

Jim grita que está llegando su hermano con el remolcador. A bordo todos felices. Yo en particular. Transbordamos las pacas y nos

separamos del barco de Arthur. A las cuatro de la tarde atracamos en Gainsville. Dodge se quedó cuidando la nave mientras nosotros íbamos al pueblo, que es una ciudad universitaria donde Jim estudió literatura hispanoamericana, leyó a García Márquez y conoció al poeta Álvaro Tenorio. Nos volvimos a emborrachar en una taberna estudiantil recordando el viaje, y cuando estábamos regresando notamos que había bochinche en el puerto, justo alrededor del *Rochi*. Preciso en ese momento sacaban a Dodge esposado y lo metían a una patrulla de la policía. Él alcanzó a vernos y no quiso mirarnos para que nos enteráramos de la gravedad del caso. Creo que no piensa que nosotros lo hayamos entregado.

A Jim le contaron que habían cogido el velero en una inspección regular. En el piso habían quedado semillas de la marimba, además del olor de la yerba en las paredes. Lo uno era medio prueba, lo otro no. El problema más grave fue que los papeles de Azucena se quedaron en el *Rochi* y la policía sin duda los tiene.

Julio 12

Jim le contrató un abogado a Dodge, y Arthur le acaba de dar uno sobre otro doscientos cincuenta mil dólares. Resolvemos viajar hoy mismo a Blumington, Indiana, donde Jim tiene conocidos que nos pueden esconder en una casa de montaña.

Agosto 4

Termino aquí el diario. Son las cinco y quince de la tarde. Jim le compró a Azucena el Birth Certificate de una alcohólica. Desde hoy se llama Sharon, tendrá veinticuatro años y usará el pelo al rapé. Yo no sé para dónde coger.

La monja

Carabanchel, 21 de agosto de 1993

Amadísima Madre Superiora:

Yo, Mercedes del Padre Damián de Veuster, sierva de Nuestro Señor Jesucristo y esclava en él para la comunidad de las Hermanas Redentoras, a la que he entregado mi vida y he hecho votos de obediencia, pobreza y castidad, me arrojo a vuestros pies, llorando lágrimas vivas de dolor, con la esperanza de que en vuestra sabiduría e infinita piedad oigas mi súplica y aceptes mi sincero y profundo arrepentimiento. Sé que soy, como la que más, indigna del hábito que llevo, que lo he manchado y ultrajado, que mi pecado debe ser purgado en la cárcel porque he ofendido a mi prójimo, y que sólo el Altísimo sabe cuánto arrepentimiento y llanto me ha costado —y me cuesta— el error cometido. Me dirijo a vos segura de que acogeréis mis palabras y les daréis crédito, y de que como pecadora que soy, me permitiréis ser acogida en vuestro regazo para encontrar allí el perdón que imploro.

Amadísima Madre: haré a vos un relato detallado del viacrucis que he vivido desde que salí de vuestra amada misión en San Antonio, a orillas del río Guaviare, hace ya ocho meses. Ocho meses en que he escrito a vuestra reverencia sendas cartas exponiendo mi dolor. Hoy quiero y necesito comunicaros todos y cada uno de los padecimientos que alojo en mi pecho y, a manera de confesión, todos y cada uno de los hechos que rodean mi pasión.

Serví en San Antonio más de tres meses seguidos, llevando a ese oscuro rincón la luz del evangelio, hasta que un día la hermana Lourdes me comunicó que yo había recibido una dispensa para irme a vivir un tiempo en mi casa y hogar, donde mis padres ancianos,

rodeados de las virtudes que adornan su edad, me esperaban ansiosos. Obedecí, a pesar de que me causó un gran pesar dejar mis selvas y mis gentes amables y buenas unas, y pecadoras —como las que más— otras. Más dolorosa era mi partida en cuanto yo sentía que mi trabajo contribuía a llevar la obra de Dios a los hombres y que en mi ausencia las otras hermanas debían reemplazarme y aumentar su carga, pesada en sí.

San Antonio es un pequeño pueblo fundado por allá en los tiempos de la guerra con el Perú. Nuestra casa queda en la orilla del río y desde allí se ve cómo llegan falcas grandísimas cargadas con bagres que pueden medir hasta dos metros de largo y pesar ciento sesenta kilos. El Guaviare es un río muy rico en estos animales, y por más que el hombre los persigue a muerte desde hace muchísimos años, su pesca no merma. Los cazan los indígenas, y no digo los pescan porque matarlos es una faena en que vencen los arpones y los ganchos más que los anzuelos. Son indios buenos y limpios que respetan a Dios y a los hombres a pesar de haber sido tan perseguidos como los bagres por otros hombres, nosotros, los llamados blancos, que les negamos el título de prójimos y en ocasiones hasta de semejantes. Ellos antes pescaban lo que necesitaban; salían en su canoa por ahí a mirar la selva y sacaban sólo un par de peces, o cazaban una guatinaja. Nada les faltaba; yo digo que ni el santo evangelio, porque ellos saben escuchar la palabra de Dios a través de los murmullos de la selva y la corriente de los ríos. Quizá no sabían quién era Jesús, pero sabían amar a sus hijos y a sus ancianos. Tenían sus chamanes, que no enseñaban propiamente la Biblia, pero que sabían distinguir el bien del mal.

Hace cien años o más llegó el blanco a imponerles la locura del caucho; los obligaban bajo pena de muerte a ordeñar los siringales. Se les prohibió trabajar como antes, para que tuvieran que depender del blanco; se les hizo tener vergüenza de sus cuerpos desnudos para que tuvieran que comprar ropa; se les envició a la sal y al azúcar para que tuvieran que endeudarse con el comerciante; se les emborrachó con aguardiente y ron para que dejaran la chicha. Se les fue esclavizando y cortándoles los vínculos con su pasado, con su trabajo, con su comunidad.

Cuando pasó la fiebre de la siringa los pusieron a cazar y a matar cuanto animal de piel se moviera por la selva. Les cambiaban las pieles por la pólvora, por el aguardiente, por la sal. Un día llegó a estos parajes la coca y entonces los pusieron a trabajarla. Ellos la conocían y la usaban —como el blanco usa el café— para ayudarse, para no aburrirse, para hablar con sus dioses. Construyeron laboratorios en las orillas de los ríos y todo el mundo se dedicó a sembrar y a producir pasta. Los comerciantes de pescado empezaron a comprarla. Instalaron cuartos fríos para congelar los grandes bagres, que en realidad se volvieron maletas llenas de coca. Los pescados salían congelados con cinco y hasta diez kilos de coca en sus vientres. Había dos empresas aéreas para transportar el pescado. La policía le cobraba a una y el ejército a otra. Todo el mundo sabía que cada embarque de pescado era un embarque de coca y de eso vivía el pueblo.

Yo regresé a Bogotá en uno de esos vuelos. Salimos a las cinco de la tarde y aterrizamos a las ocho de la noche. El frío era terrible y el avión prácticamente una nevera. Una vez en el aeropuerto El Dorado trasladaron el pescado a unos camiones y se perdieron a toda velocidad. Eso lo hacían siempre.

En mi casa me recibieron con mucha alegría. No veía a mis padres desde hacía tres años, y tres años, para un par de ancianos, son mucho tiempo. Se pusieron felices de verme y sobre todo, Madre, de que usted me hubiera dado la dispensa de poder vivir con ellos. Mi hermana mayor, Amanda, me cedió su alcoba y todos se desvivían por atenderme. Mi padre había sido sargento del ejército hasta que lo dieron de alta y gastaba los pocos días que le quedaban de vida en jugar al tute con sus amigos, en hacer cola en los Seguros Sociales para que el médico lo viera, y en cobrar el cheque de su pensión en la Caja Agraria. Mi madre hacía todo lo que hace una madre: rezaba, ordenaba y limpiaba la casa, cosía, pero no cocinaba. Tenía una plata a interés y con los réditos pagaba una empleada para que le preparara de comer a mi padre tal y como a él le gustaba: sin sal, frío y simple como en el cuartel. Todos aprendimos a comer desabrido y de afán, porque mi padre comía como si estuviera saliendo para la guerra. Mi madre decía que cocinar para él resultaba muy desagradecido y por eso gastaba su plata en una cocinera.

Amanda trabajaba en un salón de belleza. Era una peinadora muy afamada en el barrio. Los viernes y los sábados le hacían cola las muchachas para que fuera ella quien les cortara el pelo o las peinara. Aunque no me gustaba el ambiente de la peluquería (las intimidades de las clientes me chocan), di en acompañarla y en aprender manicura. Pensaba que me sería útil aprender a cuidar las manos para ponerlas al servicio de la Eucaristía. En San Antonio, el primer domingo de cada mes llegaba desde San José el padre Eustaquio a celebrar la misa y nos obligaba a presentar las manos limpias y sanas para poder participar del sagrado acto.

Amanda es, Madre, una mujer bella. Tiene los ojos claros y las cejas espesas; ha sido muy loca en su vida y no ha querido casarse. Tiene amigos, muchos. Todos le proponen matrimonio, pero ella no los toma en serio porque dice que con las obligaciones vienen las penas. Me presentó a uno de sus más fieles admiradores, Otto —con doble t porque es hijo de austríacos—, quien dijo ser comerciante, constructor y exportador. Me pareció un hombre muy serio, de pocas palabras pero siempre atento. No le gustaba el trago, vivía con un hijo y parecía muy enamorado de mi hermana.

Una tarde nos invitó a conocer la Catedral de Sal de Zipaquirá. Yo no había ido nunca y siempre tuve la intención de admirarla porque Monseñor Augusto Aristizábal, mi tutor, me hablaba bellezas de ella y la consideraba como la octava maravilla. Nos fuimos, pues, con Otto y con Amanda. En Chía nos invitó a comer pandeyuca y en Cajicá paramos a mirar unos tapetes de lana virgen que quería negociar para mandar al extranjero, donde los pagaban muy bien. Mientras almorzábamos en la Hostería El Libertador, me hacía preguntas sobre mi vida en la comunidad, sobre mi trabajo, sobre mis necesidades. Yo le contaba todo porque me parecía un señor muy respetable, aunque Amanda no lo tomaba en serio.

Una semana después llegó a la peluquería. Nos esperó hasta que acabamos nuestros quehaceres y se ofreció a llevarnos en su coche a casa. En el camino me preguntó, sin malicia, si yo conocía España. Le respondí que nunca había salido del país porque aquí había mucho oficio, pero que en Valladolid teníamos la casa rectora. Le conté que la comunidad también tenía misiones en el África con los negritos y que

mi deseo era, algún día, volverme una sierva en ese continente. El ejemplo de mi vida era el padre Damián, tanto que mi nombre religioso, Madre mía, así lo recuerda: Mercedes del Padre Damián de Veuster.

—Hermana— me dijo—, tengo un viaje la próxima semana para Madrid. Voy a llevar una muestra de tapetes típicos de lana, pero se me está dañando el paseo porque para esas fechas llega mi hermana de la Argentina a visitarme. ¿Usted no podría ayudarme? Sólo es llevarme las muestras y ya. Yo le pagaría el viaje y además unos dos mil dólares para sus gastos y para compensar las incomodidades.

No le dije ni que sí ni que no. Pero me quedó sonando porque quizá estando en España podía pedir traslado al capítulo de Valladolid y saltar de ahí al África.

Madre Serenísima: le ruego que considere en su santa sabiduría la pureza de mi decisión. Duré más de ocho días orando a los sagrados corazones de Jesús y de María para que me iluminaran y puse en mi alma la plegaria de Santa Teresa:

> Vida dulce, sol sin velo,
> pues del todo me hundí,
> ¿qué piensas hacer de mí?

Dios lo coge a uno a traición y le manda la cruz con los emisarios más desconocidos. Usted conoce mi alma y sabe cuánto amor hay por servir, así mis capacidades sean tan escasas y mis luces tan cortas. Le respondí a Otto que bueno, que yo con mucho gusto le hacía el favor. Amanda me lo agradeció y en mi casa todos se pusieron felices, porque para todos era un honor que alguien de la familia tuviera la oportunidad de conocer el extranjero.

Otto me explicó los pormenores del viaje: en el aeropuerto de Barajas un señor llamado Samuel se me acercaría tan pronto me bajara del avión; me saludaría; yo le entregaría la maleta con las nuestras, él me llevaría a donde yo le pidiera y listo. Asunto terminado. Otto me daría los dos mil dólares con anticipación.

Mi error, Madre, que nunca pude enmendar y que nunca podré lavar, así vierta todas las lágrimas que quedan en mis ojos, fue no haber consultado con la santa comunidad, y en especial con usted, la

decisión que tomé. Quizá el demonio, que siempre se nos aparece como vanidad, me robó la palabra y me aconsejó no consultarle a Su Reverencia en Colombia sino anunciarle desde España mi decisión de servir en África. Quería darle una sorpresa para que no pudiese echarse para atrás. Yo lo tenía en secreto, y reconozco que mi aspiración estaba llena de soberbia. Es ese el pecado que tengo que purgar llevando aquí la cruz que llevo.

Le pregunté a Otto cómo haría don Samuel para saber que yo era la que era, y me dijo que muy fácil. Que yo iba a ir vestida como todas las monjas cuando viajan: falda larga y negra, camisa blanca, suéter negro. Él me había estudiado muy bien y yo no tenía que decirle más que sí a todo. Todo encajaba tan bien que yo no tenía por qué sospechar nada. Quizá el día del viaje me pasó, como una sombra, la duda de si yo llevaría de verdad muestras de tapetes. Pero al instante rechacé mi desconfianza como una mala inclinación hacia un semejante sobre el que no tenía derecho a sospechar nada malo, porque nada malo me había hecho.

La mañana del viaje Otto llegó muy temprano a la casa con dos maletas. Yo había pensado que era sólo una. Dos maletas grandísimas que abrió delante de todos y me dejó ver las muestras de tapetes. Todas eran justo del tamaño de la maleta. Me dijo que, claro está, él pagaría el exceso de equipaje. Me dio mil ochocientos dólares y cinco mil pesetas sólo para mí. Dólares para mostrar a las autoridades y pesetas para propinas y taxis, y para que no me pusiera yo a buscar el *Change*, bien cansada como iba a llegar a Barajas.

Me despedí de mi adorado padre con mucho amor porque, pensando como pensaba que partiría para el África, aunque nadie lo supiera, mi adiós podía ser el último. Le pedí de rodillas la bendición, escuché con amor sus consejos y me despedí de todos y cada uno de mis familiares porque sabía que mi ausencia iba a ser larga. Volví a sentir la arrogancia del que puede, del que es más, del que es admirado, y lloré mi debilidad y flaqueza.

En el aeropuerto no tuve mayores problemas. El avión me daba miedo por ser un vuelo tan largo, pero me consolé pensando que mi Dios la tiene a una destinada, y que contra su poder no cabe sino la sumisión. El viaje se demoró en Santo Domingo, donde debimos

esperar más de seis horas. Al avión se le dañó alguna cosa porque cuando aterrizamos sonó como si lo hubieran rasgado por dentro. Recé en la capilla del aeropuerto por todos mis semejantes y le rogué al Padre Damián que intercediera con su luz para que mis superiores aceptaran mi deseo de servir en el África. Habiendo servido en mi patria, en Puerto Mastranto, en los Llanos Orientales, en El Palmar de la Sierra Nevada, en el San Benito ecuatoriano y en Poparandó, en el noroccidente antioqueño, había cubierto los puntos cardinales de Colombia y quería encontrar, Madre mía, un Molokai para repetir con el Padre Damián: «Me hago leproso con los leprosos y si no puedo curarlos al menos puedo consolarlos».

Llegamos a Madrid de día. Yo había perdido la cuenta de la hora porque había visto amanecer y anochecer varias veces. Me bajé cansada del avión. Aturdida de tanto entresueño que había tenido llegué a la aduana y presenté mis papeles. Me preguntaron a qué venía; respondí que a pasar vacaciones. El guardia no encontró nada irregular. Cerró el pasaporte y me dijo:

—Felices vacaciones, hermanita. Adelante.

Recogí mis maletas y comencé a extrañar que don Samuel no se acercara a saludarme. En mi azore ni había preguntado cómo era Samuel. Me hice a un lado para no molestar. Todos me parecían ser Samuel. Pero no. Nada. Nadie aparecía. Yo no había contemplado esa posibilidad. Pensé en llamar por teléfono a Bogotá, pero me dio miedo no saber cómo hacerlo. Esperé más de una hora y me dije: «Bueno, como el vuelo se demoró y el señor no llegó, voy a un hotel y llamo a Bogotá». Cogí un taxi, le pregunté si me podía llevar a un hotel bueno y barato, y cuando estaba el coche arrancado noté que un guardia corría a nuestro lado.

—¡Deténgase! —ordenó.

Pensé que había olvidado algo en el andén, pero no. El guardia se dirigió a mí y me dijo:

—¿A usted le revisaron las maletas, Su Reverencia?

—Sí —le respondí—, ya todo está en orden.

—¿Quiere usted acompañarme?

—Sí, claro —le dije. Me bajé. Estaba rodeada de guardias. Un señor gordo, medio calvo, me habló:

—Usted es religiosa, ¿no es cierto?

—Sí, sí, señor. Soy hermana de la Congregación de las Hermanas Redentoras.

—Mucho gusto— dijo él—. Yo soy Samuel. Casi se nos escapa con el alijo, ¿no?

—¿El alijo? —pregunté yo—. Usted me confunde. ¿Qué es eso? Si yo traigo para usted las muestras de tapetes que le mandó don Otto.

—Ajá, muy bien, muy ingeniosa. Vamos a ver la muestra que nos mandó el amigo Otto.

Abrieron las maletas y registraron mis cosas. Yo me ruborizaba al ver que los guardias miraban, examinaban y olían cada una de mis prendas. Le dije a don Samuel:

—Usted sabe quién soy. Por favor, explíqueles quién soy. Señores: no me traten así. ¿Qué es esto?

¿De qué se trata? ¿Qué buscan?

Uno encontró el hábito, lo sacó, lo desdobló y lo extendió delante de todos:

—Aquí está, es ella a quien esperábamos: la monjita. Su Reverencia, ¿qué trae en las maletas?

—Tapetes —dije—.

—¿Tapetes? Miremos. Miremos los tapetes —dijo don Samuel, y comenzaron a sacarlos.

Yo seguí tranquila aunque cada vez más preocupada. Los tapetes venían cosidos unos con otros y entre uno y otro, también cosida, una bolsa larga y delgada de plástico que tenía muchos compartimientos aplanados. Todos me miraban. Yo no atinaba a entender qué era lo que venía en esas bolsitas tan bien empacadas. Los guardias se reían y me miraban. Fueron reuniendo el polvo y poniéndolo en una pesa. Una pesa, amadísima Madre, igual a la que usaban en San Antonio para pesar la coca. Entonces caí en cuenta de que lo que yo traía era coca, pura coca. Era el alijo del que se burlaban. No tenía nada que decir, nada que explicar. No podía decir que no traía lo que traía. El médico legista dijo:

—Eso le da, hermanita, entre dieciséis y veinticinco años, dependiendo de su colaboración.

Un guardia frente a mí contó los mil ochocientos dólares y las mil

pesetas. Otro guardia se me acercó, me pidió que extendiera los brazos y me puso las esposas. Yo me vine en llanto. Me llevaron a una oficina donde apuntaron todos mis datos y me hicieron un interrogatorio de más de dos horas. Lo que no sabía, Madre mía, era que estaba escribiendo mi expediente y que una no escoge la cruz que ha de llevar porque si así fuera no sería cruz.

Me llevaron esposada y arrastrando como podía mi maleta de ropa; las otras, donde venían los tapetes, o el alijo, se quedaron como parte del expediente. A la una de la mañana entré a lo que después supe que se llamaba la Plaza de Castilla. Me aislaron en una celda. Allá llegó una doctora, abogada de oficio, a aconsejarme que negara todo, que no era justo, que yo no podía pagar por otros, y después me permitieron hacer una llamada. Mi hermana Amanda comenzó a gritar y a decir que cómo era posible semejante crimen conmigo, que iba a matar a Otto, que iba a sacarle los ojos. No pudo, porque Otto no volvió a dejarse ver.

No pude yo tampoco decir mayor cosa sobre Otto porque —la verdad brille—, nada sabía distinto a lo que he dicho y eso era insuficiente para ser tomado por la autoridad como una colaboración. Pero no podía mentir. A Samuel, a don Samuel, le dije mirándolo a los ojos:

—¿Usted para qué hace esto? ¿Usted para qué hace sufrir a otros? ¿Usted para qué quiere ganarse la vida de manera tan miserable? ¿Puede usted querer a sus hijos con ese corazón tan sucio?

Me dio una bofetada. No volteé la cara para que me diera otra porque de la rabia, Madre, olvidé que Cristo había sepultado el «ojo por ojo» para hacer nacer la «otra mejilla».

Me llevaron luego a una celda donde había unas gitanas que gritaban y se arrancaban el pelo a tirones. Las habían detenido vendiendo heroína, que en España llaman caballo. Tenían «la mona», un ataque de nervios que da por consumir drogas. Estaban como locas. Vomitaban y gemían. Sólo una, llamada Victoria, lloraba sola, arrinconada sin hacer ningún escándalo. Me miraron como si no hubiera entrado, pero se fijaron en la maleta que arrastraba. Al rato se me acercó una que llamaban Feliciana y me gritó:

—Todo lo que hay en el baúl es nuestro, y quítate lo que llevas

puesto porque también es de nosotras.

Botaron todo al suelo y se lo fueron repartiendo, poniéndose una cosa encima de la otra. Victoria seguía llorando en su sitio sin entrar en la fiesta, y Feliciana me agarró del pelo y ordenó que me desnudara y me pusiera el hábito. Obedecí por miedo a que me hicieran algo, y cuando me quité la ropa todas, hasta Victoria, soltaron la carcajada. Tanta alharaca llamó la atención de la guardia, que se acercó a mirar por el ojo de la puerta, y al rato el director de la cárcel me envió el uniforme del penal, un vestido verde y unas zapatillas negras. Me sentí como saliendo del purgatorio.

El juez me condenó, sin que yo protestara, a ocho años, tres meses y un día. La única prueba que existía contra mí era haber cargado una maleta con coca. De los dos kilos que habían aparecido en el aeropuerto faltaban 328 gramos que se quedaron enredados entre Samuel, los guardias y quién sabe quién más. Me acusaron de ser miembro de la línea San Jacinto. Yo no entendía la acusación, pero después vine a saber que se trataba de una cadena de narcotraficantes colombianos que metían droga a España. De vez en cuando esos malvados mandan a una persona delatada. Los guardias, los investigadores y la brigada antinarcóticos —que tienen todos negocios con los grandes de la droga en Colombia— arreglan las cosas para que alguien caiga y así pueden esconder su colaboración con la mafia. Yo salí delatada desde Bogotá y me escogieron a mí, Madre, que era religiosa, porque con ello mostraban su habilidad como investigadores: hasta una monja caía en sus manos. Eso lo supe hace poco, porque en prisión todo se sabe. Todo. Una prisión es tan abierta hacia adentro como cerrada hacia afuera. Aquí, Madre mía, nada se puede esconder.

Como usted sabe, yo vi la luz primera en Abriaquí, un pueblo que nunca conocí porque muy poco después de haber nacido a mi padre lo trasladaron a Frontino, donde crecí y me crié. Soy pues, me gusta recordarlo, de la misma raza antioqueña de la eminentísima Madre Laura Montoya, fundadora de la Orden de Las Lauritas. Frontino es un pueblo martirizado por la violencia donde todo mundo es minero, fue minero o quiere ser minero, pero donde nadie se ha vuelto rico siendo minero. Terminé mi bachillerato en el Colegio de La Presentación y quería estudiar para maestra cuando un buen día, como a las cuatro de

la tarde, venía subiendo por la carretera central a pie, sola, y de golpe, mirando la tarde, sentí el llamado del Espíritu Santo, huésped de las almas, consuelo en el llanto, plácida sombra en el tenaz calor, quien con su luz iluminó mis sentidos. Una gran nube tapaba el sol pero dejaba que grandes corredores de luz atravesaran el firmamento. Oí un largo trueno y dije: «Señor, os seguiré hasta el fin de mis días». El párroco de Frontino, amigo que era de Monseñor Augusto Aristizábal, por aquel entonces deán de la Catedral de Medellín, me dio una carta para él después de hacerle conocer mi decisión y el modo en que el llamado se me hizo. Monseñor me dio alientos, me pidió reflexión y modestia, pero me dijo que si en tres meses persistía buscando el camino del sacrificio, él me ayudaría. Me aconsejó leer las vidas de los santos y me regaló la biografía del Padre Damián.

Tres meses después no tenía duda. Mi fe se había fortalecido y en mi decisión no había reversa posible. Quería ser misionera, quería poner mi vida al servicio de la propagación del evangelio. El problema era que siendo mi padre un honrado agente del orden, no tenía cómo conseguirme la dote. Cuando así se lo dije a Monseñor, me tranquilizó:

—Hija, Dios proveerá para esos requisitos. La voluntad es el verdadero oro.

Por eso, Madre, un día golpeé en la casa de las Hermanas Redentoras en Medellín. Huida del hogar, es cierto, pero obedeciendo el llamado de Dios, allí comencé mi vida religiosa. Escribí a mis padres contándoles y a los seis meses estaba de postulante en Popayán. Aprendí a permanecer en silencio. Fue difícil. Una vive llena de voces, voces que gritan y voces que mandan; voces que alaban y voces que amenazan; voces que son nuestras y a la vez no lo son. Si el silencio no se gana afuera, nunca llega adentro. Me lo enseñó la hermana Elisa. Fue un tiempo que defiendo y que aquí en Carabanchel me ha dado la fortaleza necesaria para no desfallecer y tomar mi cautiverio como una obra misionera. En Medellín, después de mi noviciado, fui recibida como joven procesa.

Todavía recuerdo aquella mañana llena de sol en que tomamos el hábito. Los pasos para llegar al altar fueron catorce; las novicias duramos acostadas en el suelo treinta y tres minutos con la cabeza puesta sobre una corona de espinas y los pies en un lecho de rosas,

aceptando que el sufrimiento es purificado por el fuego. Cuando acabaron de sonar las veinticinco campanadas que anunciaban al mundo que viviríamos en él sin pertenecer a él, que moriríamos para las vanidades del hombre y naceríamos para la gloria de Dios, sentí que los coros celestiales cantaban el Hosanna y, cuando me colocaron las clavijas, sentí toda la alegría de ser esclava de Cristo.

Fuimos destinadas a Mutatá. Yo lo conocía desde niña porque es con Dabeiba otro de los grandes pueblos del noroccidente antioqueño. Allá sólo permanecí unos pocos días, los necesarios para preparar con la hermana Martha la fundación de la misión de Poparandó, un río que bota sus aguas al Atrato. Fuimos a hacer lo que hace una misionera: fundar un puerto de luz evangélica. Lo hicimos tal como nos lo ordenaron y tal como, usted sabe, es costumbre en nuestra orden: empezando de cero. La hermana Betsabé, que conocía como nadie la región, nos había instruido a fondo sobre cómo llegar, dónde llegar y a quién pedir ayuda.

Poparandó es el nombre de un pedazo de selva que hace parte de un resguardo embera. Nos quedamos en un playón vecino a unos tambos habitados por negros. Cuando llegamos con la hermana Martha, estaban cantando alabaos a un bebé muerto la noche anterior. Los padres, acompañados por toda la comunidad, velan a los niños difuntos la noche entera. Rezan, cantan y beben ron. Los cantos por los niños recién muertos son muy bellos. Llegan muy adentro. Todos dicen que el difuntico se volverá un angelito y le dan gracias a Dios por haberlo salvado de la esclavitud de este mundo. Hay en los negros una fe muy grande recogida en canciones tristes que siempre recuerdan su pasado. No hay que olvidar que nosotros los blancos los sacamos a la fuerza de un medio que, según entiendo, es muy parecido al de nuestras selvas; los pusimos a trabajar a punta de látigo en las minas —un trabajo desconocido por ellos—, y les prohibimos hablar su lengua, tener sus leyes, apoyarse en su familia. Nosotros tenemos con ellos una deuda muy grande que quizá nunca podamos pagar. Las Hermanas Redentoras, usted bien lo sabe, creemos que los caminos hacia Dios son infinitos y no tenemos por qué imponer uno u otro, ya que el pecado de la arrogancia no es sólo personal sino también colectivo, de un grupo, de una comunidad religiosa, de un país.

Tan pronto echamos pie a tierra, como Redentoras que somos, nos pusimos a hacer casa, a construir un cambuche dónde dormir y dónde comenzar nuestra obra misionera. Cortar una vara no es fácil, cortar muchas es difícil, y hacer huecos para enterrarlas unas con otras y amarrarlas es casi imposible para personas acostumbradas a dar por hecho lo que es más necesario para sobrevivir. Lo mismo digo, Madre, del arroz. Una no sabe la cantidad de trabajo que hay detrás de un plato de arroz: tumbar y limpiar un lote al lado de un río, conseguir la semilla, preparar la tierra, rogarle a san Isidro que llueva a tiempo y ni mucho ni poco, espantar a los pájaros para que no se coman la semilla, recoger las espigas, pedirle a san Lorenzo que ayude a separar el grano de la paja, pilar luego y golpear con el pilón el grano para que se suelte de la vaina y por fin, ir por leña, hacer fuego y no dejar ahumar. Cualquier cosa que hacíamos para sobrevivir era un aprendizaje en el sufrimiento, una oportunidad para mirar nuestra veleidad, un medio para edificar nuestra nueva vida y ponerla al servicio de los negros y de los indios.

Nuestra obra en Poparandó fue creciendo poco a poco. La comunidad nos fue abriendo camino hasta hacernos parte de ella. Compartíamos necesidades; las materiales nos las ayudaban a resolver, las espirituales les ayudábamos a encontrarlas en el camino de la fe y la esperanza. Vivimos dos años con ellos, Madre, y dejamos hecha una obra que no fue propiamente una iglesia sino el principio de un vínculo. Con los muchachos de la guerrilla, que a veces pasaban por la casa misional —un rancho con una cruz y una mata de azalea traída de Medellín—, hablábamos de lo que para ambos es la entrega a la causa, llámese Dios, llámese prójimo, llámese revolución. La dificultad y el sacrificio en mí y en otro son los mismos y la fe, así esté puesta sobre fuerzas diferentes, es la misma.

El mismo vínculo construimos en Puerto Mastranto, Arauca, a donde fuimos trasladadas. Allí, como recordará, nos conocimos, siendo usted la superiora de la obra y rectora del internado. Recordará mi trabajo y mi celo por hacer más útil al amor nuestra misión con los indios sálivas, con los colonos, con los llaneros. Recuerdo la tarde en que, mientras hacíamos las manualidades que usted nos recomendó, se tomaron el pueblo los muchachos de la guerrilla. La casa nuestra y

sobre todo la capilla fueron usadas como trincheras para dispararle a la policía, a pesar de nuestra protesta y nuestra indignación. Nosotras ya los conocíamos, y aunque las armas que cargaban no nos gustaban, tampoco les teníamos miedo. Sin embargo, en Puerto Mastranto las vimos disparar; sentimos toda la fuerza de destrucción que tienen y vimos cómo fueron acabando con la estación de policía, cómo obligaron a los agentes a rendirse y cómo juzgaron a gritos al sargento y lo amarraron. Todas las hermanas llorábamos y le rogábamos al comandante que no lo fuera a matar, que eso sería un asesinato, que la revolución debía ser ante todo cristiana y saber perdonar, pero no logramos conmoverle el corazón. Asesinaron al sargento. Nosotras lo enterramos y lo lloramos sin lágrimas, ya que las lágrimas las habíamos llorado todas.

De Puerto Mastranto me dirigí a San Benito, un pueblo que, aunque queda en el Ecuador, es colombiano. Allí llega nuestra gente, sobre todo indígenas de Túquerres, Cumbal y Guachucal, y de las regiones de Tumaco, del Patía y Guachicono, a trabajar en las plantaciones de palma, en los cultivos de algodón y sorgo, en la minería. Es un pueblo caliente, lleno de movimiento y de vicios. Hay prostitutas y ladrones, cantinas y bares, comercio de contrabando y calles llenas de algarabía. Nadie obedece a la policía ni le hace caso al cura. Para nosotras hacer nuestra obra en un mundo lleno de afán por el dinero es un gran reto. Hacernos notar, hacer un eje, era casi imposible. Nadie nos ayudaba porque todo el mundo andaba haciendo lo que tenía que hacer para llevar unos pesos a sus casas en Colombia. Nos tocaba trabajar en silencio, sin que nadie lo reconociera y sin la esperanza de ser escuchadas. Lo más difícil de todo era tener que ir al basurero a buscar desechos de alimentos, porque nadie nos daba limosna para sobrevivir. Los comerciantes nos echaban a gritos de sus negocios; la policía nos vigilaba de día y de noche, y todo porque habíamos descubierto que unos con otros habían asesinado a un indígena. Fueron días de mucha soledad porque las autoridades colombianas no quisieron encargarse del caso y las ecuatorianas tomaban nuestro testimonio como un ataque a su patria. El asesinato de trabajadores y de jornaleros es una historia que se repetía y se repite en San Benito sin que nadie la denuncie. Sufrimos mucho, y por eso descansé cuando me trasladaron

a El Palmar, en la Sierra Nevada, donde me alivié de todos los males.

Por unos días, porque allá estaba sembrado también el mal, que llevaba el nombre de marimba. La manejaban los hermanos Pérez. Tolimenses ellos, primos hermanos de Teófilo Rojas, quien se hizo célebre como Chispas. Habían llegado perseguidos por la violencia. Se fundaron y sacaron adelante su trabajo, se hicieron ricos y conocidos. Cuando apareció la marihuana la cogieron por su cuenta y mantenían plata y fama. No les quedó difícil dar a los colonos semillas para cultivar y sacar pacas de hierba que compraban en El Palmar y vendían en Ciénaga. Como sabían de armas, no les quedó tampoco difícil hacerse respetar de los costeños que la compraban y la embarcaban para el exterior, y como las armas atraen otras armas, tampoco les quedó difícil hacerse amigos del capitán del ejército que tenía su base en el pueblo y asesinar cosecheros para no pagarles. Sembraron de muertos El Palmar, La Tebaida y Año Entrante. Después, cuando pasó la marihuana, llegó la guerrilla. Los Pérez, ricos en casas, en negocios y fincas, organizaron uno de los primeros grupos de paramilitares que hubo en la Sierra Nevada. Los muertos siguieron contándose por decenas. El sufrimiento de los campesinos era grande y nuestro trabajo difícil entre tanta sangre. Sentí mucho dolor cuando el Capítulo me pidió que me fuera a trabajar a San Antonio, ya que en El Palmar no había podido sembrar ni siquiera una esperanza.

Me gusta escribir, Madre, estos recuerdos, porque me hacen vivir de nuevo mi país; porque a pesar de la sangre y del dolor, allá sigue amaneciendo y la gente sigue burlándose de su propia adversidad. La gente vive y, por eso, la matan. Y entre más la maten, más fuerza y valor cobra su vida. Cada vez que aquí llegan colombianas —y llegan cada rato—, yo me les cuelgo para que me cuenten qué pasa en la tierra, porque ellas traen el país a cuestas.

Cuando entré a este lugar, que el sufrimiento va volviendo santo, creí que me estaba volviendo loca y que todo lo que vivía era mentira. Sin embargo, traía arrastrando un hilo que me conectaba con mi gente; traía todavía frescas las sensaciones de la última noche en familia; el rostro serio de mi padre, despidiéndose de mí desde lo profundo de sus ojos, con la certeza de que no me volvería a ver; el beso de mi santa madre, siempre sufriendo, siempre apoyando a todos

sus hijos, siempre pendiente de nuestra suerte; el ánimo de mi hermana, que veía en mi viaje algo así como un acuerdo entre ella y Otto. Pero además traía pegada a mi alma la fuerza con que crece la selva en el Guaviare, la claridad del aire de la Sierra Nevada, el llanto de los niños negros, el tuteo de los indígenas de Cumbal, el frío del avión que saca el pescado y la coca de San Antonio, la misma coca que traen las mulitas entre sus barrigas o entre sus maletas a Madrid. Llega una aquí con toda esa vida, y aquí se vuelve melancolía.

No olvidaré, Madre, el momento en que crucé las puertas de Carabanchel, una tras otra. Se abrían como tragándome y se cerraban haciendo un ruido seco que resonaba en la galería como una campanada en misa de difuntos. No olvidaré tampoco el encuentro con el chabarro, como dicen en España, donde debía permanecer ocho años: un cubículo de dos metros por tres con veinte, donde vivimos dos mujeres dejadas de nuestras familias, olvidadas por nuestra gente. Ella se llama Mónica; tiene cuarenta y cinco años y lleva cerca de cuarenta meses de encierro. Es bogotana, casada y con tres hijos. Me acogió en su regazo desde que entré. Me presentó a las demás y me contó los pequeños secretos que uno necesita para vivir:

—Tú aquí no eres una monja, eres una colombiana que tiene que hacerse respetar como tal. Las colombianas aquí somos un grupo que se defiende por los cuatro costados, espalda con espalda. Esos cuatro costados son, en primer lugar, la guardia penitenciaria, que busca siempre joderte y anotarte los partes negativos que valen tres meses de prisión extra cada uno. Las guardias nos odian porque no bajamos la cabeza. El segundo costado son las españolas que, estando en su tierra, creen que nosotras somos las indias que descubrió Cristóbal Colón y nos tratan como huéspedes fatales. El tercer costado son las gitanas. Cuídate de ellas porque no reconocen a nadie y a nadie respetan; para ellas los *collai*, los no gitanos, somos sus enemigos. Manejan el mercado del caballo o heroína. El cuarto costado son las negras. Son violentas y fuertes y controlan el mercado del hachís. Con todas, incluidas las guardias, debes hacerte respetar: no hacer chanzas, no bajarles la mirada, no entrar en negocios. Aquí los negocios que tengas que hacer los haces con tus paisanas o con nadie. Nosotras manejamos los destinos de trabajo que ayudan a pagar más rápido las penas;

manejamos la basura de este establecimiento, la limpieza y la higiene de las galerías, las secciones de ebanistería, costurería, panadería y lavandería. Somos mujeres que hemos trabajado toda la vida y si estamos aquí es porque dimos un paso en falso y no por viciosas y corrompidas, como las españolas. Muchas de nosotras hemos estudiado aquí en España en la Universidad de Educación a Distancia, en el Instituto Nacional de Bachillerato a Distancia y en el Centro Nacional de Educación a Distancia. Aquí se han graduado colombianas en leyes y en literatura española; muchas han hecho su bachillerato; algunas hasta han aprendido a leer y a escribir, y no faltan las que no permiten que sus familias sepan que están presas sino que sostienen el engaño de que están estudiando y llegan a Colombia con sus títulos. Nosotras las colombianas somos las que más rendimos y a las que menos partes nos ponen, a pesar de que viven buscándonos el quiebre. Porque para la gente de aquí, coca y Colombia son una misma cosa.

Mónica es una mujer gruesa, llena de fuerza, que no sabe rezar con los labios sino con los brazos. Es nuestro centro. En ella lloramos y a ella acudimos; nos consuela y nos defiende. Dice haber querido mucho a su hombre hasta que, pasado el tiempo, el alcohol lo fue dominando, lo doblegó y entonces ella se abrió y se encargó de la casa, de los hijos y de las deudas. Pero las deudas le fueron ganando la carrera y los abogados le iban a quitar la casa. Dijo: «No. Yo la salvo», y aceptó hacer un viaje. Se ganaba cinco mil dólares por traer la coca y ella, con obligaciones y con la amenaza de tener que vivir en la calle, decidió aceptar la oferta y venirse cargada en una recua.

Se vino como todas. Para los narcotraficantes somos puras maletas, como lo son, Madre, los bagres del Guaviare. Nos usan como recipientes ambulantes y nos dejan botadas si caemos, a pesar de que nos prometen todo tipo de garantías y de ayudas. Yo he resuelto aceptar que fui usada, que soy por tanto una mula más, aunque con eso no reconozco haberme prestado consciente y voluntariamente a traer la coca. Fui engañada, como muchas, y he resuelto aceptar que soy mula porque debo pagar mi pecado como todas las demás mujeres que estamos aquí, sin dejarme tentar por la vanidad de ser religiosa y por tanto superior o distinta a las otras. Las Redentoras debemos ser pueblo sufriente y aceptar el sufrimiento de los demás sufriendo como

los demás, y no desde lo alto de la vida religiosa, viendo a los otros desde un pedestal. La única manera de saber ayudar al rebaño es siendo ovejas, y no sólo ovejas blancas y rizadas, sino cabras negras, chivas y hasta lobos.

Y así, por necesidad, Mónica aceptó montarse cargada de droga en el avión. Les dijo a sus hijos que iba a comprar mercancía para revender. No había acabado de levantar el vuelo cuando a una compañera que ella no conocía le comenzó como un trastorno con mareo. Las azafatas, que son duchas en pillarse los males, le dieron leche caliente, que dicen que revienta las bolsas, la niña comenzó a llorar desesperada y luego a gritar y a gritar. Entró en pánico. Todo el avión se enteró. Una azafata le aconsejó que soltara las bolsas para que no se muriera, y la pobre muchacha corría del baño al pasillo y del pasillo a la cabina pidiendo auxilio. Otra niña se impresionó tanto que confesó que ella también estaba cargada y entonces entró en pánico y contagió a todas, o casi todas las demás. El avión se volvió una casa de locas. Cogieron toda la recua, incluyendo a Mónica que, como las demás, empezó a sudar. Luego le entraron escalofríos, hasta que terminó entregándose. Era una nave de Iberia y por lo tanto española. Así que en Santo Domingo, bajo la custodia de la policía, las trasladaron al hospital, las llevaron en voladas a soltar las bolsas y, luego de limpiarles el estómago, las remitieron presas en el mismo avión, que debió esperar seis horas a que las mulas se recuperan. Eran ocho niñas y todas llegaron a España con las bolsitas en la mano.

Los primeros días, Madre, fueron días duros, largos y oscuros porque eran de invierno. Yo tenía mis remilgos y me reprochaba todo el santo día, me inculpaba y me acusaba a mí misma hasta que descubrí que cargarse de culpas es una manera de no aceptar el peso de la cruz. El momento en que caí en cuenta de mi propia trampa fue milagroso. Ocurrió el día del cumpleaños de la infanta, la hija del rey, que en las cárceles españolas celebran repartiendo cerveza con la comida. Cuando me dieron la mía una gitana me rapó el vaso y trató de bebérsela. Yo me paré y la empujé. Ella me dio un puño y después otro, me botó al suelo y me cogió a patadas hasta que llegó la guardia y me sacó a empujones del comedor. Me llevaron a la celda de castigo y me dieron tres días de encierro. A ella, por ser paisana de las

guardias, no le dijeron nada. Así que salí resentida y armada de valor y al poco tiempo me crucé con la española en un pasillo. La miré, me le acerqué sin miedo, le doblé un brazo, la llevé a la fuerza a los baños y allá le mostré quién era yo. Estuvo tres días en la enfermería. Yo no soy fuerte, Madre, pero tenía que intentarlo y aceptar, peleando como todas, las reglas del juego de la vida en cautiverio. Desde ese día me llaman las otras reclusas «Aquí-no-volveré». Nadie sabe quién me puso ese sobrenombre, y menos por qué.

Sintiéndome parte del penal y de las penadas, encontré abrigo. Me ofrecieron un destino que me tocó el alma desde el primer día: trabajar en el kinder de los gitanos, que son como una gran familia. No se separan ni se dejan separar. Cuando uno se enferma, todos van al hospital y el hospital se llena; cuando uno cae preso y lo traen a Carabanchel, los demás se paran en una loma que hay al lado del penal, desde donde se alcanza a ver el último piso del edificio, y desde allá le gritan lamentos que son como llantos largos. El preso les contesta y así se la pasan todo el día. No se abandonan y no están solos en la cárcel, así duren veinte años. Siempre hay gitanos en la loma, acompañando a los que han perdido la libertad. Es muy triste, Madre, pero al mismo tiempo muy bello.

Victoria, la gitana que se mantenía llorando en un rincón el día de mi ingreso, cuando me robaron mi ropa, es una persona a quien el marido no ha abandonado un solo día. Llega temprano todas las mañanas y comienza a llorar sus penas y a gritarle sus amores. Ella le contesta lo mismo. Uno grita, mejor diré que canta, y la otra le responde. A veces las dos voces se encuentran y forman un dúo que le deshace a uno el corazón. A veces pelean, a veces se reprochan y creo que hasta se ofenden. Uno no entiende sus palabras porque hablan «calé», pero las siente.

Victoria cayó vendiendo caballo. Su esposo Manuel había sido su novio desde que tenía cinco años. Vivían en Sevilla y desde niños estaban destinados por los viejos de ambas familias a ser marido y mujer. Se veían sabiendo que algún día se tenían que casar, y cuando llegó por fin la época del matrimonio, las mujeres viejas se reunieron y consultaron con los ancianos si ya había llegado el tiempo para que Victoria dejara «caer la gota que florece». Ellos dijeron que sí —

Manuel tenía quince años y ella catorce— y se arregló la fiesta. El padre del novio pagó la dote por la novia, que en este caso fue un automóvil último modelo —en vez de un caballo andaluz, como se hacía antes—, y llegó el día de la celebración. Desde temprano comenzó la fiesta, que duró hasta tarde, hasta que las mujeres les hicieron una seña a los jóvenes para que esperaran en la calle y al resto de la familia para que dejaran solos a los recién casados. Victoria y Manuel se fueron a la alcoba. Todos esperaban que ella saliera al balcón y mostrara la falda manchada con la gota de sangre, pero como no lo hizo los jóvenes dejaron las chanzas y los mayores comenzaron a afilar sus navajas. El tiempo pasaba y Victoria no aparecía, hasta que los hermanos de Manuel desenvainaron sus cuchillos y se fueron a cobrarle en sangre al padre de Victoria la sangre que no había manchado la falda.

Manuel y Victoria, avergonzados, huyeron. Nadie los vio salir, a pesar de la vigilancia. Se fueron a Jaén y allí vivieron odiándose, hasta que un día Manuel compró una revista de sexo para aprender cómo era el cuerpo de la mujer, para saber qué se escondía debajo del corpiño. Pasó el tiempo y regresaron a Sevilla. Nadie los trataba, nadie los saludaba. Habían sido expulsados de la tribu, pero una tarde la mujer más vieja salió gritando al balcón y mostró la falda con la gota hecha una gran flor, seca ya, pero tan grande y brillante que parecía viva. La tribu se fue reuniendo poco a poco. Abrazaban a la pareja, la besaban; llegaron los músicos, los viejos y, después de tres meses, la fiesta suspendida volvió a reanudarse. La pareja salió a bailar la alegría del llanto, que es el verdadero baile de los gitanos.

El trabajo con los niños gitanos, Madre, me fue agarrando tanto que se me perdió la cruz, y entonces solicité que me permitieran trabajar en el hospital atendiendo a los enfermos de Sida. El ejemplo del Padre Damián con los leprosos me muestra el camino, y por eso dedicaré hasta el último de mis días de prisión a acompañar a los pobres condenados, a hacerlos sentir seres humanos muriendo y no trastos vivientes. Acompañar a los moribundos en su hora suprema es un acto final de amor, porque la muerte es la única experiencia de la vida que no es compartida. Mi presencia en la muerte de otros es para mí la manera de no olvidar mi cruz, de no sentirme una simple condenada.

Madre mía, a sus pies suplico que leáis esta comunicación ante el Capítulo de Bogotá, próximo a reunirse. La comprensión de ustedes es el perdón y el perdón es para mí un nuevo nacimiento. Yo expío aquí no sólo mi pecado sino el pecado de los míos, de mi gente. Llevando mi cruz ayudo a mi pueblo a cargar la que han puesto sobre sus hombros.

Resignada espero,

Mercedes del Padre Damián de Veuster
Hermana Redentora y Sierva de
Nuestro Señor Jesucristo

El muñeco

Llegué a Leticia coronado. Quería dejar todo lo que había sido y hecho atrás, en el baúl, y volver a meterme en la vida. Necesitaba ahuyentar el miedo que venía sumándose, sumándose, junto al gran río, mirándolo pasar.

Cuando niño mirar las aguas del Cauca en La Virginia, donde nací y me crié entre mujeres, porque a todos los hombre los habían matado uno a uno, me devolvía el resuello. Las mujeres me cuidaban como un pecado. No me dejaban salir de la casa ni ver a nadie. Jugaban conmigo sus juegos y no los míos. Me vestían de marinero, me hacían crespos con agua de limón y linaza, me cambiaban de nombre. A mí me gustaba mirar las fotografías que estaban colgadas en el salón y que eran solamente de hombres. Todos habían muerto y todos tenían barba. Los de las fotografías más borrosas habían muerto en las guerras de los Mil Días, que mi abuela llamaba grandes, y tenían una cinta negra en una esquina; otros que se fueron y nunca volvieron tenían una cinta verde; y los demás, que eran muchos, habían sido asesinados en la Violencia y tenían una cinta roja. Mi abuela, después de rogarle y de llorarle, me abría el salón y me acompañaba a mirar los retratos. A veces me decía: «Él murió en Enciso peleando contra el general Reyes; este otro murió en la llanura de Garrapata peleando contra el general Marceliano Vélez». Sobre los que nunca volvieron decía: «Éste tenía ojos grandes; aquél labios apretados», y a los que tenían cinta roja ni los mentaba. Salíamos en silencio. Ella cerraba con llave el salón y yo me iba a mirar los caballos. Tres alazanes que nadie montaba, pero que había que darles salvado todos los días y cepillarlos los sábados. Me gustaba ayudar a echarles agua y a peinarles la cola.

Mis tías eran tres: Lucila, Graciela y Dora. Eran jóvenes y a mí me parecían lindas, sobre todo Dora, que tenía los ojos verdes y las manos frías. Cada noche me acostaban en la cama de una, y el domingo me

rifaban. A Lucila le gustaba que le acariciara los hombros, a Graciela que le cantara una ranchera que me había enseñado, y a Dora que le calentara los pies. De noche eran puros besos, pero de día me ponían a hacer oficios y terminaba llorando a orillas del Cauca.

* * *

A Leticia había llegado de Nueva York, donde trabajaba el «quieto», una parada que me había enseñado Angelino Becara, de Marsella, Caldas, y que consistía en ponerle la punta del fierro al pinta en el ombligo y decirle «¡quieto, hijueputa!». Le había cogido confianza en Ibagué y Pereira, y fue quien me ayudó a irme para Nueva York. Ferié el trueno, salí del plante e hice maleta. Llegué con quinientos dólares y unas ganas de trabajar que no me aguantaba entre el avión. Tenía sólo una flecha: un colombiano que vivía en Brooklyn, llamado Amadeo. Una pinta seria que me cambió sin chistarme palabra cuatrocientos cincuenta dólares por una pistola Falcon 357, de seis y media pulgadas y doce tiros: las llaves de la ciudad.

Me puse a conocer la plaza, a trabajar de ojo su movimiento: qué hacía la gente, cómo caminaba, qué llevaba, por dónde iba. Pura sicología. Entraba a los restaurantes, a los bares, observando, moviéndome como un gato, hasta que en una barra oí hablar colombiche en inglés. No había caso, tenía que ser paisano. Me voltié y estaba el hombre ahí, garlando en ese inglés que se entiende en español. Era un paisa de Angelópolis. Me hizo confianza y al rato ya me había dado varias pistas: los israelitas que saben llevarse los diamantes de las joyerías entre las uñas, y los rabinos que cargaban entre sus maletas de cuero dólares para comprar joyas robadas. No había pierde: o llevaban billetes o llevaban diamantes. Eran fáciles de distinguir porque usaban sombreros negros, patillas encrespadas y abrigo largo, negro también. Pintas claras. El cuento consistía en seguirlos cortico hasta que pasara alguno por delante de una cabina telefónica y entonces «¡quieto, hijueputa!». Se empujaba al hombre a la cabina con la Falcon, se le bajaba la maleta y se le seguía apuntando hasta que uno se perdía. No fallaba ninguno: cinco mil, seis mil dólares, o diamantes, o joyas en oro. A los ocho días tenía ya más de

cincuenta mil dólares. Trabajaba entre la 40 y la 55, entre cinco y seis de la tarde; el resto de la noche trago, ful chimbas y *shoping*.

Conocí a otro colombiano al que le decían Tuco, nacido en El Águila, norte del Valle, el mismo pueblo donde mataron a mi padre. Nos volvimos llaves. Sabía mucho. Había bajado a Sofía Loren de sesenta mil dólares en el Hotel Plaza. Se le metió a la pieza, la puso *openhands* y la mujer le dio lo que tenía con tal de que no la tocara a ella ni a su hijo. Tuco, que era un bravero, se coló como el peluquero de la señora y salió hecho. Trabajaba solo porque era muy desconfiado, pero para poder hacer el negocio que tenía entre ojos necesitaba ayuda: quería bajar a un tallador de diamantes en la 47, una zona llena de *policemen*. El judío era cacorro y el marica con el que vivía andaba espelucado porque quién sabe qué le había hecho el viejo, y al Tuco le llegó la flecha: a las ocho de la noche cerraba el negocio, apagaba la luz y se comía al marica. El cuento era que el muchachito nos dejaba la puerta abierta y nosotros entrábamos y los cogíamos con los calzones abajo. Y así fue. Ocho de la noche. Verano. Tuco trabajaba con mi Falcon —de la que se enamoró— y yo con su revólver 38 con silenciador. Entramos. Para dejar limpio al marica, Tuco le dio un cachazo con la pistola —le partió la cabeza—, y de paso le anunció al judío que la cosa iba en serio. Pero como los judíos son tan ratas y tan amarrados, nos dijo que estaba dispuesto a dejarse matar antes de que le quitáramos las joyas. Entonces yo, que tenía que ganar cartel con Tuco, lo agarré por las mechas y al suelo. Le disparé para matarlo, pero como siempre he sufrido de mala puntería, no le di. El tiro siguió derecho, atravesó una nevera y rompió un frasco de jugo de naranja que hizo una explosión la verraca. El judío se asustó con el ruido y nos abrió la caja fuerte: noventa mil dólares en joyas. Mientras Tuco las sacaba me puse a robar anillos y a ponérmelos en todos los dedos. Tuco que me ve y me dice: «No sea rata, no sea gamín; vinimos a lo que vinimos, bájese de esa morralla. Hay que ser gente, hay que trabajar con elegancia», y fue metiendo diamante por diamante en una bolsita azul de Chivas Regal 24 años que llevaba. Por la bolsada nos dieron treinta mil dólares, la tercera parte de lo que valían los diamantes, pero esa es la tarifa internacional en Río, Hong-Kong o Londres. Diez mil dólares para Tuco, diez mil para mí y diez mil para

el marica aporreado.

Trabajamos un tiempo juntos porque me cogió confianza, hasta que un día me dijo que tenía un negocio en San Francisco por unos diez millones de dólares, pero que era muy arriesgado. Le dije que yo no me le arrugaba a nada. Me contestó: «Bueno, se trata de un asalto a un joyero famoso que les vende a los grandes artistas de Hollywood». Tuco se había especializado en ellos. Decía que él era la cola de los cometas, porque vivía detrás de las estrellas. Me planteó la operación. Me pareció tan fácil que se me hizo sospechosa. Él lo notó en mi cara y me dijo que el único problema era que se trataba de veinte pisos, que no había ni ascensor ni escaleras y que había que utilizar ventosas a lo Batman. Me dio vértigo y me tuve que sentar para decirle que no, que ni por el putas, que yo entraba a pistoletazo limpio a donde fuera, pero que las alturas y yo éramos enemigos jurados. No había caso. Nos abrimos. Yo soy hombre de tierra y de agua pero no de aire. Para montar en avión me tengo que emborrachar y durante todo el viaje le pongo la oreja al motor, porque tengo el agüero de que si se la quito, nos caemos.

* * *

Yo había ido mandando plata para hacerle un plante a mi mujer y al hijo que tenía con ella. En seis meses ya tenía suficiente para retirarme si me daba por venirme para Colombia. En los Estados Unidos conocí el poder del dólar, aprendí inglés y me aficioné a la maracachafa. Soñaba con volver y un día, sin despedirme de nadie, me monté en un Avianca con destino Miami, Barranquilla, Bogotá. Seguí directo a Leticia en un lechero que pasaba por Villavicencio, Araracuara, Mitú y La Pedrera. Un viaje entre dos mundos.

En el Amazonas me acomodé rápido. Puse mis dólares en el banco Bradesco de Tabatinga, compré una voladora con motor 220 y me fui a vivir a El Cacao, una isla frente a Puerto Nariño, a mirar pasar el río y a meterme mis varillos sin ambición de nada.

Así duré un rato, dejando que la cabeza fuera para donde a bien tuviera. Pero la soledad es mala consejera y las ganas de plata no se quedan quietas. Monté un negocio que llamé Silence Tours y que

anunciaba en uno de los mejores hoteles de Leticia con un banderón verde y azul colgado detrás de una mesa y atendido por un indio tucano al que le prohibí hablar español. Los gringos llegaban en patota; los montaba en una falca que el indio llevaba hasta los lagos Yahuarcaca, cerca a Leticia, y allí apagaba el motor y repartía seis remos que los turistas se turnaban mientras el indio dormía en una hamaca guindada en la popa. Al tucano le pagaba cinco dólares diarios, y a cada turista le cobraba veinte. Negocio redondo.

En un paseo de esos reconocí a un viejo amigo australiano con quien viajé entre Le Havre y Sidney, pasando por Suez, cuando fui marino mercante. Yo vine a conocer el mar a los dieciocho años, cuando entré a la Escuela Naval de Cartagena para ser suboficial. Presté el servicio militar durante el tiempo obligatorio, y en el primer barco que zarpó de Cartagena me enganché para Rotterdam. Los barcos son tan aburridos en alta mar que lo mejor que se puede hacer es trabajar duro, dormir y guardar fuerzas para desmandarse cuando se llegue al puerto. Por esa misma razón se juega mucho y en serio. No siempre plata. Una noche perdí el adelanto que el sobrecargo me había hecho y quedé debiéndole a la mesa ciento ochenta dólares. Los ganadores se reunieron aparte y me dijeron que me cambiaban la deuda por servirles de escolta en los puteaderos de Rotterdam. Me pareció un buen negocio, y cuando desembarcamos nos fuimos directamente a los bares. Mientras ellos bailaban y se emborrachaban yo los cuidaba sin tener derecho ni a una ni a otra cosa, pero en la medida en que tomaban me iban perdiendo de vista y yo ponía la mía en una gordita que todos desdeñaban sin ser fea. Ella me comía de ojo hasta que le hablé, y cuando mis patrones se fueron a tirar, le propuse irnos a la pieza. Tenía los ojos saltones, era pequeña y conocía algunas palabritas en español. Me hizo saber que se acostaba conmigo pero a oscuras, y yo acepté porque para eso no necesitaba luz. Nos desnudamos por aparte y comencé a tocarla con esas ganas que trae uno después de dos o tres semanas de dormir solo en el mar. Le gustaba que le acariciara la nuca y las nalgas pero no se dejaba tocar las tetas; claro que a medida que nos fuimos calentando se me olvidó la condición y comencé a tocarla parejo, por todos lados, pasando de una teta a la otra y de la otra a la una y a la otra y a la otra. Una, otra

y otra más. ¡Tres tetas! Dos iguales y la tercera escondida debajo de la teta izquierda. ¡Tres tetas! Me asusté, pero habiéndolas besado me encariñé con todas y me dije: «Mejor mujer y media que media mujer». La quise mucho. No me cobró porque me dijo que normalmente, cuando los clientes le descubrían la teta sucursal, brincaban y trataban de estafarla. A mí como nada se me dio, ella quedó agradecida. Pero lo que me ahorré en este tiro me lo cobraron los marinos, que estaban esperándome frente a la pieza cuando salí. El polvo más caro y más raro que me he echado en mi vida: ciento ochenta dólares.

De Rotterdam a Le Havre y luego a Sidney. Mi amigo el australiano era un hombre muy entero: grande, como de dos metros, calzaba 46, llevaba el pelo recogido atrás, tenía cincuenta años y se llamaba Arthur. Nos hicimos muy amigos porque nos tocó el mismo camarote. Era constructor de veleros y había viajado entre Australia y el Perú guiándose por las estrellas. Se quedó en su casa y me aseguró que, algún día, nos volveríamos a encontrar, porque los aventureros andan siempre por los mismos caminos. Cuando lo vi en Leticia no podía creer que los caminos del mundo fueran tan pocos.

Nos tomamos varias botellas de caipiriña celebrando el encuentro y otras muchas, muchas de ron Montilla, soñando primero y después —con la cabeza blandita— planeando un viaje entre Leticia y El Cairo. Hicimos una sociedad, sin importar quién pusiera qué, para construir un velero y fletarlo. Saldríamos remando en canoas arrebiatadas hasta Manaos, y allí, con las mejores maderas, construiríamos un velero para llegar a Belem, pasar las bocas del Amazonas, cruzar el Atlántico y echar las anclas en la costa occidental de África. Venderíamos el velero para llegar por tierra a El Cairo, luego a Roma y a París. Todos los días, desde temprano hasta tarde, hablábamos y hablábamos del viaje; yo aportaría el dinero y él la experiencia, y por el camino iríamos encontrando compañeros de travesía.

El primero de septiembre de 1971, a las cinco de la mañana, nos soltamos Amazonas abajo con dos indígenas que nos ayudaban a remar y que, sobre todo, nos guiaban. El río tiene muchos brazos; si uno cogía el que no era, podía perder uno o dos días y gastar en balde las energías. Nuestra nave estaba hecha de dos canoas unidas por un puente de madera donde iba el fogón y guindábamos los toldillos.

Todo muy simple, muy primitivo. Al anochecer nos poníamos en la mitad del río y nos dejábamos llevar por la corriente hasta donde ella quisiera. Eso se llama navegar de «babaya». Amanecíamos en cualquier barranco y volvíamos a tirar remo todo el día. Llegamos a Manaos con las manos sangrando y allí, en vez de construir el velero, lo compramos. Eran demasiadas las ganas de vernos en altamar, y además Arthur no encontró una buena madera que fuera liviana, fuerte y resistente al agua. Me costó dieciséis mil dólares, que pagué de contado. Tenía cien pies de eslora, cortaba el agua como una flecha y parecía invisible. Lo bautizamos *El Viento*.

Al combo se unió Antonio, un brasileño hijo de un inglés y una noruega, nacido en Santa Helena, al borde del río, y que acababa de llegar de un monasterio de Nepal, donde había vivido cinco años. Más abajo, en Tepé, conocimos a un gringo, gran piloto de automovilismo, que había participado dos veces en Indianapolis. Se entusiasmó con el viaje y, como buen gringo, nos propuso comprar el velero cuando llegáramos al África, de donde partiría para Miami. Para abonar al negocio me avanzó cinco mil dólares. Llegando a Breve, otro navegante pidió ser reclutado: un suizo campeón de regatas en el lago Lemans. Se llamaba Alain y sabía mucho de vientos. Por fin, en Portel, se nos coló un español, canario, que conocía medio mundo sin saber hacer nada. Dijo llamarse Vicente. Recogiendo aventureros llegamos a Belem do Pará veintiocho días después de zarpar de Manaos. Allí nos abastecimos de comida y agua para una travesía que calculábamos podía durar entre trece y quince días. Habíamos acordado no llevar ni mujeres ni alcohol, pero teníamos una caleta de yerba bien guardada.

Cuando todo estuvo listo fuimos a la capitanía del puerto a conseguir el zarpe. Nos pidieron los papeles del velero y los de todos nosotros. El capitán los miró, los examinó, los comparó y nos dijo que todo estaba bien, pero que ninguno de nosotros tenía licencia de navegación y, por tanto, no podíamos zarpar así como así. Conversamos, analizamos y entonces decidimos pedirle permiso para probar *El Viento* mientras Arthur pedía su licencia a Australia. Buen tipo el capitán. Salimos el 12 de octubre a dar una vuelta hasta un puerto cercano llamado Vigía y, claro, no volvimos.

El primer día fue plácido. También el segundo. Íbamos felices, nada

podía pararnos, parecíamos soñar. Al anochecer del tercer día comenzamos a oír como una tempestad lejana que no paraba, un murmullo que salía de una de las gargantas del más allá. Cada vez se oía más claro y más fuerte y a media noche, en completa oscuridad, el ruido era ya el de un trueno. No sabíamos que se trataba de la pelea entre el Amazonas y el Atlántico. El río abre un camino de unos cuatrocientos setenta kilómetros de aguas dulces que como una puñalada le entran al mar hasta las entrañas. Pero el mar es muy celoso; no recibe nada extraño en su interior sin su permiso y todo lo devuelve, sean árboles, tierra, barcos o náufragos. Devuelve al mismo Amazonas de un modo tan tenaz que antes de llegar al Atlántico uno se encuentra con una contracorriente que sube por el río huyéndole a la fuerza del océano. A las doce de la noche en punto, porque yo miré la hora, oímos una explosión seca, violenta, que supimos sin saber que era gravísima. Yo pensé que se trataba de un pistón del motor —un motor tan grande que había que calentar con un soplete antes de que pudiera prender—; Arthur alcanzó a decirnos que habíamos chocado contra un árbol que venía por debajo del agua como un verdadero torpedo, y Alain pensó que había sido un rayo porque el golpe alcanzó a producir un resplandor que iluminó el río. La fuerza del viento en las velas desplegadas, sumada a la fuerza del motor a toda marcha, se estrelló con la fuerza de algo que el mar rechazaba.

Nos hundimos en veinte minutos; no hubo un grito de parte nuestra; todos sabíamos que la hora era de muerte. Vi a Arthur agarrado a un mástil del velero y no supe qué se hicieron los demás. Comencé a nadar a lo perro, porque todo el maderamen desapareció de mi vista como si se lo hubiera tragado el infierno. Recordé que en el Centro de Entrenamiento Naval de Barranquilla,un instructor que había naufragado en Bocas de Ceniza nos decía que el que se asusta en el agua se ahoga. Traté de sostenerme a flote sin saber dónde quedaban el arriba y el abajo; la noche era tan negra que daba lo mismo tener los ojos abiertos que cerrados. En un instante se acabó todo, como si me hubiera muerto. No pasaba nada: ni pensamientos, ni sentimientos, ni miedo. Nada. Un hueco en el tiempo, un pedazo de vida que pasé sin vivirla, un túnel por donde se asomó el fin.

El amanecer dibujó en el horizonte una especie de isla que se hizo

verdad cuando la luz fue ganando espacio. Calculé que necesitaba nadar unos dos mil metros para llegar a ella en medio de corrientes encontradas. Comencé a nadar, a tratar de nadar hacia la isla, que supuse que era —como lo fue— la de Marañón. Pero entre más aclaraba más me desesperaba. Por fin, cuando me dejé llevar para donde el río quisiera, un tronco me dio por la cabeza y me agarré de él con la fuerza misma de la vida. Me desperté en la playa. Como cualquier náufrago de cualquier historia en cualquier mar. Al rato volvió el anochecer y yo seguí durmiendo, o llorando, hasta el amanecer del día siguiente, cuando sentí que el hambre se volvía el enemigo. Comencé a caminar, y a eso del mediodía vi unos pescadores que me recibieron como si hubiera caído de la luna.

Les conté mi historia y no me la creyeron, porque esas bocas son muy transitadas por contrabandistas. Yo trataba de hacerles entender mi cuento, pero ellos cerrados a que yo era contrabandista y que por tanto, para poder llevarme a Belem, tenía que pagarles. Volvía a contarles el cuento y ellos apenas sonreían, hasta que uno me dijo: «Mire, nosotros no le creemos, pero le podemos ayudar cuando acabemos de pescar, dentro de cinco días».

No pude convencerlos. Tuve que aguantarme la angustia de no saber qué les había pasado a mis compañeros hasta que los pescadores me devolvieron en sus canoas a Belem, paso entre paso, y yo con ese afán que me carcomía. Cuando llegamos al puerto me boté, sin decirles adiós, a poner el denuncio sobre la pérdida del barco. Pero, ¿cómo denunciar si todo se me había ahogado, si yo no era más que la pantaloneta que me había prestado un indio? Todo estaba en el fondo del río: mi dinero, mis papeles, mis maricaditas. Y así, sin nada, me fui a la policía marítima.

Estaba contando lo que me había pasado cuando, de golpe, oí como un lamento —porque no era una voz— conocido. Miré para un lado y para otro y por allá en una celda alcancé a ver el pelero revuelto de Arthur, sus manazas de almádena, sus ojos casposos y siempre colorados: estaba detenido por contrabandista. El pobre no sabía hablar sino inglés y no se había dado mañas para explicar que íbamos a cruzar el océano. El cónsul de Su Majestad la Reina estaba de vacaciones y por tanto las autoridades de Belem do Pará tenían al

hombre encanado. Fue vernos, abrazarnos y emperrarnos a llorar. Entonces nos creyeron. Nos felicitaron y llamaron al periódico A *Folha do Norte* para que nos tomara fotos y nos entrevistara. Éramos los únicos sobrevivientes. A los demás —Antonio, Vicente, Alain, Bob, el piloto, todos—, se los tragó el río y nunca los devolvió.

Yo llamé a mi hermano a Medellín. El hombre había logrado colar unos kilitos por Miami y estaba hecho. Me dijo: «Hermano, hoy mismo le pongo allá pasajes, plata y lo que guste». Me envió un giro de quinientos mil pesos, que en esos días era mucha plata. Quería gastarse todo el billete en un voleón, como todo bandido coronado que se respete.

* * *

Me fui a vivir con mi hermana, que también reside en Medellín. Estaba casada con un ingeniero muy señor y tenían una casa grande en Robledo. Anduve solo mientras me volvía a plantar para sacarle apartamento a la mujer. Me rebuscaba haciendo cruces. ¿Que un señor por allá tiene un carro y otro lo necesita?: yo los juntaba y cobraba mi comisión. ¿Que alguien tenía ganado y otro tenía una plata?: listo: «Don fulano, cómprele a don mengano». Y así. Me gustaba ese juego del dinero. Trabajaba sentado en el Café Ganadero y no había día que no saliera algo.

En esas mi hermana me invitó a un círculo de estudio. Yo siempre les había tenido pereza a los libros, pero ella me decía que no se trataba de eso solamente, sino de hacer algo por este país. «¿O es que te gusta como andamos?», me preguntaba; «¿acaso es que a vos te gusta que se mueran los niños de hambre, que la gente no tenga trabajo, que a los campesinos los echen de su tierra?». «No —le decía yo—, no me gusta eso como tampoco me gusta que salga el sol, pero eso no es asunto mío».

La discusión no tenía fin. Ella insistía: «Vos que sos tan verraco, con tanta experiencia, con tanta cabeza para la pelea, ¿no creés que podés ayudar a los demás?». Me entró por el lado de hacerme sentir indispensable y así pues uno va cediendo, hasta que terminé leyendo *Así se templó el acero*, una novela que contaba la lucha de un joven

comunista durante la Segunda Guerra Mundial. En el círculo no discutíamos lo que leíamos sino más bien de cosas prácticas. Afortunadamente. Pero de todas maneras me tocó mamarme la *Economía política* de Nikitín, Los principios del comunismo de Engels, *El manifiesto* de Marx, *Los principios del materialismo histórico* de Marta Harneker y algún artículo de Stalin. Me costaba trabajo tanta carreta, que no tenía que ver con lo que hacíamos: pintar consignas en las paredes de la zona industrial, repartir propaganda, organizar manifestaciones.

Un día me invitaron a embadurnar unas paredes en Itagüí. Era la primera vez que iba y como siempre me eché al bolsillo un 38 corto que mi hermano, el muy bandido, me había regalado. Estábamos pintando la consigna de «obreros a la lucha» cuando apareció un guachimán. Yo saqué el boquifrío, lo encuellé y lo puse contra la pared. Para mí era lo más natural inmovilizar a una pinta, pero a los del círculo les pareció la verraquera y comencé a coger fama de guapo. Me gustaba. Poco a poco no salían sin mí para nada, porque yo les daba seguridad, y a medida que ganaba confianza me dejaban conocer de más cerquita los asuntos del grupo. Un día que me había tocado preparar una exposición sobre la prostitución de las niñas pasaron dos cosas: mi hermana me presentó, con mucho misterio, a un español que acababa de llegar de Cuba, y entró al grupo una niña llamada Vicky —o así le decíamos—, que todo lo miraba con sorpresa. Tenía los ojos negros y muy grandes, el pelo largo y castaño, andaba siempre de mallas y metida en una gabardina habana. Hablaba poco y eso me gustaba, porque así no tenía que inventarle tema cada vez que la llevaba a la casa. Caminábamos sin atravesarnos palabra. Íbamos agachados, dándole pataditas a cualquier piedra, a veces hablábamos de la lluvia.

El español —Pablo se hacía llamar— era otro cuento. Le gustaba hablar de todo, no le cabían las palabras entre la boca y daba la idea de tener poco tiempo para decir todo lo que tenía que decir. Llegó con su hoja de vida tan cargada que daba pena preguntarle algo. Era un hombre grande y blanco, de brazos poderosísimos y ojos rápidos y finos. Se decía sin decirse que era hijo de un coronel republicano exiliado en Francia, muy conocedor de la pólvora. Nuestro héroe había

trabajado con el Frente de Liberación Nacional de Argelia (FLNA) en París, donde se hizo amigo de Barbarroja, el comandante cubano encargado de organizar a la gente que llegaba a la isla a tomar cursos militares. En Cuba fue nombrado en un alto puesto del Instituto de Nutrición porque, además de todo lo que decía y hacía, era gran cocinero. Tan bueno que llegó a serlo de Fidel. El Che le regaló una Beretta con cacha de marfil y *El Tratado de Economía Marxista* de Ernest Mandel, con una dedicatoria que decía: «Cuba venga la derrota de la Armada Invencible». Nos dejaron saber que era experto en explosivos plásticos y que había llegado a Colombia a organizar las Fuerzas Armadas de Liberación, FAL.

El círculo de estudio me comenzó a gustar con este par de ingresos. Pablo era un maestro del que se podía aprender mucho y Vicky una niña misteriosa con la que me gustaba caminar. Me fueron encarretando cada cual por su lado porque ellos no se gustaban. Él me invitaba a su caleta a contarme historias que me descrestaban: la organización de las Brigadas Internacionales durante la guerra civil española; los atentados del FLNA contra los franceses; la vida cotidiana de Fidel y del Che. Tenía un catálogo de armas modernas de guerra que detallaba la fábrica, el modelo y el calibre, el alcance, la ráfaga de fuego, las variaciones, la manera de desarmarlas y el nombre de sus piezas. Nos hizo un curso introductorio sobre armas y luego otro más completo de explosivos plásticos. Tenía un cuaderno de notas escrito a mano en tintas azul y roja que se convirtió en nuestra biblia, aunque sólo lo prestaba en su presencia. Las ilustraciones eran muy elaboradas y a mí me parecían muy científicas y claras. Del gusto que me daba aprenderle me volví su secretario o monitor; y mientras él explicaba los mecanismos de, por ejemplo, la pistola Colt 45, yo la mostraba, la desarmaba y la armaba con una sola mano en menos de un minuto. Mientras tanto, Vicky andaba en sus cosas. Como poco hablaba, yo me daba por satisfecho con verla sólo por las tardes o los fines de semana. Pablo, sus armas y su convicción, me quitaban el resto del tiempo.

Un día, en la clausura del curso de explosivos, nos llamó a unos pocos y sin mucha introducción, pero con solemnidad, nos dijo que para graduarnos de revolucionarios auténticos teníamos que pasar de la teoría a la práctica y nos mostró la necesidad de salir del círculo

vicioso en que andábamos: «No tenemos armas porque no tenemos plata y no tenemos plata porque no tenemos armas». Nos propuso robar fierros a quienes los tenían: a los tombos.

Hicimos el primer operativo, llamado Violeta. Se trataba de quitarle a coñazo limpio el revólver y el uniforme al primer policía que nos encontráramos. Nos enseñó a hacer «bolillos» con tubos de zinc forrados con mangueras de caucho. Salimos una noche cuatro de nosotros y Pablo. A mí, acostumbrado a manejar armas de verdad, se me hacía todo entre ridículo y pendejo, pero de todos modos me atraía el cuento de hacer algo más útil que leer libros. Salimos pues de cacería y al rato pillamos a un tombito gordito que se bajaba de un bus. Lo seguimos. Pablo y yo éramos los que debíamos sorprenderlo, pero en el momento preciso mi compañero se abrió y quedé solo. Me tocó darle al pobre agente una mano de tubo que no teníamos programada. Había que asegurarlo. Los demás me ayudaron. Lo desarmamos y lo desnudamos. Pablo nos dijo después que lo que habíamos hecho, o mejor, lo que *no* habíamos hecho, hacía parte del curso para medir nuestra capacidad de improvisación. Pero a mí me quedó la duda y él comenzó a sentirla cuando decidimos organizar los operativos por cuenta propia. Nos convertimos en el terror de los tombos de Medellín; en seis meses recuperamos ciento trece armas cortas. Les dimos tan duro que hasta comenzamos a quererlos. A Pablo le entregábamos los fierros y él se los mandaba a un grupo que andaba organizando en la Serranía del Perijá. Yo ya no le creía nada. Ni lo que había hecho ni lo que podía hacer, y poco a poco perdió con nosotros el cartel que traía. Hasta que un día desapareció. Seis meses después lo partieron de un rafagazo en un encuentro con el ejército. La prensa informó que le habían cortado las manos para hacerle la dactiloscopia en el Batallón La Popa. Me sentí culpable por haber desconfiado de su entrega y lo lloré muchos días.

El grupo fue cogiendo confianza en los operativos militares, y al mismo tiempo abandonamos el estudio. Sin dejar de pensarla, no volví a ver a Vicky. De los tombos pasamos a los bancos, y al término de una acción contra el Banco del Comercio de la 70 nos envolvieron y tuvimos que abrirnos camino a pistoletazo limpio.

Resulta que yo tenía un Willys 53 llamado Sebastián, que prendía

sólo cuando él quería. Aquella vez, como siempre, lo había dejado cerca, en una lomita, para prenderlo rodado si no le daban ganas de trabajar. Cuando se trabó la plomacera corrimos a coger a Sebastián y, claro, no prendió. Nos bajamos a empujarlo en medio del plomeo cuando en esas sentí un corrientazo caliente en el pecho. Grité: «¡Me quebraron!», pero como seguí empujando, todos creían que era pura mierda. Por fin Sebastián colaboró y nos montamos de un brinco sin dejar de disparar. A la salida nos alcanzó un tiro de fusil y nos destrozó una llanta: quedamos en tres patas, a cien por hora echando chispas porque el neumático se salió del rin; yo manejaba con una sola mano porque con la otra tenía que taparme el hueco que me había abierto el tiro, y se me salía una tripa roja que echaba burbujas cada vez que respiraba. Pero nadie reparaba en la herida por andar atendiendo la balacera. Todavía corríamos cuando por radio dieron la noticia del asalto y del muerto que nos habían hecho y que era yo. Desde ese día me llaman «El muerto» y, por apodo, me dicen «El muñeco».

Cuando llegamos a la caleta le pararon bolas a mi herida. El tiro me había entrado por un costado y me había salido por la tetilla. Por suerte pasó rozando el corazón, pero se llevó un pedazo de pulmón. La bala alcanzó a sacar un lapo por fuera del cuerpo. Yo me acordé de una película que se llama *Butch Cassidy*, pedí agua caliente y una sábana, me metí con el dedo la tripa y me hice lavar y amarrar bien duro. Llamé a mi hermana y le conté sin darle detalles. Cuando llegó estaba como muerto: no distinguía los colores y casi no respiraba. Me llevó a una clínica diciendo que era un tiro perdido que me había herido. El médico llamó al F-2 y a la salida de la sala de cirugía donde me cosieron, me esperaba un capitán:

—¡Gran hijueputa! ¿Qué le pasó?

—Nada, capitán. Un tiro perdido.

—¿Un tiro perdido? Igualito al que le metieron al agente que me dejaron muerto en la 70, ¿no? ¡Malparido!

Mi hermana transó al capitán y el juez me dio durante tres días la clínica por cárcel. Al segundo día Pedrito, un compañero fiel y gocetas, se apareció con un fierro y me dijo: «Vámonos, hermano», y se fue abriendo camino sin permiso, por encima de los tombos que me

custodiaban. Pedrito era el más valiente y arriesgado de todos; tenía una puntería de cinco aclamado y no hablaba mierda ni presumía. Pocos días después lo mató otro compañero. Yo estaba limpiándome la herida en el baño cuando oí un tiro seco y solitario. Raro. Salí y alcancé a ver que Pedrito se desplomaba. Pablo nos había enseñado a usar el revolver a la altura del hígado y jugábamos al «pistolero mayor», a quien sacara y disparara más rápido. Pedro era siempre el ganador y por eso todos querían medírsele, hasta que el diablo cargó el revólver del pobre Dionisio y mató a Pedrito. ¡Qué pena verlo muerto! ¡Qué tristeza tener que envolverlo en un tapete y botarlo al río Medellín, sin poder enterrarlo y sin poder rendirle honores! ¡Qué pena, Pedrito, siendo usted tan bello y tan entregado!

Las muertes de Pablo y Pedrito me desmoralizaron. No podía levantar cabeza. No dejaba de pensar en las manos de Pablo y en la cara de sorpresa de Pedrito cuando se dio cuenta de que el juego era en serio y que su amigo, Dionisio, lo había matado. Pensé que algo malo y equivocado andábamos haciendo, porque tanto error no podía ser regalado. Cuando a uno lo ronda la muerte se debe parar y mirar bien qué es lo que pasa y para dónde va. La muerte tiene sus maneras de anunciarse, pero unas veces uno se tapa los oídos y los ojos para que ella haga de las suyas con uno. Volví a buscar a Vicky; su silencio me daba seguridad, y estudiar con ella me ayudaba a desbaratar el miedo. Leímos mucho. Ella me enseñó a leer a Neruda, Benedetti, Hernández, Vallejo, Alberti. Los manuales ya nos sabían a caca.

No volví a verme con mis compañeros y, a pesar de que andaba con Vicky, regresé a vivir con mi esposa y con mi hijo Danilo, que ya tenía tres años. Ella volvió a quedar embarazada y dio a luz una niña a la que bautizamos Esperanza. Yo todas las tardes me encontraba con Vicky en Versalles, tomábamos jugo de mandarina y caminábamos por Junín hasta La Playa. Luego subíamos hasta el teatro Pablo Tobón, hablando siempre del día en que se murieran las ceibas y quedaran solos los bustos de los grandes de Antioquia. La acompañaba también a hacer diligencias sobre las que nunca me atreví a preguntar nada. Regresé al Café Ganadero a poner el radar de cruces. Vivía tranquilo, todo parecía resuelto y casi estaba dispuesto a volverme viejo apenas con treinta años.

Sebastián se había perdido el día del encontronazo, pero nadie le paró bolas y lo puede recuperar. Lo vendí y compré una camioneta Ford 52 con platón; la engallé bien engallada, le instalé un carburador doble y un equipo de sonido como para no salir de la cabina. La tarde del 16 de junio de 1973, Vicky me dijo que si podía acompañarla hasta Puerto Valdivia a llevar una tornillería para el almacén El Proveedor y, como ella también hacía cruces, me pareció lo más natural. Nos fuimos.

Íbamos hablando del recalentamiento de la tierra cuando ella me dijo: «Yo sé que usted es un duro y por eso quiero contarle que lo que llevamos en el platón no son unos tornillos sino fierros». «¿Fierros? —pregunté yo—; ¿fierros pum-pum?». Y ella —cagada de la risa— me respondió: «Positivo, fierros pum pum». La verdad, a mí no me importó; en otras más peligrosas me había visto. Así que, haciendo de tripas corazón y asumiendo mi fama, seguí manejando como si nada. Para asegurarme, saqué mi 38 recortado y lo puse a mi lado. Pasando Puerto Valdivia y antes del cruce de Tarazá me dijo que volteáramos a la derecha. Seguimos por esa trocha cuando de golpe veo un retén militar en plena vía. Le dije: «Vicky, agárrese bien que voy a parar y tenga el fierro listo». Disminuí la velocidad como obedeciendo el pare del ejército y cuando el soldadito se me acercó, engrané y aceleré a fondo: nos llevamos la guadua en medio de la balacera que armamos. Yo me agaché mientras Vicky disparaba y pasamos sin saber cómo. Sé que no maté a ningún soldado pero sé también que por lo menos dos deben andar en silla de ruedas.

La persecución se inicio ahí mismito. Yo hacía sonar ese motor loma arriba como si nos hubiera llegado la de la salida. Le dije a Vicky: «No podemos regalarle estas armas al ejército. Botémoslas al Cauca». Tal cual lo hicimos. Yo me afanaba por limpiar las huellas dactilares del timón con una bayetilla sin reparar en que los papeles de propiedad estaban a mi nombre. Me sonreí para mis adentros porque para mis afueras yo estaba, de hecho, ingresando a la guerrilla. Dejamos el carro tirado y echamos a darle pata a la loma. Caminamos, casi sin hablar, toda la noche. Yo no le reprochaba a ella nada; más bien andaba atónito con los juegos que le hace a uno el destino. Pero él es él y no hay nada que hacer en su contra. ¡Al monte, pues, Muñeco!

* * *

Entrar al monte y hacer contacto con la guerrilla no fue fácil. El ejército le tenía montando un cerco concéntrico de varios anillos, y nosotros afuera tratando de romperlo hacia adentro para encontrarnos con la gente y tener después que romperlo de nuevo para salir con ella. No había de otra. Nos fuimos metiendo dentro del cerco; la misma presencia de los chulos nos indicaba por dónde andaba la guerrilla y, al mismo tiempo, por dónde no debíamos pasar. Por fin, después de casi dos días de esquivar al enemigo, logramos colarnos. Un compañero reconoció a Vicky y nos mostró las posiciones. Yo me abrazaba con todo el que nos encontrábamos porque sí, porque es muy emocionante el encuentro. La guerra hace que todo sea más fuerte, que el corazón lata más veces y que cada minuto sea más largo. Una patrulla nos llevó donde el reemplazante, un tal Héctor, que me trató como si fuéramos viejos amigos; habló aparte con Vicky y nos mandó donde estaba la comandancia. El superior se llamaba Helio, un hombre flaco que también me abrazó de una manera tan extraña que yo no acerté a saber si era de bienvenida o de felicitación. Cada cosa en el monte quiere decir algo y uno se vuelve muy hábil para entender qué hay detrás de cada palabra. Helio nos mandó a la «rancha», porque nos vio con mucha hambre, y luego nos dieron, sin más ni más, un arma. Ellos sabían quién era yo porque Vicky los tenía informados de todo; en cambio yo no sabía en qué andaba la mujer. Pero a lo hecho pecho y, sin reproches ni explicaciones, acepté lo que me tocaba.

Lo primero era, claro está, romper el cerco. Helio nos separó; a Vicky —que en el monte se llamaba Patricia— la mandó a unirse con el equipo de médicos y a mí con su segundo, el comandante Tarquino. De entrada me pareció una pinta arrogante. Era seco e hijueputa. Mandaba de tal manera que todo subrayaba su propia verraquera.

Separarme de Vicky me costó mucho. Sentí como si me hubieran arrancado un brazo, una pierna y, al final, como si mi mamá me hubiera abandonado en un hospicio. Yo compartía los ideales de la guerrilla. Me había jugado la vida por esas ideas en la ciudad y si me había salido de ella había sido por mi gusto. Pero ahora me sentía

obligado a luchar, y así las cosas pierden fuerza. Por eso desde el comienzo le dije a Tarquino que yo había llegado por accidente; que podían estar seguros de mi honestidad y entrega, pero que no me comprometía a quedarme y que quería salir cuando lo considerara oportuno.

Pocos días después de haber roto los anillos me llamó Helio, que resultó ser un tipo comprensivo. Me dijo que él me había oído mentar mucho y que me tenía confianza, pero que si yo no quería quedarme en el monte bien podía salir cuando nos acercáramos al río Magdalena. Así fue. Quince días después, en un Johnson, me sacaron a Magangué. No volví a ver a Vicky.

De Magangué salí para Barranquilla. No tenía moneda y no quería llegar a la casa pelado después de haberme ido sin siquiera despedirme. Me acordé de un amigo llamado Mi Gente, que me debía un favor, y me fui a buscarlo. Estaba rico y retirado. Me recibió en su casa, me dio las llaves de su BMW para que lo usara y me presentó a un alemán, oficial nazi de la Segunda Guerra Mundial, que vivía en Calamar medio escondido. Un hombre clave. Sabía de todo, desde reparar una turbina de avión hasta tocar una sonata de Beethoven, pero no había podido aprender castellano. Era muy difícil entenderle. Lo encontré preparando una chucrut con repollo cultivado por él mismo. Comencé a hacerle rodeos porque me daba pena proponerle algo a una persona tan respetable, pero don Berth, como se llamaba, mirándome a los ojos me cortó el discurso y me dijo: «Mi Gente no me manda sino pícaros. Usted viene por una libra de sal, así que dígame dónde, cuándo y cómo nos distribuimos el botín. A las cosas por su nombre». Me lo dijo en alemán, y luego me lo tradujo casi al mismo idioma.

—¿Libra de sal? —quedé preguntándome—. ¿De qué se tratará?

Creí que era una clave. Mi Gente me había dicho: «No le pare bolas, él es un hombre raro; más bien póngale atención al siguiente negocio: vamos por terceras partes, una para mí por el flechazo, una para él por su trabajo, y otra para usted que tiene que cuñar al celador de una joyería en la calle 33. Al alemán no le gusta el escándalo, ni la sangre, ni la violencia; es su condición; y entonces, llavería, uno tiene que trabajar con guantes de seda para reducir al guachimán con toda

suavidad. Otra cosa: al viejo le dieron un bayonetazo en un ojo y no ve nada por el vidrio, que nadie nota porque es casi perfecto. De manera que no se le haga a su derecha sino a su izquierda, para que no se empute».

Pero por más que esculqué y esculqué la conversación con Mi Gente, no encontré la clave de la libra de sal. Me tocó llamarlo por teléfono y preguntarle de qué se trataba el jueguito. Mi Gente me dijo: «No se preocupe por güevonadas y confíe en el hombre».

* * *

El día del trabajo nos encontramos en el restaurante del Hotel del Prado, muy elegantes, como él lo había exigido. Don Berth pidió una chuleta de cerdo agridulce con un par de cervezas y una torta de amapola. Me dijo que pidiera lo mismo. Salimos hacia las diez de la noche. Nos bajamos del BMW cerca a la joyería, que quedaba en un segundo piso, y me pidió el favor de que entrara primero, redujera al celador y, cuando todo estuviera listo y en paz, encendiera la luz dos veces para llamarlo. Todo lo hice al pie de la letra. El celador no alcanzó a decir ni mu. Se dio cuenta cuando lo tenía ya entre el baño amordazado, con la cabeza entre la taza y las manos amarradas por detrás del sanitario. Le advertí que no hiciera ruido y llamé a mi alemán, quien llegó como un médico cuando va a operar: seguro y silencioso. Sacó de su maletín de cuero, que lo debió acompañar durante toda la guerra, un paño negro, la famosa libra de sal y un frasco de vidrio. Me pidió agua, llenó el frasco, le echó la libra de sal, sumergió dos cables eléctricos, hizo masa con uno y con el otro encendió una barrita de acetileno que puso encima del dial de la caja fuerte, tapando con el paño negro las chispitas y la luz que salían. La cerradura comenzó a derretirse lágrima a lágrima, mientras él me hablaba de las Walkirias. Una hora de cátedra; una hora de trabajo limpiecito. Lo mataron después en Medellín, en una matada de esas que sabe hacer la policía.

No cogimos mucho billete, pero me sobró para enfierrarme y volver a trabajar solo. Mi Gente me dio el flechazo de una casa de cambio en Barranquilla, propiedad de un turco que tenía fama de avaro. El

hombre se metía temprano en su casa y dejaba encerrado en el almacén a un pobre tipo con un termo de tinto bien cargado. Me tocó primero ir por el turco a su casa, encuellarlo y obligarlo a abrir el almacén. Le advertí al empleado que si se movía, lo mataba. Al turco no necesité decírselo porque lo sabía. Comencé en medio del llanto del hombre a echar relojes y joyas entre una chuspa. Meta y meta, y cuando estaba por salir, el turco se prendió al talego llorando, pidiendo que lo matara, que lo matara, pero que no soltaba el botín. Le di patadas y consejos hasta que me dio asco verlo tan rebajado, tan degenerado y sobre todo tan pesado, porque tras de que los relojes eran una carga tan verraca el hombre hacía contrapeso. Me descontrolé y le disparé tres tiros, hasta que se soltó. No sé si lo maté, pero sé que lo quería matar.

Regresé a Medellín a vivir con mi mujer y con mis hijos. Mi propósito de enmienda era sincero y quería romper la vida que llevaba. Vivir al azar es cansón porque, a la larga, lo que al principio es nuevo se vuelve viejo, conocido, igual. Tenía necesidad de meterme debajo de un ala, como los pollitos; de que me recibieran y me perdonaran. Hay momentos en que uno necesita ser perdonado, así no haya hecho nada malo; a veces se siente el peso de la soledad que uno contrabandea como libertad. Me fui a vivir con toda la familia en un hotel, porque no me aguantaba a los parientes de mi señora; cobraban demasiadas venias por vivir con ellos.

Yo salía a las ocho de la mañana a trabajar; es decir, a rebuscarme como un gamín, como un bandido, o como un *gentleman*. En la calle, frente al hambre, todos esos nombres no son sino maneras de vivir, de ganarle al otro de rapidez. Me acomodaba bien acomodado el revólver contra el hígado, ahí donde uno le siente el peso, y me salía a mirar de frente el día. Toda persona es una oportunidad; hay que estudiarle el todo y, cuando se encuentra, hay que caerle sin más. Sin asco, sin corazón. Volví a trabajar «el quieto», sobre todo en joyerías, apartamentos de ricos y turistas. Pero el rendimiento era poco y el riesgo mucho. Para seguir trabajando de bandido tenía que formar mi propio combo y eso a la larga es lo mismo que criar sapos. Tener que despertarse uno todos los días a pensar por dónde cojo hoy, a quién le brinco, y en el fondo ese miedo de no regresar por la noche, ese miedo

de que los ojos de los niños que despedía cerrados por la mañana se abrieran llorándolo a uno en medicina legal, me volvía mierda. Mejor que lo maten a uno por allá en un rincón, donde nadie lo vea, y que lo lloren ya enterrado.

Por eso pensé en encontrar lo que todos estábamos buscando. Me había pillado un flechazo y, siguiéndolo, llegué al sur del Cauca a comprar bazuco. Yo sabía que en Cartagena, donde va la gente bien a hacer cosas no tan bien, el basuco tiene mucho mercado. Me costó trabajo encontrar al cristiano que supiera sacarlo; nadie sabía, nadie había oído hablar, nadie se prestaba siquiera a oír ofertas. Pero al fin el mico sale a bailar cuando oye la moneda y encontré la punta. Un tal Melquisedec, un campesino, me invitó a su finca y allá, con mucho misterio, sacó un polvo habano oscuro de una caja que tenía guardada debajo de las cobijas. Me dio a probar y yo, el vivo, el duro, el que todo sabía, saqué una cuchara, una vela y monté el show de la prueba derritiendo el basuco, detallando el aceite y luego oliéndolo para saber su pureza, su fuerza, su sabor. Un verdadero profesional.

—Bueno, sí, bien, ¿cuánto tiene?

—Aquí poquito, pero se lo puedo aumentar hasta cien kilos.

—Okey —le respondí, como si yo fuera un viejo burro.

Al rato estaba yo viajando en un bus de Rápido Guachicono con mi costalado de basuco. Llegué a Cali y cogí avión para Cartagena. Todo bien. Entré al hotel, llamé a Mi Gente, le conté que tenía una mercancía de muy buena calidad y que necesitaba que me conectara con su red de jíbaros. Arreglamos, y al rato me llegó un negro grandote, mal encarado, con una gringa supermona, superbuena y superrata. Les di una prueba mientras me preguntaban el precio por kilo y examinaban su calidad. Desde que lo vieron hicieron cara de que no. Pero de todas maneras lo estudiaron, derritiéndolo con el calor de los dedos y oliéndolo, y luego con la infalible vela:

—No pasa el examen —me dijeron—; lo sentimos, pero a usted lo tumbaron; es plátano seco, molido con un poco de ácido regado por encima para que huela.

Melquisedec me había dado por la cabeza. La rabia que sentía no era tanto por la estafa sino por mi presunción de experto conocedor. Me sentía como un güevón. Como un güevón entero, tumbado por un

campesino de Bolívar, Cauca, un pueblo que nadie sabe si existe o no, y a nadie le importa ni lo uno ni lo otro.

Volví a llamar a la alcancía de soluciones, Mi Gente. Me dijo:

—Hombre, Muñeco, usted será siempre el mismo. Lo reblandeció la guerrilla. ¿Quién lo mandó a confiar en un campesino? Pero bueno, váyase a Buenaventura, busque a tal y cómprele un «corte francés» muy bueno que sirve para mezclar la coca y aumentar su peso. Esta vez, yo le vendo la harina a ver si sale de pobre. Y de idiota.

Dicho y hecho. En Buenaventura compré un polvo que el vendedor no sabía exactamente qué era y que llamaba tan sólo «corte francés». Me lo vendió barato y a mí me dio la sensación de que no era «corte». Mis sospechas se volvieron miedo al pensar en la cara de Mi Gente diciéndome otra vez idiota. Estaba perdiendo cartel con el hombre y eso es gravísimo, porque sin fama se reducen las posibilidades de hacer buenos negocios. Me tiré una parada: lo mandé estudiar a la gente de la Universidad Bolivariana, donde yo tenía un amigo que quedó verde cuando el examen de laboratorio concluyó que era heroína. Ni más ni menos. Con ella hice un buen plante porque, para decir algo, gasté diez y gané diez mil.

* * *

Me dio la ventolera de hacer lo que siempre hago cuando corono: irme para el Amazonas. Leticia era distinta ahora. Había mucha energía, mucho cruce, mucho agite. La gente andaba ocupada de aquí para allá; los amigos que había dejado comenzando eran ahora todos ricos, muy ricos. Las autoridades dejaban trabajar con mucha astucia y, cuando la mercancía bajaba, hacían algunos decomisos acordados y la coca volvía a subir. A todos les convenía. Pensé en negociar, pero a la hora de la verdad descubrí que el mejor negocio era ser «chepito» y vivir de las comisiones. Un trabajo duro. Peligroso. Pero muy bien pago. Contraté unos quiñadores bravos y los puse a hacer respetar los acuerdos, a que se cumplieran las leyes que los bandidos tienen para poder hacer negocios: pagar a tiempo, respetar la palabra, no poner la ley de por medio, dar la cara.

Mi trabajo era muy apreciado y decidí que me lo pagaran en

mercancía, porque me había picado el mal del embarque. Quería hacer mi propio envío para no trabajarles gratis a los grandes. Lo pensé y le di vueltas y vueltas porque era un paso muy jodido en un mundo que yo no conocía bien. Pero el gusano se le mete a uno y se acomoda en la propia unidad de mando. Y así, poco a poco, coroné.

En Nueva York me habían presentado a un piloto gringo que había trabajado con la CIA y participado en la invasión a Bahía Cochinos. Conocía el Caribe como sus propias manos, despreciaba la vida, mascaba chicle y comía cualquier cosa siempre que tuviera a mano salsa Ketchup. Lo llamé desde Leticia y nos pusimos una cita en Miami, donde vivía con dos mujeres a las que, al lado de una piscina, les había construido sendas casas idénticas y estaba construyendo una tercera para él, porque decía que se estaba volviendo viejo. Ricky había sido boxeador y era evidente que podía matar a un toro de un coñazo. No necesité insistirle: dos daiquiris y se caló su cachucha de cuero. Arreglamos por dos partes para él y tres para mí, siempre y cuando lo acompañara. Faltaba por resolver el conecte en Estados Unidos pero, como siempre, para eso estaba Mi Gente.

Nos vinimos por entre las tiendas. En Nueva Orleans estuvimos bebiendo dos días porque andaban de carnaval, una rumba de negros que, como todas sus rumbas, consiste en disfrazarse de blanco o de diablo para después salir a la calle. El jazz se oía día y noche; había grupos que simplemente no paraban, vivían tocando: comían, dormían y se enamoraban metidos entre su música, triste, pegajosa y traviesa; una música que juega con la libertad y con el miedo. Me impresionaron las estatuas vivas: un ser —ni hombre ni mujer— que no movía una pestaña, que no movía el pecho para respirar y al que no se le notaba ni siquiera una palpitación. Perfectamente quieto, aunque, de golpe, cuando uno lo estaba observando asombrado, relampagueaba un ojo para luego seguir mirando a la nada.

En una de esas calles estrechas y caprichosas me enamoré de una colombiana de Armenia. Silenciosa ella, tenía unos ojos negros y brillantes y un pelo retinto, que usaba suelto. Supe después que era poeta. Todo lo decía con su respiración y con el sudor de sus manos. Miraba desde adentro, a veces con los ojos aguados. La amé mucho y le regalé un collar de perlas robado. Ella me dejó entre sus tenis viejos

y rotos un poema que anda conmigo desde entonces:

> Después de tanto tratar de amarnos
> lentamente,
> de despertarnos evitando los príncipes,
> de escabullirnos de los espejos, las trenzas
> y los tejidos,
> de limpiarnos de hijos,
> de jugarnos el vientre,
> de conjurar contra el miedo, el silencio
> y el deseo,
> vienes tú a romper el hechizo,
> con el paraíso a cuestas
> y el sol del infierno entre las piernas.

Volamos a Kingston para pasar el guayabo del carnaval y no tener que llegar a trabajar de una vez. Dos días de playa para poner distancia con Nueva Orleans y luego sí, de una, a Leticia por la Guajira y el Vichada. Aterrizamos sin más en el aeropuerto Vásquez Cobo. Mientras se le hacía mantenimiento al avión, un Navajo bimotor de no sé cuántos caballos, que podía hacer la travesía entre Riohacha y Miami sin reabastecerse, cuadré a las autoridades con cualquier cascarita y un miércoles 21 de junio a las siete de la mañana despegamos rumbo a Puerto Estrella, en la Guajira, para tanquear y luego, sobrevolando Cuba, aterrizar en el naranjal de un colombiano cerca a Fort Noy.

El vuelo hasta Puerto Estrella fue monótono. Reservamos la energía para el paso por el Caribe. Ricky llevaba una libra de chicles y yo un cuaderno de crucigramas para entretenernos y no permitirnos pensar en lo que estábamos haciendo o nos podía pasar. Llevábamos casi sesenta kilos del cristal más lindo que yo había visto. Sobrevolamos tres veces la salineta que sirve de aeropuerto en Puerto Estrella, para que la policía nos reconociera, y luego caímos por la gasolina. Volvimos al aire con una seguridad que a mí me dio mala espina. Es necesario pensar en negativo para que las cosas salgan bien.

El día estaba claro, los motores se oían regulares, el plan de vuelo se cumplía a la perfección. Cúmulos intermitentes nos hacían variar nuestra ruta unos kilómetros, pero en general íbamos directo. Pedimos

permiso para sobrevolar el extremo oriental de la isla de Cuba, pero los comunistas nos lo negaron rotundamente y tuvimos que pasar por encima de Haití. Acabábamos de perderlo de vista cuando oí toser un motor. Me heló el miedo. Miré a Ricky, quien abrió la ventana y escupió el chicle. El motor volvió a toser. Eran las once y dieciocho minutos. Ricky se levantó con el dedo índice la visera de su cachucha, se reacomodó en su asiento y comenzamos a tomar altura, directo, como si fuéramos a encontrarnos con el mismísimo Dios. Suba y suba y ese hijueputa motorcito tosa y tosa hasta que se apagó. Miré la hélice inmóvil. «Al fin arriba», dijo Ricky, y me mostró el altímetro: doce mil pies. Hacía frío. «Téngase», añadió, y nos soltamos cielo abajo de cabeza hacia el océano.

La idea, según me explicó el hombre en medio del pavor, era sacar el agua que se le había metido al carburador, «usando la ley de gravedad». No entendí, claro está, pero por lo menos me di cuenta de que yo estaba equivocado al pensar que el plan era subir muy arriba para tirarnos desde allá, inclinados, hasta llegar a La Florida.

De todos modos, el momento no daba lugar a mucha cháchara. Caímos y caímos sin que el motor arrancara de nuevo. El mar se veía abajo, pero cada momento más y más cerca. Toqué la Lugger que de chimbas me había guindado —desobedeciendo a Ricky— y me dije: «Antes del piscinazo me muero». Pero qué va, uno no es capaz. La hélice del motorcito agripado seguía paralizada y Ricky comenzó a sudar. Ya se veían las olas del mar y sus crestas blancas cuando tá-tá-tá-tá-tá-tá… El motorcito había botado agua y prendió. Volvimos a nuestra posición horizontal y Ricky se metió tres barras de chicle sin botar los papeles. Yo, en cambio, bote la Lugger por la ventanilla, en señal de agradecimiento.

La calma volvió a repartir el juego. El ruido de los motores nos metía —y nos sacaba— de una de esas modorras melcochudas de las dos de la tarde. No había acabado de dormirme cuando Ricky me dio un golpe seco en la pierna. Medio pelando los ojos alcancé a ver, allá lejos, La Florida; le di una palmada en el hombro y le dije: «*Welcome home*». Pero el hombre me volvió a pegar otro golpe y me mostró con su índice lo que se veía por una ventanilla: un Phanton de la fuerza aérea gringa. Un avión negro, que casi no se oía, manejado por un

piloto de gafas y casco, que parecía una gran mosca y que con mucha autoridad hacía unas señas para mí incomprensibles, aunque no para Ricky, quien además estaba recibiendo por radio la orden de aterrizar en el aeropuerto de Miami después de dar la identificación, la ruta y otros datos que no entendí. El Phanton se alejó hacia arriba y al segundo lo teníamos en el costado izquierdo; volvía a subir y se colocaba adelante, haciendo figuras, hasta que apareció Miami y en medio de la ciudad, ahí, como una boca abierta para comernos, el aeropuerto. Nos acercábamos poco a poco y perdíamos altura mientras el Phanton conservaba la suya para vigilarnos. Ricky tomó contacto con la torre de control y reportó la información necesaria para aterrizar.

Las pistas se veían abajo y el Phanton arriba. Las autopistas que enmarcan el aeropuerto estaban llenas de carros. Dimos un rodeo mientras nos autorizaban el aterrizaje, que yo aproveché para decirle a mi hombre: «Usted tranquilo, hermano, usted no sabe nada. Yo lo contraté por diez mil dólares. No se mueva de ahí. Yo pago lo que me toque». Pero él estaba pensando en otra cosa: se puso frente a la pista y se dirigió hacia ella, pero de un momento a otro giró con rapidez, se colocó encima de la autopista —creí que había enloquecido—, bajó, bajó, descubrió un tramo libre y ¡zuás!, ahí se mandó. Los carros se tiraban a los lados, como si fuéramos una nave espacial; se estrellaban entre ellos y, al fin, sentimos el pavimento, el carreteo, hasta que el avioncito paró. Nos tiramos y salimos corriendo, cada cual para su lado, pero no había por dónde salir porque la autopista estaba encerrada por dos mallas: una que la separaba del aeropuerto y otra de un caño. Total, atrapados como mosquitos en telaraña. Tres, cuatro o cinco minutos tardamos en oír las sirenas de la policía y otros tantos en oír un grito: «¡Al suelo!».

Y al suelo fuimos a dar. Un *policeman* grande, acuerpado, me puso la bota en la nuca y, haciéndose el pendejo, se paró sobre ella. Una agente, bonita ella, menudita, de pelo castaño, le dijo en voz baja que me iba a ahogar, pero al hombre no se le dio nada. Era la primera salida de una fuerza nueva, formada por policía, ejército y marina, que el mismo vicepresidente Bush había bautizado «*Stars and Bars*», que es como llamar a un batallón de tombos nuestros «Oh gloria

inmarcesible». Cuando un monstruo de esos, a los que no valía decirle hijueputa ni nada, me estaba poniendo las esposas, lo hizo tan cruelmente que grité. Nos colocaron contra el alerón de nuestro avioncito, nos pusieron las tulas con la perica a los pies y dejaron pasar a la prensa. Luces, cámaras, preguntas y *show*. Yo me decía: «Muñeco, aquí te estrellaste contra veinte años menos; tienes treinta y dos y veinte son cincuenta y dos; sales todavía vivo de este viaje. No vas a bajar la cabeza delante de estos monos ni a estallarte, porque tú vienes de una escuela muy bravera; van por delante tus muertos y tu gente. Si hablás te lleva el putas, porque a los sapos no los respeta ni siquiera el propio enemigo. Echate candado y aguantá que para eso estás». Sí, señor, y de ahí para adelante no les rehuí la mirada ni les hablé. Las fotografías fueron publicadas por el *Miami Herald* y por *El Colombiano*.

Nos llevaron a la base aérea de Hunter, a donde llegaban a mirarnos como animales raros cuanto coronel y general tenían. Éramos dos locos de exposición: no nos interrogaban, pero nos analizaban. Después de un rato largo volví a decirle a Ricky: «Tranquilo, llave, que yo pago. Usted nada sabe. Diga solamente que embarcamos en Leticia, luego la Guajira y luego Miami. Échele cerrojo a la boca, que yo cargo con la pena».

De la base nos llevaron al House Jail, una inspección donde lo interrogan a uno especialistas en ablandar a la gente. Primero una celda apabulladora, de dos por dos, aislada, sin luz, con un catre de fierro y una taza. La abrieron, entré y cerraron. El ruido seco de las cerraduras y la indiferencia del guardia —que ni me miró— me hicieron sentir un desamparo el verraco. No había en la celda una sola señal humana, ni una raya en la pared, ni letreros, ni el ahumado de una vela. Nada. Puras líneas rectas. Sólo una cucaracha, una cucaracha enorme, alimentada con lo mismo que hace crecer a los gringos, que se quedó inmóvil mirándome y moviendo sus antenas: pegaba la carrerita y volvía a quedarse quieta. Estaba mirándola cuando llegaron los federales, me llevaron a una pieza donde había una lámpara y una silla —como en las películas—, me sentaron y comenzó la preguntadera. Yo tenía unas botas Likissen que valían la bobadita de seiscientos ochenta dólares y que había comprado en mi primer viaje,

y por ahí la montaron: que por qué tenía esas botas; que si ya había estado en Miami, que cuándo, que dónde, que por qué, que qué había estado haciendo, que esto, que lo otro. Poco de la coca. Dos horas, tres horas, cuatro horas, hasta que comenzaron a cogerla por el lado del embarque: que de dónde salieron, que dónde consiguieron la coca, que de quién era la plata, que a dónde la llevaban, que a quién se la iban a vender. Otras cuatro horas.

Al día siguiente al Metropolitan Correctional Center. Otra celda igual, blanca, cuadrada, pero sin cucaracha. Después a la corte. El magistrado con su birrete y su toga; el estrado, el interrogatorio. Cada pregunta que me hacía el hombre yo la aprovechaba para contar mi historia desde niño, las condiciones de crianza, la vida de mi país, la violencia, la pobreza. Fui pintando un cuadro mucho más grande que el del delito que había cometido. Hablaba en mi inglés, aumentando los *misteics* a propósito. El magistrado me corregía, yo le agradecía y así nos fuimos haciendo como maestro y alumno. Poco a poco me dio la patica. Había también una secretaria que copiaba en una máquina de escribir, chiquita y extraña, todo lo que yo decía. Era una señora ya madura pero todavía bonita. Tenía unos ojos ansiosos, que miraban más de la cuenta. Cuando salí de la audiencia alguien la llamó y yo me pillé que era para anunciarle el nacimiento de su primer nieto. Bueno, dije yo, otra patica que le nace a este gusano.

Al otro día, lo primero que hice fue preguntarle por su nieto. Quedó asombrada y me contó que era varón, que era lindo y que le habían puesto Lynn. «Beautifull», le respondí, y ella se quedó mirándome con tanto agradecimiento que hasta me hizo sentir bueno. El magistrado resolvió, en su sabiduría y gracias a mis declaraciones, soltar a Ricky con una fianza de dos mil dólares. A mí me mandaron a juicio. Volví a mi celda y al estrado. Mi Gente me había puesto un superabogado, Clarck McCollin, el mismo que después fue el de Noriega. En ese entonces los gringos no nos tenían práctica a nosotros los colombianos. Al juez lo encarretaron mis historias y a la secretaria mis preguntas por su nieto. Logré convencer al primero de que para un colombiano como yo, acostumbrado a la miseria y a la violencia, una cana en los Estados Unidos era un paraíso, y de que la condena más bien castigaba a mi mujer y a mis hijos. La secretaria hizo su parte y me ayudó

mucho. Total, el señor juez dictó la sentencia: por conspiración cuatro años y medio, por introducción de coca otros cuatro y medio, y por aterrizar en la autopista lo mismo. Yo iba contando: cuatro y medio, nueve, trece y medio, cuando de pronto hizo una pausa, me miró y dijo: «*Concurrents*», es decir, que con cuatro y medio pagaba al mismo los otros cuatro y medio y los otros cuatro y medio. O sea, ¡sólo cuatro y medio! Yo que me pensaba quedar quince años por cada delito. Salí esposado pero feliz. El juez dijo al público que era una pena tener que «condenar a una víctima de un sistema despótico y degenerado como el que había en Colombia». Yo le di toda la razón. El abogado me felicitó y me dijo que en realidad lo había dejado sin oficio.

Pero no las tenía todas. Me condenaron a pagar mi pena en la cárcel de Memphis, Tennessee, una cana de alta seguridad, mejor dicho, una jaula para los peores, los más peligrosos, los más asesinos, y yo que había pasado ocho meses en el correccional, que era un club. El día que iba saliendo hacia Memphis vi que mi piloto, Ricky, iba entrando: lo habían pillado con un embarque de ocho toneladas de marihuana.

Me esposaron con otro gringo. Un mono pelirrojo que no habló una palabra en todo el viaje y que no hizo un solo gesto. Nos metieron a todos los que íbamos para Tennessee en un furgón cerrado, encadenados de pies y manos. Para hacer pipí me tocaba llevarme al mono, y acompañarlo a cagar cuando él quería. Para comer teníamos que agacharnos. Así lo iban a uno descomponiendo. Los guardias nos tenían prohibido mirarnos a los ojos y hablarnos. Se limitaban a dar órdenes cortas y frías, que uno sentía como martillazos en los huesos. Pero con todo, yo seguía pensando que cuatro años y medio los pagaba bailando. Si veinte años no es nada, como dice el tango —y el tango es paisa—, ¿qué me van a joder cuatro añitos? Nos detuvimos en Talahase, una cárcel nivel tres, y entrando vi que salían dos reos en libertad.

Después, Memphis. De entrada nos leyeron el reglamento de las celdas de *Top Security* a donde íbamos: sol cada ocho días, dos horas en el patio; baño cada cuarenta y ocho horas, cinco minutos; comida siempre la misma; celdas limpias y revisión cada doce horas; celda de castigo —*The dog jail*—, para pagar cualquier infracción. «Está absolutamente prohibido hablar con los demás reclusos —nos advirtió

el director—. Y ahora, a reparar el daño que le han hecho a la sociedad, a la nación norteamericana y al Estado».

Las celdas estaban completamente aisladas. Paredes, techo y piso en hierro; no había comunicación posible con la del lado; una cama, un inodoro, una mesa de hierro pegada a la pared con dos hojas de papel y un lapicito pequeñito, como la coyuntura menor del dedo meñique. Supe que los lápices se usaban como armas y que los habían prohibido enteros porque un reo había cogido a otro dormido, le había metido el lápiz entre la oreja y le había descargado un zapatazo que le destrozó el cerebro.

Yo cuidaba mi lápiz y mi papel y les escribía cartas a mis hijos con frases muy cortas, contándoles cómo eran de lindos los Estados Unidos y cómo estaba de feliz trabajando en una fábrica para ellos. De Colombia también me llegaban cartas dictadas por la mamá. Pero de ella ni una palabra. Ni falta que me hacía.

Un sábado salí a mi rato de sol. Estaba parado contra una pared cuando en esas se encontraron dos gigantes frente a mí. Uno le dijo al otro que lo iba a matar. Yo me quedé sin respiración. El otro le dijo que no, que por favor no lo hiciera, pero no hubo compasión: lo apuñaló sin mirarme. El moribundo se fue yendo, como hablando consigo mismo, se fue doblando hasta que cayó a mis pies. Al momento llegaron los guardias y sin más me llevaron a la *dog jail*: una jaula entre otra jaula donde metían a los locos furiosos, a los degenerados sexuales y a los cubanos del Mariel. Desnudo me embutieron en una camisa de mangas larguísimas que me amarraron a la cintura. Yo sólo oía los aullidos de todos los pobres locos que mantienen ahí como perros y a plena luz eléctrica día y noche. Se contaba que una vez había ido una comisión del buró de prisiones a una inspección, y que un gusano cubano se había arrancado los testículos y se los había tirado a la comisión para que se diera cuenta del estado en que los tenía.

Otro cubano me contó que él no era gusano, que había nacido socialista y que era socialista, pero que con las ganas de aventurar se había enfletado en el Mariel; quería saber qué era el capitalismo, cómo era el monstruo que le pintaban. En Miami comenzó a trabajar en construcción, pero le empezaron a gustar la Coca-Cola, las

hamburguesas, los carros, las monas, a salir, a gozar, a sentirse atraído por este mundo de acá. El trabajo no le alcanzaba para comprar lo que quería, para andar con rubias y cambiar de carro, hasta que lo invitaron a tumbar un banco. «Es muy fácil —le dijeron—. Usted va, saca la pistola, pasa un papel donde dice que es un asalto y dice que le den la plata de la caja».

Así lo hizo y se coronó veinte mil dólares de primerazo; luego otro poco de billete y después se dedicó de lleno a comprar carros, motos, pintas, trago, droga. Pero como los gringos son bobos pero no del todo, un día salió de un banco con su paquete de dólares y de golpe los billetes comenzaron a soltar un humo rojo por todas partes. Delatado. Hasta ahí fue el *American way of life*. Era un cubano muy bacano que terminó en la perrera porque en Memphis se volvió jíbaro. Es cierto que los colombiches llevamos a Estados Unidos la perica, pero quienes la jibarean y hacen la plata que nosotros nunca hacemos son los gusanos. Donde hay droga, como dicen por ahí, hay un marielito vendiéndola.

A los dos años me trasladaron a un pabellón tipo tres por mi buena conducta. Allí se podía trabajar haciendo cables de fibra óptica para la NASA y uniformes para el ejército. Ganaba tiempo para pedir mi libertad bajo palabra. Por la tarde jugaba ajedrez con un hombre grande, colorado y muy suave que nunca me habló una sola palabra porque no sabía inglés. Era dizque polaco y durante dos años le gané unas veinticinco partidas. Nos hicimos grandes amigos y nos regalábamos sonrisas, apretones de mano y, a veces, hasta las manzanas que nos daban en el *lunch*. Una tarde, sin embargo, no volvió, y entonces supe por la televisión que lo habían canjeado por veinticinco espías occidentales, cinco gringos, diez ingleses y diez quién sabe de dónde. Era un sabio atómico.

* * *

Cuando salí bajo *parole*, Mi Gente estaba en la puerta de la penitenciaría esperándome. Feliz, lo besé porque después de tanto frío uno necesita ser querido. Nos fuimos directo a beber en el primer bar que encontramos, y cuando nos echaron, seguimos bebiendo en su

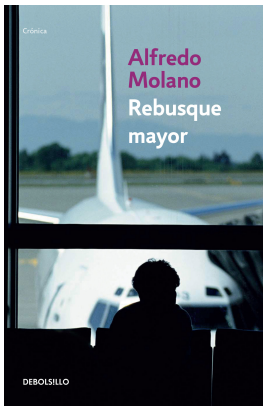
apartamento y metiendo perico a lo loco. Fueron llegando colombiches de toda clase. Desde las mulitas hasta los duros que la transportaban desde San Francisco o que la llevaban a Nueva York; desde los que cobraban hasta los que castigaban a los cubanos por tránsfugas. Hubo una guerra entre colombianos y gusanos en South Beach que costó cuarenta muertos y millones de dólares.

Al tercer día de libertad le dije a Mi Gente que estaba en plan de salir a ganármela a lo bien. Yo había pensado que hacer plata decentemente no era del todo imposible y que, si podía vérmelas con las fieras de la cárcel, ¿por qué no podía vérmelas también con los que sabían hacer plata y ganársela? Respetar las leyes del juego legal era, en todo caso, más fácil que jugar las cartas con los duros. Mi Gente me ayudó a tomar la decisión y me consiguió un empleíto para lavar carros en un *car wash*, pero cuando cumplí la parole me dijo: «Hombre, yo he pensado que a usted lo que le conviene es trabajar en lo que sabe, porque no se volverá médico, ni ingeniero, ni cura. Usted sabe es trabajar el miedo, así que váyase a trabajar con un coronel retirado, amigo mío y llavería por mucho tiempo, que montó una agencia de seguridad para cuidar bancos, residencias, edificios. Zapatero a tus zapatos. Hágale, hermano. El hombre me pidió un jefe de seguridad para manejar todos esos malosos que arrienda de guardaespaldas, de escoltas, para cuidar ricos y hombres importantes. Él necesita un socio industrial, así que, conversando, yo le digo que eso es lo que le conviene».

Y así fue. Pintado el negocio. Comencé a trabajar con veinte hombres. Todos ex militares que mi socio, el coronel, había tenido bajo su mando: tenientes, sargentos, cabos. La cuestión era sencilla: escritura de constitución en una notaría y salvoconductos para armas y licencia de funcionamiento en cuarenta y ocho horas con el Ministerio de la Defensa. Comenzamos con el guachimaneo en un conjunto cerrado al norte de Bogotá, luego con dos y después con tres, y a los seis meses me había hecho mis primeros millones sin que me doliera una muela. Ganársela por este lado era más fácil. Al año custodiábamos joyerías, edificios y almacenes. Mi coronel recibía ofertas todos los días. Él manejaba los negocios y yo el negocio. Uniformé a mis hombres como *policemen* de Miami, para darles más

seguridad a los clientes, y con esa idea nos hicimos ricos. El secreto estaba en la disciplina y en la imagen que proyectábamos.

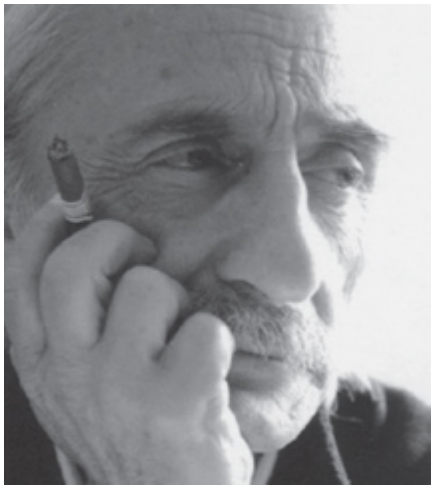
La vaina legal tiene la ventaja de ayudarle a uno a envejecer sin saberlo. Uno se vuelve un mero administrador de su propia vida. No hay que dejarla salir de los carriles por donde corre para poder encanecer y entregarse sin afán y sin miedo al fin. Hoy ya todo lo puedo contar, porque estoy más allá del mal y muy cerca del bien.



«En los testimonios que recoge y convierte en capítulos de libros o en libros enteros, nunca se llega a saber qué de lo publicado corresponde a la entrevista, qué a su autoría como sociólogo y qué a la ficción como literato».

Myriam Bautista, *El Espectador*

La historia reciente de Colombia ha estado marcada por el narcotráfico. Ha sido el pan de cada día desde hace ya varias décadas en las noticias de televisión, radio y prensa. Pero poco se ha contado de las historias de aquellas personas que, por un motivo u otro, deciden convertirse en un eslabón de la distribución de drogas en el mundo para terminar encerrados en alguna cárcel extranjera. En *Rebusque mayor*, Alfredo Molano nos acerca a las historias de esas personas, con su inconfundible estilo que mezcla la realidad con la ficción para obtener relatos impactantes, llenos de humanidad y que sirven de retrato para una sociedad que la mayoría de las veces prefiere dar la espalda a la realidad del narcotráfico.



ALFREDO MOLANO BRAVO

Nació en Bogotá en 1944. Cursó estudios de sociología en la Universidad Nacional, donde obtuvo una licenciatura en 1971, y fue alumno de la École Pratique des Hautes Études de París entre 1975 y 1977. Ha sido profesor de varias universidades; colaborador de revistas como *Eco*, *Cromos*, *Alternativa* y *Semana*. Ha sido director de varias series para televisión y ha obtenido el Premio de Periodismo Simón Bolívar, el Premio Nacional del Libro de Colcultura y el Premio a la Excelencia Nacional en Ciencias Humanas, de la Academia de Ciencias Geográficas, por una vida dedicada a la investigación y a la difusión de aspectos esenciales de la realidad colombiana. Entre 2001 y 2002 vivió exiliado en Barcelona y en Stanford.

Foto: © Carolina Guzmán

Título: *Rebusque mayor*
Primera edición en Debolsillo: abril de 2017

© 1995, Alfredo Molano
© 2017, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia.
PBX: (57-1) 743-0700 www.megustaleer.com.co
Diseño: © Penguin Random House
Fotografía de cubierta:Photodisc Vol. 14 Business And Transportation, 1994.
Fotografía del autor: © Carolina Guzmán

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 9789589016879

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

Rebusque mayor
Agradecimientos
El arriero
Pelusa
El ahorcado
Ocho años, tres meses, un día
El diario de Sharon
La monja
El muñeco
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos